

SERIE OBSIDIANA: LIBRO DOS

• DIAMANTE •
NEGRO

AHORA SOY SUYA.



VICTORIA QUINN

DIAMANTE NEGRO

VICTORIA QUINN

Esta es una obra de ficción. Todos los personajes y eventos descritos en esta novela son ficticios, o se utilizan de manera ficticia. Todos los derechos reservados. Queda prohibida la reproducción de parte alguna de este libro de cualquier forma o por cualquier medio electrónico o mecánico, incluyendo los sistemas de recuperación y almacenamiento de información, sin el consentimiento previo por escrito de la casa editorial o de la autora, excepto en el caso de críticos literarios, que podrán citar pasajes breves en sus reseñas.

Diamante negro

Copyright © 2017 de Victoria Quinn

Todos los derechos reservados

Rome

VIVIR CON CHRISTOPHER NO ERA TAN EXTRAÑO COMO YO HABÍA IMAGINADO.

El apartamento era lo bastante grande para que no tuviéramos que compartir demasiado espacio. Él tenía la habitación principal, con baño y ducha propios. Yo usaba el baño de invitados que había cerca del salón, así que no nos estorbábamos el uno al otro por la mañana antes de ir al trabajo. Ninguno de los dos comía mucho, así que compartir la comida tampoco era un problema. Íbamos a la tienda de alimentación una vez a la semana y comprábamos los productos básicos, pero nunca se acumulaban platos sucios en el fregadero porque ninguno de los dos los usábamos.

Desde luego, Christopher llevaba a mujeres al apartamento con frecuencia. Cuando me miraban por primera vez, me despreciaban por considerarme una amenaza. Pero en cuanto Christopher les explicaba que yo era su pobre hermana, que necesitaba vivir con él, terminaban por esbozar una sonrisa.

Pero aparte de eso, todo iba bien.

No necesitaba un chófer que me llevara al trabajo, porque mi oficina estaba sólo a dos manzanas de distancia. A Calloway no le importaba que fuera caminando hasta allí, especialmente porque Christopher tenía que ir en aquella dirección de todas formas, así que tenía a alguien que me hacía compañía durante el corto trayecto.

Una tarde llegué a casa del trabajo y me encontré a Christopher en el sofá, dejando una cerveza fría sobre un posavasos. Aún tenía puestas la camisa de

cuello y la corbata, y su chaqueta colgaba del respaldo del sofá.

—Hola.

—Hola. —No apartó la mirada de la televisión—. ¿Qué tal los indigentes apestosos?

Puse el bolso en la encimera y saqué el teléfono.

—Christopher, no les llames así.

—¿Qué? —preguntó—. Ni que fuera mentira.

—Aunque no lo sea.

—Nosotros fuimos una vez indigentes apestosos. —Seguía con la mirada fija en la pantalla, a pesar de no parecer verdaderamente interesado en lo estaba viendo.

Dejé la conversación, porque de todos modos no llevaba a ninguna parte.

—¿Qué tal el trabajo?

—Bien. Las acciones están altas. Estoy cerrando un montón de ventas.

Nunca me había importado su trabajo, ni tampoco había intentado entenderlo. Era todo demasiado matemático e impredecible como para interesarme de verdad. Siempre me había sentido atraída por el comportamiento de las personas y de la sociedad, no por el hecho de producir dinero.

Cogí el correo que había sobre la encimera y lo ojeé, pero no vi nada para mí. Había cambiado mi dirección al apartamento para no tener que ir a mi apartado de correos continuamente. Si Hank realmente quería molestarme, podía venir aquí. Mi bate estaría encantado de saludarlo.

Me quité los zapatos de tacón y me dejé caer en el sillón, pudiendo por fin descansar los pies después de un largo día caminando de aquí para allá por la oficina.

—¿Qué tal tu príncipe azul?

—No sé a quién te refieres. —Miré la televisión, que emitía dibujos infantiles. Christopher era un hombre adulto, inteligente y con éxito, pero aun

así se comportaba como un niño. Como en realidad ninguno de los dos habíamos tenido una infancia, no le incordiaba por ello.

—Oh, vamos. Claro que lo sabes.

—¿Te refieres a mi atractivo novio?

Puso los ojos en blanco.

—Claro. Lo que tú digas.

—Bien. Está contento de que me haya mudado aquí contigo.

—No lo dudo —dijo con una carcajada—. Así puedo asegurarme de que no hagas ninguna estupidez.

—Yo nunca hago estupideces —rebatí.

—Te peleaste con un matón que entró a robar en tu apartamento, te partió el labio y te dejó la cara hecha un mapa. —Volvió los ojos hacia mí y me dirigió una mirada furibunda—. Sí, desde luego que haces estupideces.

Calloway y Christopher iban a echarme aquello en cara para siempre.

—Vale, esa es la única estupidez que he hecho.

—Ro, tengo toda una lista, pero no me siento con energía para repasarla entera. Bueno, ¿vas a ir a su casa a cenar?

Adiviné lo que estaba pensando.

—¿Estás intentando deshacerte de mí porque tienes una cita aquí con una tía buena?

—No lo llamaría una cita. Es sólo una follamiga que ha venido a la ciudad para una reunión de negocios.

Christopher normalmente me avisaba cuando necesitaba estar solo en el apartamento, y yo agradecía la información, porque así podía buscarme otra cosa que hacer. Sin duda alguna, no quería estar allí durante su revolcón.

—Iré a casa de Calloway.

—Perfecto.

Como si supiera que estábamos hablando de él, me llamó Calloway.

—Ooh... —dijo Christopher—. Es el príncipe azul...

Ignoré el apodo y respondí la llamada.

—Hola, Sexi.

Christopher hizo una mueca y entró en su dormitorio, situado en la otra parte del apartamento, porque no quería escuchar esa conversación.

Profunda y potente, la masculina voz de Calloway sonó a través del teléfono.

—Hola, Vainilla.

Me había acostumbrado a aquel apodo, a pesar de que en realidad ya no me sentía vainilla.

—¿Estás libre esta noche? Tengo que salir del apartamento porque Christopher va a tener compañía... del estilo putilla.

—Sabes que siempre eres bienvenida aquí.

—Entonces, ¿eso es un sí?

—Un sí enorme. —Cuando hablaba conmigo, siempre tenía muy poco que decir e iba directo al grano. Parecía dar órdenes con más frecuencia de la que participaba en una conversación fluida—. Así que ven para acá.

PARÉ en la tienda y compré algunas cosas antes de llamar a su puerta.

Para mi deleite, sólo llevaba puestos unos pantalones deportivos, y su pecho esculpido tenía un aspecto mucho más apetitoso que la comida que acababa de comprar. Me miró de arriba abajo con idéntico deseo y los ojos negros como el carbón.

—Cariño.

Su brazo fuerte, con las venas marcadas, se enroscó alrededor de mi cintura y tiró de mí hacia dentro.

Dejé caer la bolsa en el suelo de madera y le rodeé la estrecha cintura con los brazos. Su piel abrasaba en comparación con el frío del exterior. Mis uñas se clavaron en él automáticamente, al igual que hacían cuando hacíamos el amor. Mis garras se hundieron en él porque no quería dejarlo marchar jamás.

Me besó en el cuello y pasó los labios por mi mandíbula hasta besarme la barbilla. Lentamente, llegó hasta mis labios antes de darme un beso ardiente en la boca. Respiró sobre mí mientras sus brazos me estrechaban como una serpiente asfixiando a su presa. Me devoró como si hubiera estado pensando en mí todo el día, esperando el momento en que volviéramos a estar juntos.

—Te he echado de menos, Vainilla.

—Yo siempre te echo de menos.

Siempre que me besaba, yo perdía la voluntad. Me convertía en una mujer débil y mis rodillas eran incapaces de sostener mi cuerpo. Me hacía cosas increíbles, consiguiendo que olvidara toda lógica y toda concentración. Una parte de mí adoraba el efecto que tenía sobre mí, pero otra parte lo odiaba. Mi corazón estaba perdiendo la batalla del poder y, poco a poco, me iba rindiendo a aquel despiadado conquistador. No me importaba vivir con Christopher, pero daría cualquier cosa por volver a vivir con Calloway. Aunque sólo nos conocíamos desde hacía unos meses, ya parecía lo más natural.

—Estupendo. —Me apretó los labios contra la oreja—. Eso debe de querer decir que estoy haciendo algo bien.

Le rodeé el cuello con los brazos y apreté la cara contra su pecho, sintiéndome completamente segura junto a aquel hombre tan fuerte. Tenía la columna orgullosamente erguida. Yo nunca bajaba las defensas, pero se me estaban desmoronando poco a poco. Y lo peor era que yo quería que se derrumbaran. Confiaba en aquel hombre tanto como en mi propio hermano. El mundo no parecía tan frío e implacable con Calloway en mi vida.

Apoyó el mentón en mi cabeza mientras me abrazaba junto a la puerta; su pecho duro se ensanchaba con cada respiración.

—¿Va todo bien, cariño?

Todo era perfecto, y ese era el problema. Me estaba enamorando

perdidamente y, de hecho, me gustaba que así fuera.

—Todo va genial. Es sólo que me gusta que me abracés así.

Me posó los labios en la frente y depositó un suave beso contra mi piel.

—Entonces te abrazaré así para siempre.

Después de deleitarme con su contacto durante unos minutos, me aparté.

—He traído la cena. Había pensado que podría preparar algo de salmón, verduras y arroz.

—Suenas de maravilla. —Me miró con aquellos preciosos ojos azules y admiré sus atractivos rasgos. Tenía la mandíbula fuerte, una nariz perfecta y una barbilla que le daba un aspecto regio. Cuando me contemplaba como si fuera su reina, me sentía como un miembro de la realeza.

—Pues manos a la obra. —Entré en la cocina y lo coloqué todo sobre la encimera.

Calloway se apoyó contra la isla de la cocina, observándome con interés. Cruzó los brazos sobre su ancho pecho mientras observaba cómo lavaba las verduras y las troceaba sobre la tabla de cortar. No hizo ningún comentario sobre mis acciones, contentándose simplemente con mirarme.

—¿Qué pasa? —pregunté, manteniendo la vista en lo que estaba haciendo.

—Me gusta mirarte. Me fascinas.

Me reí entre dientes.

—Porque estoy cocinando para ti. —Cuando terminé de prepararlo todo, metí la bandeja en el horno y encendí el temporizador.

—Por muchas más cosas, en realidad. —Me acorraló contra la encimera, utilizando su gran tamaño para oprimirme contra la madera. Cuando me tuvo arrinconada, apretó las caderas contra mí y noté su duro miembro a través de sus pantalones. Bajó los labios por mi cuello, besándome con suavidad y provocándome.

Cerré los ojos y disfruté de ello; me encantaba cuando me inmovilizaba así. Era suya para que disfrutara de mí, y yo adoraba que me devorara como si

fuera una presa salvaje.

Lentamente me empezó a desvestir, quitándose el vestido, el sujetador y las bragas. Cuando me quedé desnuda en su cocina, se bajó los pantalones deportivos: era más de metro ochenta de pura masculinidad. Su larga erección estaba presionada entre ambos, cálida contra mi estómago.

Me besó la comisura de la boca antes de dirigirse hacia el salón. Se sentó en el centro del sofá con la espalda sobre el cojín. Su grueso sexo reposaba contra su vientre, rezumando líquido preseminal mientras esperaba a que me acercase.

Me quedé de pie frente a él, exponiendo mi cuerpo desnudo para que lo examinase.

Se agarró la base del pene y empezó a masajearse suavemente mientras me contemplaba. Era la escena más erótica que había presenciado nunca. Clavó su mirada en la mía, sin avergonzarse en lo más mínimo por que estuviera observándolo.

—Móntame. Ahora. —Se puso autoritario, hablándome como un oficial al mando.

No me gustaba el autoritarismo cuando pasábamos tiempo juntos, pero en el instante en que las cosas que ponían sexuales entre nosotros, no me cansaba nunca de ello. Me encantaba no pensar. Me gustaba no tener que tomar decisiones. Me gustaba dejarme llevar, confiar en otra persona para que me guiara.

Trepé sobre su regazo y me monté a horcajadas sobre sus caderas, sintiendo el glande contra mi abertura. Nunca lo habíamos hecho así y el estómago se me tensó de los nervios. No sólo era largo, también era impresionantemente grueso. Era un nuevo ángulo, uno que no había probado nunca. Mi experiencia palidecía en comparación con la suya, pero a él no parecía importarle.

Calloway asumió el control, como siempre.

—Juega con tus tetas. —Su expresión era pétrea y sugería que desafiarse no era una opción.

Me di palmaditas en ambos pechos y los masajeeé.

Calloway me agarró de las caderas y me colocó lentamente encima de él, abriéndose paso por mi estrechez mientras se deslizaba en mi interior. Centímetro a centímetro, se introdujo en mi resbaladizo canal.

Mis manos dejaron de moverse, e hice una mueca de dolor, gimiendo casi al mismo tiempo, quedándome con el placer y descartando el dolor. Llevábamos acostándonos casi un mes, pero casi siempre me dolía al hacerlo. Posiblemente se debiera a nuestras diferencias anatómicas, aunque no querría cambiar nada, si tuviera el poder de hacerlo, porque la incomodidad no era nada en comparación con las placenteras sensaciones que me hacía experimentar. Cuando estaba en mi interior me hacía sentir totalmente llena, una mujer sensual.

Me acercó hacia su regazo y cada centímetro de su erección quedó enterrado en mi interior.

Aparté las manos de mis tetas y le rodeé las fuertes muñecas, agarrando las marcadas venas de sus manos y de sus antebrazos. Mi vagina se estrechaba más a medida que se iba acomodando en mi interior, y mi estrecho canal se iba dando poco a poco de sí.

—Juega con tus tetas. —Tenía la cara a centímetros de la mía mientras me daba la misma orden que antes. No se movió hasta que obedecí.

Mis manos volvieron a la piel sensible, sintiendo cómo los pezones duros me rozaban las puntas de los dedos.

Él me contemplaba con una expresión oscura, disfrutando de la imagen. Apretó la mandíbula y un quedo gemido que apenas oí escapó de sus labios. Me puso las manos bajo los muslos y me hizo subir y bajar sobre su sexo, balanceando las caderas hacia mí con lentitud.

—Pellízcate los pezones.

Yo nunca había oído que nadie se pellizcara sus propios pezones, así que no lo hice. Me masajeeé los pechos lentamente, sintiendo la piel suave y la forma redondeada.

—Retuércete. Los. Pezones. —Me bajó sobre su erección de nuevo,

empalándome con su tamaño.

Una neblina se había apoderado de mí y ya no podía ver con claridad. Lo único que podía ver era a ese hombre atractivo, el rey del sexo, ordenándome hacer algo. Su dura erección estaba en lo más hondo de mí, así que tenía el poder de dominar mi cuerpo.

Hice lo que me pedía, retorciéndolos levemente hasta que sentí una punzada de dolor. Gemí quedamente de dolor antes de sentir una corriente de placer. Me asombró porque no me lo esperaba. Ni una sola vez me había planteado tocarme así cuando estaba a solas con mi vibrador.

Me movió de arriba abajo de nuevo, con la lujuria dominando su mirada.

—Mueve las caderas. Así. —Me agarró del culo e hizo el movimiento por mí, enseñándome cómo arquear la espalda antes de deslizarme sobre su miembro. Cada vez que lo hacía, mi clítoris se frotaba contra su pelvis justo de la forma perfecta... y la sensación era increíble.

—Oh, Dios...

Aparté las manos de mis pechos y toqué el suyo, palpando los fuertes músculos y los surcos de sus abdominales. Deslicé las manos hasta sus hombros y los usé como apoyo para poder hundir mejor las caderas. Aún nos movíamos a un ritmo lento, pero la velocidad no era un obstáculo para el placer: sólo lo aumentaba.

—Madre mía, qué buena estás, joder. —Pasó las manos por mi vientre hasta llegar a las tetas y me tocó las dos. Me estrujó los pezones con los pulgares y los índices, dándoles suaves pellizcos.

Hice una mueca de dolor, pero volví a gemir, inexplicablemente adicta a la sensación. La humedad de mi sexo goteaba, bajando por su miembro hasta los testículos. Sentía lo resbaladiza que estaba cada vez que aterrizaba sobre sus caderas, sabiendo que estaba desbordante por la excitación.

Moví las caderas más rápido, restregándome contra él y empalándome en su erección. Froté el clítoris contra su piel dura, sintiendo mi orgasmo aproximándose en la distancia. Sentía un fuego en lo más profundo de mi vientre, un poder que corría por mis venas. Le clavé las uñas en los hombros y fijé mi mirada en la suya, derrumbándome antes incluso de llegar al límite.

—Supe que tenía que tenerte en el instante en el que te puse la vista encima.
—Dirigió mis caderas con más fuerza, haciendo que me moviera más rápido de arriba abajo sobre su sexo—. Preciosa. Fuerte. Y tienes un brazo tremendo.

No supe qué se apoderó de mí para hacerlo, pero le di una fuerte bofetada en la cara... lo bastante fuerte para dejarle una marca. Se le giró la cara con el golpe y cerró los ojos mientras soltaba un suave gemido. Sus caderas no dejaron de embestir y su erección se sacudió de forma perceptible en mi interior.

Se volvió lentamente hacia mí con los ojos tan ardientes como el núcleo del sol.

—Joder, nena. —Apretó la mandíbula; su excitación aumentaba mientras se le iba enrojeciendo la piel en respuesta a mi golpe. Metió la mano entre mis piernas y me frotó con agresividad, moviéndome el clítoris en círculos con un ritmo perfecto—. Córrete, cariño, porque yo estoy a punto.

Le clavé las uñas en los hombros mientras sentía la explosión entre mis piernas. Me tensé a su alrededor, estrechándolo mientras la adrenalina se apoderaba de mí.

—Calloway... —Me encantaba decir su nombre. Se deslizaba sobre mi lengua con posesividad, adorando el hecho de que aquel hombre fuera mío para que yo lo mimara—. Oh, Dios...

Se introdujo muy dentro de mí mientras se corría, llegando al éxtasis mientras mi orgasmo remitía. Su semen denso me llenó con su considerable peso y su calidez. Presionó los labios contra los míos al terminar; su respiración era profunda y pesada.

Una vez pasado el momento, me mantuvo encima de él. Se recostó sobre el sofá y me agarró los muslos mientras su miembro se ablandaba dentro de mí. Me contempló con los párpados caídos, con una expresión oscurecida por su obsesión conmigo.

El temporizador del horno sonó, anunciando que la comida ya estaba lista. Cuando me moví para apartarme de él, tiró de mí hacia su regazo, negándose a salir de mí.

—Olvídate de la comida. Te vas a quedar aquí. —Me atrajo hacia su pecho y me besó la comisura de la boca, esperando a volver a empalmarse para follarme de nuevo.

Estuve a punto de obedecer, deseando quedarme unida a aquel hombre espléndido. Pero mis creencias eran demasiado firmes como para ignorarlas.

—No puedo desperdiciar comida.

Ese impulso estaba arraigado en mis entrañas. Ni siquiera tiraría un yogur a medio comer. Cuando preparaba mucha cantidad de comida, la comía todos y cada uno de los días hasta que la acababa por completo.

Calloway quería oponerse a mí, era evidente por la expresión que me dirigió. Pero contuvo su dominación y me soltó, comprendiendo que era algo importante para mí. Renunció a su necesidad de controlar la situación y me dejó marchar. Cuando apartó las manos de mí, se le cerraron en puños, una señal silenciosa de su frustración.

—Gracias.

Me aparté de su regazo y su sexo húmedo hizo un ruido sordo contra su vientre cuando me puse de pie. Aún podía sentir el peso de su corrida dentro de mí, notando cómo se me deslizaba lentamente por los muslos. Él tenía la intención de meter otra carga después de la cena.

Y yo me moría de ganas de que lo hiciera.

Calloway

ME ENCANTÓ EL MODO EN QUE SE RETORCIÓ LOS PEZONES. VERGONZOSA AL principio, reticente. Pero cuando vio lo mucho que me excitaba, lo intentó. Se giró los pezones sin temor, provocándose suficiente dolor como para provocarle una mueca, pero también suficiente placer para hacerla gemir. La sensible piel que rodeaba sus pezones se enrojeció, y aquella imagen me excitó aún más.

Al principio, su virginidad había sido una decepción, pero ahora disfrutaba enseñándole nuevas posturas. Cuando se montó a horcajadas sobre mis caderas, me di cuenta de que era algo que no había hecho antes. Pero escuchó mis instrucciones y me permitió guiarla, enseñarle cómo enfundar mi erección una y otra vez. Le mostré cómo frotar el clítoris contra mi pelvis, una nueva esfera de placer. Aprendía rápido y, al terminar, era toda una experta.

Cuando supe que estaba abierta a la idea, le pellizqué los pezones.

No lo hice con la rudeza con la que quería, pero aun así tanteé el terreno para ver su reacción. Por suerte, le gustó, y se mordió el labio de un modo sensual que me excitó sobremanera. Tenía la inocencia de una virgen, pero el coraje de una guerrera.

Eso me daba esperanzas.

Me miraba de forma distinta a como solía mirarme, ofreciéndome un nuevo nivel de confianza que nunca antes me había demostrado. Se sentía cómoda

conmigo, sin temor a expresar sus verdaderas opiniones. Pero la mejor parte de todo era su vulnerabilidad.

No había ni un solo muro en su corazón.

La tenía exactamente donde la quería.

Tras conocernos durante unos meses, finalmente le diría lo que quería. Y tenía fe en que nuestros sentimientos mutuos bastarían para alcanzar ese nuevo nivel. No dejaría que nadie más la atara a un cabecero o le azotara el culo hasta que lo tuviera rojo, pero por mí, haría una excepción.

Después de la cena, entramos a mi dormitorio del piso de arriba y nos volvimos a quitar la ropa. Yo quería haber continuado antes, pero su obsesión con no malgastar comida había interrumpido la pasión del momento. Si ella fuera cualquier otra, le habría ordenado que se mantuviera sobre mi erección y no le habría permitido marcharse hasta que le diera permiso explícito.

Pero Rome era diferente.

La puse de espaldas en mi cama, con las tetas firmes y respingonas. En lugar de ir directo al grano, me coloqué sobre ella y la mimé con una serie infinita de besos. Saboreé cada centímetro de su piel, disfrutando del aroma a vainilla de su loción. Cuando tuve sus pezones en mi boca, los sentí endurecerse y los succioné con fuerza, hasta que ella hizo una mueca de dolor. Quería que le dolieran los pezones durante el resto de la noche y a la mañana siguiente, para que no se olvidara de mí. A continuación, mi boca se movió hasta su oreja y respiré profundamente junto a su oído.

—De rodillas.

Ella arrastró las uñas por mi espalda, sintiéndose cómoda debajo de mí, con los tobillos enganchados alrededor de mi cintura. A mí también me gustaba que estuviera ahí, pero quería ver su culo en pompa. Quería contemplar aquel precioso orificio mientras me la follaba desde atrás.

Como no se movió, volví a susurrarle al oído.

—Ahora.

Me sostuvo la cara con las manos y me dio un beso lento con lengua, lleno de

deseo. Respiró suavemente contra mi boca; sus gemidos eran completamente audibles. El beso fue tan sensual que me olvidé por completo de la orden que le había dado.

Se dio la vuelta y separó las rodillas, mirándome por encima del hombro con los labios separados. Aquellos ojos verdes brillaban bajo la tenue luz de mi dormitorio, rogándome en silencio que la penetrara.

Nunca había estado con una mujer que me deseara tanto.

El hecho de que me deseara por mí mismo, y no por mi riqueza o por mi apariencia, lo hacía aún mejor.

Me eché hacia atrás sobre los talones y me deslicé en su interior; mi glándula se abrió paso por su estrecho canal, penetrándola lenta y profundamente. Estaba empapada por mí... constantemente. Empujé hasta que los testículos chocaron contra ella, estirándola de un modo delicioso.

La cogí de la nuca, apretando los dedos con fuerza. Respiré hondo y me obligué a relajar los dedos, sabiendo que todavía no podía ser tan estricto con ella. Le presioné la cabeza contra el colchón y su culo quedó aún más levantado hacia arriba.

Puse un pie sobre la cama y le agarré las caderas mientras la embestía, follándomela con fuerza. Antes la había tomado con suavidad, porque me sentía de ese humor particular. Pero ahora mi dominación estaba al mando, y deseaba tomarla con brusquedad y hacerla gritar.

Mi mano se moría de ganas de azotarle el culo.

De hecho, ardía en deseos de hacerlo.

Le froté la nalga mientras empujaba, adorando los diminutos músculos de su espalda y sus hombros. Era esbelta, pero tenía unos músculos bien definidos. Su cabello estaba esparcido por las sábanas y su rostro presionado contra el colchón. Algunos de sus gemidos quedaban amortiguados contra la cama.

Me tembló la mano al acariciarle la nalga. Cuando perdí el control, le estrellé la palma contra el culo con suavidad. No fue ni remotamente tan brusco como quería golpearla. Era sólo una prueba para ver su reacción con algo leve.

Gimió un poco más fuerte, sin dejar clara su reacción exacta ante el cachete.

Me incliné sobre ella, presionando el pecho contra su espalda. El sudor de mi cuerpo se frotó contra el suyo, y nuestros cuerpos excitados y ardientes trabajaron juntos para intensificar el sexo. Volvió la cabeza por encima del hombro, con la boca abierta y suplicando un beso.

Presioné mi boca contra la suya y le metí la lengua en la garganta, tragándome sus gemidos. Enterraba el miembro en su interior con cada envite, deseando llegar más hondo. Siempre estaba mojada para mí, haciendo posible que yo llegara casi hasta el fondo. Me había preocupado que su diminuta vagina no fuese capaz de aceptar mi grueso sexo con facilidad.

Le agarré las muñecas y se las sostuve a la espalda, poseyéndola de una forma más íntima. La imagen de una cuerda apareció en mi mente y me la imaginé atada alrededor de sus finísimas muñecas mientras la dolorosa fricción le arañaba la piel con brusquedad. Me la imaginé como mi prisionera, sin poder escapar a menos que yo lo permitiera. No importaba que tuviese algún lugar al que ir. Sólo se marcharía cuando yo le diera permiso.

Pensar en ello me puso como una moto.

Le apreté más las muñecas y volví a azotarla, esta vez con más dureza.

—Calloway... —Dejó escapar un grito al correrse, explotando por el impacto. Se le arqueó la espalda mientras absorbía el placer, y el colchón amortiguó sus gritos mientras se retorció bajo mi cuerpo. El orgasmo pareció prolongarse durante una eternidad, porque pasó un minuto completo antes de que se apagarán sus gritos.

Ahora quería llegar yo. Le sostuve las muñecas ejerciendo más presión y le di algunas embestidas más, llegando al límite casi al instante. Hundí mi erección en ella por completo, casi golpeándole el cérvix mientras me corría con un gemido.

—Vainilla... —Me incliné sobre ella y posé los labios sobre el centro de su columna, mientras sentía cómo mi erección liberaba mi carga en su canal. Cada vez que la llenaba me sentía como un rey.

Y ella era mi reina.

CUANDO ENTRÉ en mi oficina del Ruin, Jackson ya se encontraba allí.

Estaba sentado en la silla de respaldo alto delante de mi escritorio y sus ojos azules me siguieron mientras yo rodeaba la mesa y me sentaba en la silla que había al otro lado. Se pasó los dedos por la barba del mentón, con apariencia indiferente, aunque era obvio que sentía lo contrario.

—Los números son los mismos. Deberíamos estar creciendo. Eso es lo que hacen los negocios.

—No tenemos espacio. —No me hacía falta mirar los números para comprender de qué estaba hablando Jackson—. Si admitimos demasiados miembros, todo estará abarrotado y la gente dejará de venir.

—Y, sin embargo, los gimnasios lo hacen todo el tiempo. Nunca hay suficientes máquinas de cardio y la sala de pesas está siempre a reventar.

Estaba acostumbrado a su sarcasmo, así que ya no me afectaba.

—No.

—Entonces deberíamos abrir ese segundo local del que hablamos.

—No.

Con dos negocios, yo ya estaba ocupado de sobra. Ahora que tenía a Rome en casa cada día, mi tiempo era incluso más limitado. Me resultaba difícil ir al Ruin sin que Rome se enterara de lo que estaba haciendo en realidad.

—¿Es la única palabra que sabes decir? —Se enderezó en la silla, dirigiéndome una mirada de odio.

—A ti, sí.

Entornó los ojos, evidentemente cabreado.

—Entonces, ¿qué hacemos?

—Disfrutamos del éxito y vivimos nuestras vidas.

—Papá siempre decía que, si un negocio no está creciendo, está fracasando.

Como si no lo recordara. Nuestro padre me taladraba con su experiencia todos y cada uno de los días. Cual mesías, fingía conocer todas las respuestas.

—Estamos bien, Jackson. Esto sólo hará que el Ruin sea más exclusivo y podamos subir los precios a los socios. Podemos duplicar los ingresos, con la misma cantidad de socios. Eso es mejor, en mi opinión.

Si Jackson hubiera tenido una respuesta ingeniosa, ya la habría soltado. Pero permaneció en silencio en su silla, mirándome fijamente y todavía más furioso. Me odiaba cuando estaba equivocado, pero me despreciaba por completo cuando tenía razón. Cansado de vivir a mi sombra, dejaba que su enfado le llevara a hacer cosas aún más inmaduras.

—Así que vamos a atenernos a nuestro plan original. Las cosas podrían ser peores, Jackson. Así que relájate.

—Me relajaré cuando Rome esté fuera de escena.

Sabía que la mencionaría. Era sólo cuestión de tiempo.

—¿Qué problema tienes, Jackson? —Nunca había metido las narices en mi vida amorosa, pero ahora estaba obsesionado con ella. Yo nunca mostraba curiosidad por las mujeres con las que él salía. No podría importarme menos dónde la metía.

—Te dije cuál era mi problema hace semanas, en el bar. —Me contempló con su típica mirada cortante y amenazadora.

—No me está cambiando.

—Vale. Sigue mintiéndote.

—No es que sea de tu incumbencia, pero estamos progresando. Cuando esté preparada, le contaré la verdad. La introduciré en el inframundo y la convertiré en el mismo demonio. Volveré a estar a tu entera disposición. Así que cálmate.

—¿En serio? —Ladeó la cabeza, examinándome atentamente.

—Sí, en serio.

—¿Eso qué significa? ¿Le mola la mierda fetichista?

Le había gustado que le retorciera los pezones y que le azotara el culo. Sin duda estaba abierta a cosas nuevas, además del sexo vainilla. Cuando nos consumía la pasión del momento, obedecía mis órdenes. Yo deseaba que lo hiciera todo el tiempo, pero de momento me conformaría con aquello.

—Algo así.

—¿Qué pasa con Isabella?

—¿Qué ocurre con ella? —Hacía tres meses que lo habíamos dejado, pero siempre salía a relucir. Sinceramente, yo ya ni siquiera pensaba en ella.

—Todavía quiere estar contigo.

Tan desesperada. Tan débil. Tan poco deseable.

—Ese es su problema, no el mío. Bueno, ¿y tú qué te cuentas, Jackson? ¿A quién te estás tirando?

Ignoró el comentario.

—Perdona, ¿estoy siendo demasiado entrometido? —pregunté con sarcasmo.

—Que te jodan, Cal.

Finalmente salió de mi oficina y cerró la puerta de golpe a su espalda. Durante un momento, el sonido de la música tecno entró en mi oficina. Los graves tronaron contra las paredes, imitando a la migraña que estaba empezando a nacerme detrás de los ojos.

—Que te jodan a ti también.

Rome

ERA MEDIODÍA.

Christopher iba a pasar por mi oficina para ir a comer conmigo. Aunque vivíamos juntos, no nos veíamos con tanta frecuencia como había pensado. Así que cuando me preguntó si quería ir a comer un bocadillo, acepté.

La campanilla sonó encima la puerta y yo me levanté de inmediato y cogí el bolso. Tenía poco tiempo para comer, porque a la una tenía una reunión con un donante. Estábamos organizando una recogida de alimentos enlatados por toda la ciudad y varios grandes almacenes habían accedido a participar.

—Hoy tengo prisa, así que ahorrémonos la cháchara y vamos... —Se me cerró la boca cuando me topé cara a cara con Hank.

Genial.

Estaba guapo con su traje y su corbata, pero su aspecto era engañoso. El envoltorio era bonito, pero por dentro era un monstruo diabólico. Como fiscal del distrito de la ciudad de Nueva York, tenía más poder del que debería tener ningún hombre. Y lo usaba en su beneficio, y de los modos más crueles.

—Hola, muñeca. Qué guapa estás hoy.

Me aferré al bolso y extendí la mano hacia el bate que guardaba bajo la mesa.

—Ah, no, otra vez no. —Movi6 su enorme cuerpo hacia mí, se apoyó contra el escritorio y cruzó los brazos sobre el pecho.

—No me hace falta un bate para darte una paliza. —Mantuve los brazos a los costados e intenté pensar en otras cosas que podía coger. Por suerte, Calloway me había enviado un gran jarrón de flores que me vendría ideal para estampárselo en la cabeza—. Puedo hacerlo perfectamente yo sola.

Sonrió, pero el efecto fue absolutamente inquietante.

—Siempre me ha gustado ese fuego tuyo. Es tan sexi...

Cuando clavó la vista en mis ojos, le di una patada entre las piernas.

Él giró la rodilla y la bloqueó, haciendo una leve mueca de dolor al sentir la punta de mi tacón.

—Buen intento, cariño. Tendrás que esforzarte un poco más.

—Sal de mi oficina.

—No. —Cruzó los brazos sobre el pecho—. Te voy a invitar a cenar esta noche. Hay algo de lo que quiero hablar contigo.

—Puedes cenar con mi contestador. —Cogí el bolso y me dirigí a la puerta. Mi oficina no me importaba lo bastante como para defenderla de un hijo de puta enfermo como él.

—Oh, no lo creo...

La campanilla volvió a sonar y entró Christopher.

—¿Estás lista para comer? Tía, me estoy muriendo de... —Las palabras murieron en su boca al ver a Hank detrás de mí, justo a punto de agarrarme antes de que yo pudiera salir por la puerta. Aún asombrado, Christopher se quedó ahí de pie un momento para asimilar lo que estaba contemplando.

Sabía que estaba a punto de estallar.

—¿Quieres morir, pedazo de mierda? —Christopher cargó contra él, usando su tamaño y su fuerza para salir disparado contra Hank.

Pero yo me puse en medio.

—Christopher, no. —Le empujé hacia atrás y lo sostuve por el brazo—. No merece la pena. Sabes que en el momento en que lo toques, te demandará y

hará que te quiten la licencia.

Christopher me echó hacia atrás.

—Me importa una mierda.

Volvió a lanzarse contra Hank.

Agarré a Christopher por los hombros y le empujé hacia la puerta.

—No. No vale la pena, ni a ti, ni a mí. —Conseguí sacarlo por la puerta hasta la acera—. Ahora, vámonos.

—No, vamos a llamar a la policía.

Podríamos haberlo hecho, pero no habría dado buen resultado.

—Sabemos que eso no va a llevarnos a ninguna parte.

—Entonces, ¿no vamos a hacer nada? —preguntó con incredulidad—. ¿No es esta la primera vez que se presenta así en tu trabajo?

Apreté los labios con fuerza.

Christopher estalló una vez más.

—Rome, esto es inaceptable.

Continuó mirando hacia la puerta, esperando a que Hank saliera para poder retorcerle el cuello.

—Hemos pasado por esto muchas veces. Nada de lo que hagamos contra él va a funcionar, es demasiado poderoso. Lo único que podemos hacer es vivir nuestras vidas y no dejar que él nos desanime. Así que vámonos a comer.

Christopher se retorció para soltarse de mí y empezó a alejarse, demasiado mosqueado para mirarme siquiera. Caminó hasta la señal de *stop* y dio un puñetazo al poste con tanta fuerza que dejó una marca en el metal. Todas las personas que había cerca se pararon y se le quedaron mirando, contemplándolo como si fuera un elemento peligroso. Christopher los miró.

—¿Qué cojones estáis mirando?

CHRISTOPHER PIDIÓ UN BOCADILLO PERO, por primera vez, no se comió su comida. Se echó hacia atrás en el reservado y miró por la ventana con la boca formando una mueca permanente. En sus ojos se transparentaba su sed de sangre y sus manos estaban desesperadas por estrangular a Hank hasta que dejara de respirar.

Yo apenas toqué mi comida, porque tampoco tenía demasiada hambre. Deseé que Christopher no hubiera presenciado aquel mal trago en mi oficina. Él siempre estaba haciendo bromas y gracias, pero tenía un grave problema de temperamento que arrastraba desde que era niño. Cuando estaba alterado, tomaba un montón de decisiones estúpidas... como pegar a la gente. Aunque yo creía que Hank se merecía una patada en el culo, podría perjudicar mucho a Christopher si quería. Mantener buenas relaciones con el cuerpo de policía, los jueces y otros abogados permitía a Hank monopolizar todo el sistema de justicia.

—Christopher... —Estiré la mano por encima de la mesa y la apoyé sobre la suya.

Christopher la apartó de un tirón.

—No me toques en este puto momento. —Mantuvo la voz baja para que nadie nos oyera—. ¿Esto lo sabe Calloway? —Finalmente me miró; el odio de su mirada era evidente.

«Dios, no».

«Absolutamente no».

No podía ni imaginarme lo que ocurriría si lo supiera.

—No —respondí finalmente—. Y no va a saberlo, así que mantén el pico cerrado.

—Pues claro que no. Calloway es rico y tiene contactos. Por supuesto que se lo voy a contar.

Eso era algo que no podía permitir que ocurriera.

—Christopher, este es mi problema, no el suyo. No se lo digas. Mírame. Lo digo en serio.

—¿Y tú crees que yo estoy de coña? —soltó—. Tiene que saber que tienes a un ex psicótico que te persigue.

—Hank me dejó en paz durante mucho tiempo. No estoy segura de por qué ha vuelto a aparecer.

—Y más te vale no descubrirlo —dijo con los dientes apretados—. Joder, menos mal que estás viviendo conmigo. No voy a dejar que te mudes a menos que sea con Calloway.

Lo que más me gustaba de Christopher era su serenidad innata. Siempre se mostraba despreocupado y relajado. Nunca era sobreprotector conmigo, especialmente desde que alcanzamos la edad adulta. Me animaba a salir y a vivir mi vida. Pero en el instante en que me amenazaban, me faltaban al respeto o estaba en peligro, se ponía como un loco.

—Por favor, no se lo digas, Christopher. Es importante para mí.

—¿Por qué no iba a decírselo? Es tu novio, ¿no?

—Sí. —Era más que mi novio. Mi corazón estaba entrelazado entre sus dedos con tanta fuerza que no podría liberarme nunca—. Pero Calloway es... —Era difícil expresarlo con palabras—. Creo que realmente podría matar a Hank.

Christopher sonrió, pero lo hizo de un modo despiadado y aterrador.

—Bien. Entonces creo que se lo debería contar definitivamente.

—No quiero que Calloway arruine su reputación y su compañía por esto. Creo de verdad que Hank me dejará en paz. No le tengo miedo. Si me pone una mano encima, le daré una paliza, créeme.

—Pero no antes de que vuelva a romperte el brazo.

La aflicción se apoderó de mí al recordarlo. Christopher se había sentado a mi lado en el hospital, tan enfadado que lloraba. No quería volver a vivir aquel momento, ver a Christopher sintiéndose tan mal por mí que él también se sintiera mal.

—Todo va a salir bien. No hay necesidad de alterarse tanto.

Sacudió la cabeza.

—Tenemos que mantener esto entre nosotros.

—Creo que estás siendo muy injusta con Calloway. Debería saber a lo que se enfrenta. Está mal dejarlo al margen así.

—Se lo contaré. —Mis sentimientos por Calloway estaban innegablemente claros. En el momento en que me había entregado a él, supe cómo me sentía. Él era el hombre que yo llevaba esperando conocer toda mi vida. Era la versión masculina de mí misma. Quería compartir con él todos mis secretos, pero no todos al mismo tiempo—. Es sólo que no quiero cargarlo con esto ahora. Todavía nos estamos conociendo.

—Lleváis tres meses saliendo —rebatía Christopher—. A estas alturas ya deberíais saberlo todo el uno del otro.

—En nuestro caso, no. Nos lo estamos tomando con calma.

Puso los ojos en blanco.

—Ya lo creo...

—Así que, por favor, guárdatelo para ti. Se lo contaré cuando esté preparada. Sé que él también me está ocultando cosas. No es como si fuera sólo cosa mía.

Christopher finalmente cogió su bocadillo y le dio un mordisco.

—Muy bien. Como quieras.

Eso era lo máximo que iba a obtener de él.

—Gracias.

—Pero tenemos que hacer algo con Hank —dijo—. A lo mejor deberías cambiar de oficina.

—Como si pudiera permitirme cambiar mi negocio de sitio.

Se terminó la mitad de su bocadillo de unos cuantos mordiscos,

evidentemente hambriento porque nos habíamos pasado la mayor parte de nuestra hora para comer gritando.

—No te ofendas, pero tu negocio no es realmente un negocio. No ganas una mierda y la empresa tiene cientos de miles de dólares de deuda. A lo mejor deberías dejarlo y ya está.

—¿Y qué haría? —pregunté—. Ese lugar es mi vida.

—Apuesto lo que quieras a que Calloway te daría un trabajo en un abrir y cerrar de ojos.

Lo haría. De eso no cabía duda.

—Podrías hacer lo que te encanta hacer y ganarte la vida de verdad con ello.

Negué con la cabeza.

—Nunca podría pedirle limosna.

—¿Por qué no? A él no le importaría.

—No estoy con Calloway porque sea rico y poderoso. Me gusta por ser quien es, eso es todo.

Christopher entornó los ojos.

—No se trata de eso, y él lo sabe.

—Me ofrece muchas cosas, pero nunca las acepto porque le respeto demasiado. Si le pidiera algo, parecería que le estoy utilizando. Y si realmente quiero un trabajo, puedo presentarme a uno yo solita.

—Su compañía te rechazó dos veces —me recordó Christopher—. Sigo sin entender cómo se ignora a una graduada en Harvard, pero bueno.

—La educación no es importante para Calloway. Él no fue a la universidad.

—¿No? —preguntó intrigado—. Cómo mola. ¿Creó la compañía él solo?

Asentí.

—Qué cabrón —dijo—. Ojalá fuera como él.

—Eres como él —le recordé.

—En realidad, no —dijo—. Yo trabajo para un jefe. Yo recibo comisiones. Tengo un horario. No soy como Calloway. Ese tío puede hacer lo que le dé la puta gana cuando le apetezca.

—Un día llegarás hasta ahí. Construir un imperio lleva tiempo.

—En cualquier caso —dijo Christopher, tomando la otra mitad de su bocadillo—, deberías pedírselo. Si no vas a contarle la verdad sobre Hank, al menos deberías hacer esto. Puede que él no se dé cuenta, pero estará agradecido cuando trabajes en un edificio enorme con más personas para que Hank no pueda plantarse allí cuando le apetezca. Eres totalmente vulnerable en esa oficina diminuta.

Yo sabía que esto era cierto, incluso con un bate detrás del escritorio. No había testigos en la oficina. Si Hank realmente se lo proponía, podría lograr inmovilizarme. Y yo no podía permitirme un sistema de seguridad.

—En serio, piénsalo. Hank no puede tocarte mientras vivas conmigo o con Calloway. Y tampoco podrá tocarte en el trabajo si estás en Humanitarians United. Es la mejor solución para conseguir que Hank te deje en paz.

Sabía que él tenía razón, y eso ya era mucho decir.

—¿Pensarás en ello? —insistió—. Porque no voy a dejar pasar el tema hasta que tomes una decisión. Una inteligente.

—Sí —susurré—. Pensaré en ello.

Calloway

EN EL INSTANTE EN QUE ATRAVESÉ LA PUERTA, EL DOLOR ME AZOTÓ EL cuerpo.

Ella no estaba allí.

Echaba de menos tenerla en casa todos los días, oler la cena en cuanto entraba por la puerta. Normalmente yo la veía antes de que ella me viera a mí, de pie junto a la encimera dándome la espalda. Tenía el trasero más firme que una nectarina y un aspecto impresionante con aquellos vaqueros que siempre llevaba. A veces canturreaba por lo bajo, sin darse cuenta siquiera de que lo estaba haciendo.

Pero ahora entraba en una casa vacía.

Dejé el maletín en la mesa del recibidor y encendí un par de luces. Dejé caer el cuerpo sobre el sofá y me quedé mirando la pantalla apagada de la televisión, escuchando el silencio a mi alrededor. Estaba completamente aislado del tráfico y las personas. Con mi pequeño patio, no parecía que estuviera viviendo en la ciudad en absoluto.

Saqué el teléfono y le envié un mensaje, golpeando la pantalla con los dedos con más fuerza de la que pretendía. Mi desesperación estaba quedándose con lo mejor de mí y mis manos anhelaban tocarla. Mis pautas de sueño se habían desbaratado por completo porque ella no estaba a mi lado cada noche. Cuando lo había organizado todo para que se mudara con Christopher, creía que era la mejor solución. Pero ahora me arrepentía de aquella decisión.

«Te deseo».

Fue lo primero que me vino a la mente. A pesar de lo intenso de la afirmación, era exactamente lo que sentía, en el menor número de palabras posible.

«Pues ven a por mí».

Pude oír su voz descarada cuando leí la frase. Sus ojos verdes estarían iluminados como llamas, preciosos e hipnotizadores. Me la imaginé de pie, sólo con un tanga negro, lista para arrastrarse por la cama con el culo hacia arriba.

«Cuidado, Vainilla. Sabes que lo haré».

«Estoy preparando la cena con Christopher. Puedo pasarme después, a menos que quieras unirme a nosotros».

Si iba allí en ese momento, no habría nada de sexo. Christopher querría hablar de deportes y mujeres y yo apenas intercambiaría algunas palabras con Rome. Pero la idea de quedarme sentando esperándola me parecía terrible.

La echaría de menos todo el tiempo.

«Estaré allí en quince minutos».

«Pues ahora nos vemos, Sexi».

CHRISTOPHER ABRIÓ LA PUERTA.

—Hola, tío. —Me estrechó la mano con firmeza antes de invitarme a pasar—. Hace tiempo que no nos vemos. ¿Qué tal te va todo?

—Lo único que hago es trabajar y estar con tu hermana.

Rome era mi afición favorita, una de la que nunca me cansaba. Me giré y la vi de pie en la cocina, con el rostro iluminado por una sonrisa sólo para mí. Quería ir hacia ella de inmediato, pero Christopher siguió hablando.

—Así que eres rico, pero diriges una organización benéfica —dijo—. ¿De dónde viene tu dinero?

Era una pregunta entrometida, pero sabía que sólo lo preguntaba porque él era asesor financiero. Simplemente sentía curiosidad.

—Tengo un montón de propiedades inmobiliarias en las mejores zonas de la ciudad. Principalmente edificios comerciales y bloques de apartamentos. Mi sueldo personal es un cúmulo de todas esas cosas.

—¿Y qué pasa con la depreciación?

Lo último que quería hacer era hablar de negocios.

—Voy a saludar a mi chica, pero podemos continuar con esta conversación cuando termine. —Le di una palmada en el hombro para que mi desaire no pareciera demasiado maleducado.

Asintió lentamente con la cabeza y después guiñó un ojo.

—Te entiendo, tío.

Cubrí la distancia que nos separaba, acercándome lentamente a Rome hasta que por fin pude olerla. La sonrisa que me dirigió bastó para hacer que me ablandara. Mi exterior ya no parecía tan duro. Normalmente me sentía como de metal sólido, pero sus llamas eran tan abrasadoras que hacía que me derritiera.

—Ahí está mi mujer.

Le rodeé la cintura con los brazos y la besé suavemente en la boca, sin importarme un carajo si Christopher estaba mirando. En cuanto sus labios estuvieron unidos a los míos, me sentí eufórico. Me sabía a paraíso, tan dulce y etérea. Apreté las manos contra su cintura y prolongué el beso durante más tiempo del debido, pero no lo pude evitar.

Fue ella la que lo interrumpió, mordiéndose el labio inferior como deseando que el beso pudiera continuar para siempre. Apartó la mirada de inmediato, como si estuviera avergonzada por la muestra de afecto que acabábamos de expresar delante de su hermano.

—Espero que tengas hambre.

Mis ojos estaban fijos en su boca.

—Me muero de hambre.

Rome captó mi indirecta y se le ruborizaron levemente las mejillas. Me imaginé su trasero con el mismo aspecto, enrojecido por la palma de mi mano.

—¿Quieres una cerveza? —Sacó un botellín del frigorífico sin esperar mi respuesta.

—Claro. —Desenrosqué el tapón y di un trago.

—Puedes sentarte. La cena estará lista en unos minutos.

No había ido hasta allí para pasar tiempo con Christopher delante de la televisión, pero bueno.

—¿Necesitas ayuda con algo?

—No. —Se volvió hacia la encimera y continuó contando las verduras.

Entré al salón y me senté en el sofá; Christopher estaba sentado en el otro.

—Bueno, ¿de qué estábamos hablando?

—Se te van todos los pensamientos de la cabeza cuando la miras, ¿eh?

Sonreí antes de dar otro trago.

—Algo así.

DESPUÉS DE LA CENA, Rome entró en la cocina y fregó los platos.

Christopher me estaba hablando de planes de pensiones y de otras bobadas financieras por el estilo, antes de hacer un gesto con la cabeza hacia el pasillo.

—Hay algo que quiero enseñarte.

—¿Dónde?

—En mi habitación. —Dejó la cerveza sobre la mesa de comedor.

Levanté una ceja, sin mostrar mucho interés por entrar en el dormitorio de otro hombre.

—Tú ven. —Caminó por el pasillo, y yo le seguí. Cuando entramos en su habitación, cerró la puerta tras nosotros.

Y eso hizo que las cosas fueran más raras.

Cruzó los brazos sobre el pecho y me miró, manteniendo la voz baja.

—Vale, quería hablar contigo de una cosa sin que ese grano en el culo se entere.

Ahora sí estaba interesado.

—¿Qué pasa?

—Está teniendo algunos problemas en el trabajo ahora mismo y tiene que alejarse del negocio. Lleva mucho tiempo perdiendo dinero y mantener For All le está haciendo más mal que bien. Sé que ella ya te ha dicho que se presentó un par de veces a tu empresa, pero que nunca supo nada. Me preguntaba si le darías un trabajo.

Le daría todo lo que quisiera. Pero ¿por qué me lo estaba contando él en vez de ella?

—¿Y esto por qué es un secreto?

Rome ya debería fiarse de mí a estas alturas. No había nada que pudiera decirme que me molestara.

—Porque se niega a pedirte nada. —Christopher entornó los ojos—. No quiere que creas que está interesada en ti por tu dinero, tu poder y tus contactos. Así que está atrapada en esta situación de mierda hasta que surja algo mejor. Pero trabajo benéfico que realmente sea rentable, hay poco. Va a estar en ese agujero para siempre a menos que tú le echés una mano.

Procesé todo lo que me había dicho, sintiéndome conmovido por las prioridades de Rome. Podía pedirme ayuda, pero se negaba a hacerlo porque yo le importaba demasiado. Valoraba más nuestra relación que el hacer que

su vida fuera más fácil. La mayoría de las mujeres no se preocupaban por mí más allá de mis habilidades en la cama, mi cartera y mi imperio. Su gesto significaba tanto para mí, que no era capaz de expresarlo con palabras. Con Christopher observándome evité mostrar mis emociones, manteniendo mi expresión tan estoica como siempre. Mis pensamientos siempre eran un misterio para cualquier que me rodeara, excepto para Rome.

—Me ocuparé de ello.

—¿Cómo? —preguntó—. No quiero que sepa que he tenido algo que ver con esto.

—Por eso no te preocupes. Tú déjame a mí.

Sonrió y me estrechó la mano.

—Tú eres el hombre adecuado. Si alguna vez quieres casarte con mi hermana, tienes mi bendición. —Me guiñó un ojo, abrió la puerta del dormitorio y alzó la voz para que Rome pudiera oír nuestra conversación—. Sí, el Dow está fatal ahora mismo. Puede que tenga algo que ver con las elecciones. Hay tantas variables cuando se trata del mercado de acciones, que nunca hay nada seguro, ¿sabes?

Entramos en la zona de la cocina y yo asentí, siguiéndolo.

—Es verdad.

Rome acababa de cerrar el lavavajillas.

—¿Vosotros dos habláis alguna vez de algo que no sean finanzas? ¿Como por ejemplo de deportes?

—En realidad, sí —dijo Christopher—. Estábamos hablando de lo bien que te vendría recibir unas clases de cocina.

Rome cruzó los brazos sobre el pecho, con una mirada de odio que daba miedo, pero rozaba lo adorable.

—No voy a volver a prepararos la cena.

—Vale. —Christopher entró en el salón y cogió la cerveza de la mesa del comedor—. Tomaré cerveza para cenar.

Rome puso los ojos en blanco mientras él no miraba.

Ahora que la cena había terminado y que estábamos uno frente a otro, yo quería salir de allí. Cada momento que no estaba dentro de ella, era tiempo perdido.

—Vamos a mi casa. —No se le pregunté, porque no era una petición. Christopher me caía bien, pero no me interesaba pasar tiempo con él. Mi interés por Rome era muy específico. Todas aquellas citas y cenas sólo eran parte del plan para conseguir lo que quería.

—¿Ahora? —preguntó.

—En. Este. Mismo. Instante. —Clavé la mirada en ella sin parpadear, conmovido por la belleza de sus ojos verdes. Me moría de ganas de que brillaran por mí mientras se corría y me clavaba las uñas en los brazos.

Cuando se mordió el labio inferior ligeramente, sólo un mero instante que fue casi imposible de captar, una ola de calor me abrasó la garganta y me llegó a la boca. Quería respirar con fuerza contra su boca y que ella escuchara cuánto la deseaba.

—Deja que coja mi bolso.

Le di una suave cachetada en el culo cuando pasó a mi lado.

—Date prisa.

EN EL MOMENTO en que entramos en casa, nuestros labios se unieron y nuestros brazos se entrelazaron. La ropa cayó al suelo mientras hacíamos malabarismos para subir dos tramos de escaleras y nuestras bocas continuaban moviéndose juntas con desesperación. Antes de que entráramos en la habitación, conseguí hacer que gimiera dos veces.

Cuando su cuerpo desnudo cayó sobre el colchón, trepé sobre ella y le separé los muslos con las rodillas. Finalmente estaba preparada para que la tomara. Éramos sólo ella y yo, y su cuerpo desnudo estaba listo para que yo disfrutara de él.

Enrosqué sus preciosas piernas alrededor de mi cintura y le ladeé las caderas mientras mi erección se introducía lentamente en ella. Aquella era mi parte favorita: el principio, en vez del final. Sus ojos siempre se iluminaban cuando me hundía en su interior, mientras yo notaba cómo se estiraba por dentro, resistiéndose a aquella gruesa intrusión. Su estrechez siempre me recordaba su inocencia, el hecho de que yo era el único hombre que la había penetrado jamás. Su humedad siempre me recibía con los brazos abiertos, y el gemido que escapó de sus labios era una mezcla de placer y dolor.

El pelo le caía en una cascada que la rodeaba y se esparcía sobre el colchón, con los rizos castaños formando amplias ondas. Llevaba muy poco maquillaje, pero podía ver el rímel oscuro en sus ojos. Tenía las pestañas eran largas y abundantes, haciendo que sus ojos, ya de por sí bonitos, parecieran majestuosos. Se le habían endurecido los pezones duros y tenía el pecho ruborizado, signos evidentes de su excitación. Sus labios estaban ligeramente separados y la punta de la lengua reposaba detrás de los dientes.

—No tienes ni idea de lo increíblemente preciosa que eres.

Me pasó las manos por el pecho, palpando el sólido bloque de cemento de mis músculos.

—Sí, lo sé, porque veo la forma en que me miras.

Naturalmente, mis ojos se suavizaron. Sus palabras eran dulces e inesperadas y de algún modo hicieron que me enterneciera. Por primera vez, no quería hacerle daño. Apreciarla, adorarla y sentirla era suficiente.

El sexo vainilla no estaba tan mal, después de todo... nada mal, de hecho.

Me deslicé en su interior hasta pegar los testículos chocaron contra su entrada, descansando contra su culo. Tenía los brazos estirados a ambos lados de su cabeza y empecé a embestir lentamente, balanceando las caderas mientras entraba y salía de ella. La sentía estrecha, como si hubiera una mano oprimiendo mi erección. Si no estuviera tan húmeda para mí, puede que aquello no hubiera funcionado.

Sus manos serpentearon hasta posarse sobre mis bíceps, las puntas de sus dedos se curvaron sobre los músculos y las uñas se me clavaron en ellos. Lentamente, se movió conmigo, utilizando las piernas como punto de apoyo

para recolocar la parte inferior de su cuerpo. Cuando entraba en ella, se movía para recibir más. La posibilidad de sentir dolor nunca le impedía tomarme. No importaba lo grande que fuera mi sexo, aun así, me deseaba.

Esto era lo que llevaba anhelando todo el día. Cuando estaba en el trabajo, no podía dejar de imaginármela debajo de mí, así. No había látigos ni cadenas, pero de todas formas era increíble. Sólo una mujer como Rome podría entretenerme con un sexo tan lento y suave como aquel. Un día me cansaría de ello. Pero por el momento, estaba absolutamente embelesado.

—Haces que me corra tan rápido... —El rubor teñía sus mejillas y sus ojos se oscurecieron de placer.

—El sentimiento es mutuo, cariño. —Mis manos inmovilizaron las suyas contra el colchón, por encima de su cabeza, dominándola lo mejor que podía. Empujé con más fuerza, penetrándola más de lo que lo había hecho nunca.

Sus dedos se entrelazaron con los míos y sus gemidos se convirtieron en gritos. Su sexo se contrajo a mi alrededor mientras llegaba al límite. Retorciéndose y gimiendo, se corrió alrededor de mí, con la vagina empapada y bañándome el miembro con sus fluidos.

—Calloway... joder. —Su orgasmo duró casi un minuto, y al acabar se mordió el labio, mirándome a los ojos con pura satisfacción.

Cuando daba esos increíbles espectáculos, quería disfrutar del mismo subidón, ceder al sentimiento más natural del mundo. Pero también deseaba ver cómo sus ojos volvían a quedarse en blanco, oír cómo sus gritos se hacían cada vez más fuertes.

Le hundí una mano en el pelo y apreté mi boca contra la suya, sin apartar mis ojos de los suyos. Había tanta humedad entre nosotros que mi sexo encontraba menos resistencia. Mis sábanas estarían empapadas con los fluidos que le corrían por el culo y por debajo del cuerpo. Pero me encantaba sentir su excitación recubriendo mi erección. Me encantaba complacer a mi mujer tanto como ella me complacía a mí.

—Calloway... Quiero sentir tu corrida.

Para ser vainilla, decía cosas muy guarras.

—¿Eso quieres, cariño?

—Sí —dijo con la respiración entrecortada. Sus uñas se clavaron en las mías y me miró directamente a los ojos, contemplando mi expresión justo como yo observaba la suya—. Me gusta ver cómo te corres...

—Qué ironía. A mí me gusta verte a ti.

La embestí con más fuerza, haciendo retumbar el cabecero contra la pared y casi partiéndolo en dos. Mi cuerpo la oprimía contra el colchón, arrugando las sábanas con nuestros movimientos. El sudor nos cubría a ambos, pero la sensación valía cada minuto de esfuerzo.

La besé con rudeza, magullándole los labios. Respirábamos al unísono, tomando todo lo que podíamos el uno del otro. Mi boca la veneraba, besándola por todas partes, pasando a su cuello y a sus deliciosos pezones. Cuando volvió a encontrarse con la suya, se corrió una vez más.

En el instante en que noté que se tensaba alrededor de mí, me dejé llevar.

La miré fijamente a los ojos y me corrí con un gruñido, liberándome con ella, exactamente en el mismo momento. Enterré mi erección en lo más profundo de su ser, queriendo asegurarme de que recibiera hasta la última gota. No había nada más sensual que dormir junto a la mujer a la que acababas de llenar con tu semilla.

Lentamente, abandonó el éxtasis y pasó las puntas de los dedos por mi cabello húmedo. Cruzó los tobillos, sin dar la impresión de querer que me apartase por el momento. Sus pezones se ablandaron poco a poco, y el sudor de su pecho me pareció perfecto para lamerlo.

—Ojalá pudiéramos hacer esto todo el día, cada día.

Esas palabras hicieron que me volviera a encender. En lugar de salir de ella y meterme a la ducha, quería quedarme justo ahí.

—Podemos hacerlo toda la noche. —Le limpié el sudor con la lengua, saboreando la sal en los labios y, una vez más, me empalmé.

Me arrastró las uñas por la espalda, casi rasgándome la piel mientras volvía a embestirla.

—Dios, Calloway... ¿dónde has estado toda mi vida?

Le besé la comisura de la boca mientras me balanceaba contra ella.

—Esperándote.

QUEDÉ CON ROME PARA COMER.

Endemoniadamente sensual con una ceñida falda de tubo y una blusa rosa ajustada, casi logró que se me cayera la baba. De algún modo, estaba igual de sexi con la ropa puesta que cuando la tenía esparcida por el suelo de mi habitación. Sus piernas esbeltas se veían resaltadas por los zapatos de tacón que llevaba puestos. Absolutamente arrebatadora, entró en aquel restaurante sin tener ni la más mínima idea de cuántos hombres la estaban contemplando.

Cuando me divisó en la mesa, se acercó para reunirse conmigo.

Casi se me olvidó ponerme de pie para saludarla. Tenía la esperanza de que, en lugar de eso, se sentara en mi regazo.

—Hola, cariño. —Le rodeé la cintura con un brazo y le di un beso que se considerara para todos los públicos.

—Hola, Sexi. —Siempre se dirigía a mí así y era mi apodo favorito, el mejor que me habían puesto nunca.

Retiré una silla para ella y me senté enfrente, mientras toda mi lógica y mi raciocinio se escapaban por la ventana. Sólo podía pensar en lo respingonas que parecían sus tetas aquel día. Su sensual sujetador le hacía un escote increíble. El hueco de su garganta parecía necesitar la atención de mi lengua. De hecho, todo su cuerpo parecía necesitar mi atención.

—Siempre me miras así. —Cogió la carta y bajó la mirada para leerla.

No fingí no saber de qué estaba hablando. Asumí la responsabilidad como un hombre.

—Porque estoy obsesionado contigo.

¿Qué sentido tenía endulzar las cosas a estas alturas? Desde que me había pegado en aquel bar, había estado desesperado por ella. No importaba cuántas veces folláramos o sobre cuántos muebles lo hiciéramos: yo seguía queriendo más de ella.

—¿Cada vez que me miras? —Volvió a levantar la vista hacia mí, con mirada coqueta.

—Y cada vez que no te estoy mirando.

La comisura de sus labios se curvó en una sonrisa.

—Te follaría ahora mismo si no fuera algo ilegal.

—Qué lástima —dijo ella—. Siempre he querido hacerlo en un lugar público.

Entrecerré los ojos ante su provocación. Era excitante, pero eso era peligroso para ella. Podría hacérselo en el baño en aquel preciso instante, sin importarme un carajo quién estuviera en el aseo contiguo.

—Cuidado, cariño. Haré que eso ocurra ahora mismo si sigues así.

La tensión aumentó entre nosotros, palpable y abrasadora. Su pierna se movió hacia las mías bajo la mesa y se frotó hacia arriba contra mí de forma seductora, deseando tener mi enorme miembro dentro de ella allí mismo y en aquel momento.

Me esforcé al máximo por ignorar la intensa erección de mis pantalones.

Por suerte, la camarera vino a nuestra mesa y templó los ánimos. Cuando pedimos la comida y las bebidas, nos dejó solos.

Observé la preciosa cara de Rome, deseando enrollar su pelo castaño alrededor de mi puño hasta tenerla completamente controlada. Me vinieron a la mente fantasías, cada una de las cuales incluía cuerdas, cadenas y la palma de mi mano. Ella era obediente y hacía lo que le pedía sin dudar. No me miraba a los ojos hasta que yo se lo ordenaba. Sólo se refería a mí como «señor».

Ella era capaz de leer mis emociones, pero, por suerte, no mis pensamientos.

—Lo estás haciendo otra vez.

No sabía ni la mitad.

—Hay algo con lo que necesito ayuda. Y tú eres la persona ideal a la que recurrir.

—No voy a hacerte una mamada en el baño. Admito que soy un poco guarrilla contigo, pero tengo por lo menos un poco de clase.

Sonreí, algo tan extraño que casi había olvidado cómo hacerlo. Esa mujer me hacía sentir cosas que no había sentido en décadas.

—Esa poca clase que te queda está a punto de desaparecer. Pero no es de eso de lo que quería hablar.

—Te escucho. —Adoptó su compostura profesional, mirándome con atención y con los oídos bien abiertos.

—La directora del Departamento de Indigentes y Obreros dimitió hace unas semanas. —En realidad, hacía sólo dos días que la había ascendido a un puesto con un sueldo mejor—. No he encontrado a una persona adecuada para sustituirla y quería saber si estarías interesada. Las tareas principales del puesto son organizar colectas de alimentos y de ropa para los indigentes y trabajar para encontrarles trabajos adecuados. La parte de la clase trabajadora se centra en programas para ayudar a las comunidades desfavorecidas, a familias monoparentales, etc. Si te interesa, te escribiré una carta con una oferta formal con el sueldo detallado. Con tu experiencia y tu formación, creo de verdad que eres la mejor persona para el trabajo.

Rome era inteligente, compasiva y nadie haría el trabajo mejor que ella. No había duda de que tenía buen corazón y, sinceramente, podría ayudar a muchas más personas con un presupuesto mayor y con más miembros en su equipo.

Al principio, se quedó sorprendida. Abrió ligeramente la boca por la increíble oferta que acababa de ponerle delante. Se le iluminaron los ojos del mismo modo que cuando estábamos en la cama. Pero al momento, ese deleite se transformó en sospecha.

—¿Te ha pedido Christopher que hagas esto?

Me hice el tonto.

—¿Para que te mudes? Puede que haya mencionado que le incordias un poco, pero no, no me ha pedido que te ofrezca trabajo. —No tenía ningún problema en mentir cuando se trataba de la privacidad de otra persona—. Si no lo quieres, no tienes que aceptarlo. Sólo pensé en hablar contigo de ello porque el puesto está libre. Entiendo que te apasiona tu empresa, así que, si prefieres quedarte en ella, no hay ningún problema. —Cuanto más distante pareciera, más probable sería que considerara la oferta.

Sus sospechas se extinguieron cuando oyó todo lo que dije.

—No sé qué decir... Me siento halagada.

—No estoy intentando halagarte, cariño. —Aunque me encantaba cuando sus mejillas se sonrojaban así, hacía que la mano se me moviera espasmódicamente bajo la mesa—. ¿Eso significa que estás interesada?

—Claro que lo estoy. —Soltó una risita como si la pregunta fuera graciosa—. Últimamente estoy teniendo algunos problemas con For All y no estoy segura de poder resolverlos.

Sabía que tenía una cantidad de deudas terrorífica por culpa de los préstamos de estudios y de dirigir una organización benéfica ella sola. Sinceramente, me sorprendía que hubiera durado tanto.

—Creo que podrás ayudar a la gente igual, si no más, estando en Humanitarians United. Si dejas tu empresa, no vas a abandonar a la gente a la que ayudas. No vas a abandonar esta ciudad ni a la comunidad. Creo que de verdad serías un gran activo para el equipo.

Sonrió de esa forma maravillosa que me llegaba directa al corazón.

—Qué bueno eres, Calloway.

No estaba intentando ser bueno. Estaba esforzándome para que se convirtiera en mi sumisa, la mejor sumisa que tendría nunca.

—¿Eso significa que aceptas mi oferta?

Toqueteó su vaso de agua sin llegar a beber. El vaso estaba lleno de cubitos de hielo, agua y una única rodaja de limón. La condensación se acumuló en las puntas de sus dedos, reflejando la luz del sol que pasaba por la ventana.

—No lo sé...

Oculté la irritación que sentía por dentro, obligándome a permanecer paciente.

—¿Qué dudas tienes?

—¿No crees que podría ser un problema? ¿Que trabajáramos juntos?

Si me salía con la mía, estaría inclinada sobre mi escritorio cada vez que la llamara a mi oficina. Tendría la falda amontonada alrededor de la cintura y las bragas, alrededor de los tobillos. Contemplando la ciudad, la embestiría y la llenaría con mi semilla, sintiéndome como un rey.

—¿Por qué iba a ser un problema? —Toqueteé el anillo negro de mi mano derecha, ansioso por deslizar en la suya el diamante negro.

—Porque estamos saliendo, Calloway. ¿No hará eso que la gente se sienta incómoda?

—Nadie tiene que saberlo, cariño. Y si efectivamente hace que se sientan incómodos, pueden buscarse otro trabajo.

Estaba empezando asimilar la idea, pero aún se mostraba dubitativa.

—¿Estás seguro de esto? Tal vez necesitas tomarte un tiempo para pensarlo.

Nada me molestaba tanto como el hecho de que alguien dudara de mí.

—Llevo mucho tiempo al mando de esta empresa. Creo que tengo la experiencia y la capacidad para tomar decisiones importantes a diario. —No oculté el enfado en mi voz. Tampoco dejé de tensar la mandíbula—. No, no necesito pensármelo.

Ella sabía que había cruzado una línea invisible.

—No quería ofenderte.

—Pues no lo hagas —dije fríamente—. ¿Quieres el trabajo o no?

En lugar de responder de inmediato, suspiró.

—¿Y si tenemos una pelea? ¿Y si rompemos?

—Aunque tengamos algún desacuerdo, estoy seguro de que los dos podremos comportarnos de forma profesional en la oficina. Y, además, no vamos a romper.

Esa certeza no procedía de ninguna creencia en la relación que manteníamos. Se debía a la obsesión. Por nada del mundo iba a dejar que se alejara de mí hasta que estuviera preparado para dejarla marchar.

Y sabía que no iba a estar preparado durante mucho tiempo.

—Ah, ¿no? —preguntó quedamente con la mirada ablandada.

Crucé las piernas bajo la mesa, apoyando las manos sobre mi rodilla. Era una oponente feroz, alguien que no se conformaba con menos de lo que merecía. Si no estaba de acuerdo con algo, no tenía problema en expresar su opinión.

—Si crees que te voy a dejar marchar alguna vez, estás muy equivocada.

Rome

INTERROGUÉ A CHRISTOPHER EN CUANTO LO VI.

—¿Le has pedido a Calloway que me dé trabajo? —Sabía que no le había mencionado a Hank. Si lo hubiera hecho, mi conversación con Calloway se habría desarrollado de un modo bastante diferente. La mesa habría acabado volcada en medio de la sala y habría una historia sobre el asesinato de Hank en las noticias de máxima audiencia.

—¿Qué?

Christopher debía de haber llegado del trabajo hacía poco, porque aún tenía la corbata en el cuello. Estaba desatada y suelta, al igual que los botones de su camisa. Tenía una cerveza en la mano y estaba sentado en el sofá, y el pelo perfectamente peinado había empezado a caerse al quitársele la gomina.

—No te hagas el tonto conmigo. —Me senté en el sofá junto a él y le apunté el pecho con el dedo—. Hoy Calloway me ha ofrecido un trabajo de repente mientras comíamos. Es una casualidad bastante grande, ¿no crees?

—¿Casualidad? —preguntó—. Por si se te ha olvidado, los dos os ganáis la vida haciendo exactamente lo mismo. No es como si él fuera dentista y tú gimnasta. Ha visto tu trabajo y sabe que eres buena en lo que haces. ¿Acaso ese razonamiento no se te ha pasado por la cabeza?

Cuando mi hermano me restaba importancia así, me sentía estúpida por haber sacado conclusiones precipitadamente.

—Lo siento, sólo he pensado que era raro que me ofreciera este súper trabajo de repente.

—Las personas dimiten de sus puestos todo el tiempo y hace falta gente nueva para cubrirlos... Es el ciclo de la vida. Bueno, ¿entonces es un buen curro?

—Sí. Seré la directora del Departamento de Indigentes y Obreros.

—Mola —dijo, asintiendo con la cabeza—. A mí me suena terriblemente aburrido, pero me alegro por ti.

—Qué irónico. A mí me suena aburrido tu trabajo.

Él se encogió de hombros.

—Es bastante aburrido.

Me reí.

—Al menos lo admites.

—Entonces, ¿cuándo te mudas? —soltó.

—No voy a mudarme. Necesitas que alguien te ayude con el alquiler, ¿no?

—Bueno... sí. —Dio un trago a la cerveza—. Pero siempre puedo encontrar a otra persona. Si quieres tener tu espacio, deberías buscarte un piso para ti. Sin rencores, en serio. Ahora que tendrás dinero, deberías mimarte.

—No tengo ni idea de cuál es el sueldo.

—Estoy seguro de que será suficiente para vivir de él. Calloway parece ser un tipo que paga bastante bien a sus empleados.

—Sí. —Sólo esperaba no recibir un trato especial.

—Que tu novio sea tu jefe será guay. Podrás librarte de un montón de cosas.

Lo fulminé con la mirada.

—Como si yo fuera a aprovecharme de esa relación.

—¿Por qué no? —preguntó—. Si yo me estuviera tirando a mi jefa, lo haría.

—Supongo que esa es la diferencia entre tú y yo.

—¿Y cuándo empiezas?

—No estoy segura. Tengo que hacer una entrevista formal mañana en su oficina. Probablemente me lo dirá entonces.

—Genial. ¿Y qué pasa con For All? ¿Qué vas a hacer con ella?

Cerrar la empresa no sería demasiado problema. Sólo tenía unos cuantos voluntarios a tiempo parcial. No es que fueran a sufrir un recorte en la nómina.

—Supongo que rescindiré el contrato de alquiler y sacaré mis cosas... bastante sencillo.

—Hank no tendrá ni idea de cómo seguirte la pista. Tal vez desista y se olvide de ti.

—Sí...

Eso esperaba. Si no, a lo mejor tenía que matarlo. No soportaba el acoso. Había probado contactando con la policía y no había funcionado, pero me ocuparía yo misma del asunto si era necesario.

ENTRÉ en el gran edificio y me monté en el ascensor para subir hasta la planta superior. Cuando las puertas se abrieron, contemplé el amplio espacio de oficinas. Los cubículos mantenían a los trabajadores en sus puestos, tecleando o hablando por teléfono. En el perímetro de la planta había despachos, probablemente para los ejecutivos de mayor rango. Era evidente dónde estaba la oficina de Calloway porque la parte posterior del edificio no se veía en absoluto, bloqueada por una pared negra con un gran escritorio justo delante. Tenía aspecto de haber sido tallado en piedra, y había una mujer preciosa sentada detrás.

Intenté no ponerme celosa. Calloway no parecía el tipo de hombre que se acostaba con su ayudante.

—Hola. —Caminé hasta ella y sentí vergüenza cuando estuve frente a la atractiva rubia. Era guapa, con una piel completamente inmaculada y los ojos azules igual Calloway —. Tengo una reunión con el señor Owens en quince minutos.

Alzó la vista hacia mí, mostrando el tipo de sonrisa que esbozaban las modelos. Era hipócrita pero perfecta, y dejaba a la vista sus dientes rectos y un hoyuelo en cada mejilla. Su cabello rubio era tan reluciente que las luces fluorescentes resplandecían sobre su coronilla.

—Por supuesto. —Sus dedos golpearon el teclado hasta que encontró la información adecuada—. Aquí está. —Volvió a girarse hacia mí cuando hubo confirmado la cita—. Siéntese, estará con usted en un momento.

—Gracias.

Me senté y crucé los tobillos, sintiendo cómo me martilleaba el corazón, aunque no tendría por qué. No estaba segura de si estaba nerviosa por la entrevista o sólo por estar a solas con él. La noche anterior, me había tomado por detrás y se había enrollado mi pelo en el puño, controlándome como si fuera un vaquero y yo su caballo. Se había corrido dentro de mí tantas veces que no pude caminar hasta el baño sin derramar su semilla por todas partes.

El recuerdo hizo que un calor abrasador me tiñera las mejillas.

La excitación borboteaba en mi interior, y de repente me sentí ansiosa por verlo. Me encantaba verlo con traje, con los hombros anchos y fuertes y la cintura estrecha y fina. Normalmente tenía una barba incipiente en el mentón, áspera al tacto cuando su rostro se apretaba contra mis piernas. Aquellos ojos eran lo mejor, tan ardientes e intensos.

Automáticamente junté los muslos, apretándolos entre sí.

La gran puerta negra se abrió y salió Calloway, con un aspecto perfecto llevando un impecable traje gris. Tenía una mano en el bolsillo y los ojos apuntando a mi rostro como si fuera un objetivo. No sonrió con la boca, pero sus ojos dejaban entrever un cariño silencioso.

—Señorita Moretti. —Me esperó en la puerta, con aire profesional y rayano en lo indiferente. Pero yo sabía que sólo era una fachada.

Cogí el bolso y pasé por su lado, consciente del aroma de su colonia. El vello de la nuca se me puso de punta, tenso por el calor del ambiente. Prácticamente podía oír los chasquidos y el crepitar de un fuego invisible.

Calloway cerró la puerta y nos cobijó con una absoluta intimidad. Caminó hasta mí, sin darme tiempo para admirar su oficina o las vistas. Su rostro estaba muy cerca del mío y observaba mis labios como si fueran de su propiedad.

Tragué el nudo que tenía en la garganta, sintiendo cómo los nervios se apoderaban de mí. Llevaba cuatro meses saliendo con él, pero aún me producía ese efecto: la habilidad de hacer que me retorciera de necesidad. Quería aplastar las manos contra su pecho y sentir aquel calor y aquella fuerza. Antes de conocerlo, yo era totalmente inocente. Pero ahora, sólo podía pensar en mover nuestros cuerpos al compás, en hacer el amor de una forma tan ardiente y sudorosa que después no pudiera ni pensar. Esa conexión física me había hecho alcanzar un ámbito nuevo de mi existencia. Vinculados espiritualmente, con él sentía algo real. El sexo era únicamente una expresión de aquellos sentimientos... de desesperación, de afecto y de mucho más.

Sabía lo que ocurriría si no tomaba las riendas de la situación. Acabaría con la falda por encima de la cintura y me follaría durante toda la entrevista. Que sería de todo menos una entrevista.

—Cuéntame más sobre el puesto. —Le rodeé y me senté en la silla de piel que había frente a su escritorio. Su mesa era negra, como las estanterías de la pared. Sus gustos masculinos eran evidentes, con una estética similar a la de su casa. La única luminosidad de su oficina procedía de los ventanales que cubrían la pared del suelo al techo.

Se aproximó a la parte delantera del escritorio y se apoyó contra él, cruzando los tobillos y los brazos. Tenía la comisura de la boca curvada en una sonrisa, divertido por mi evidente intento de mantener las cosas profesionales entre nosotros.

—Eres más fuerte que yo. —Dio unos golpecitos contra la superficie de madera—. Ahora mismo estarías de rodillas si no te respetara tanto.

Un escalofrío me bajó por la espalda y me llegó directamente a la entrepierna.

Saqué mi cuaderno y un bolígrafo. Después de presionar la parte superior con el pulgar, apreté la punta contra el papel.

—Si vamos a trabajar juntos, todo tiene que ser platónico entre nosotros en la oficina. —No quería que ninguno de mis compañeros diera por sentado que sólo había conseguido el trabajo porque me estaba tirando a Calloway. Deseaba que me juzgaran por mis propios méritos, no por lo que hiciera con el jefe—. Sólo estaremos aquí ocho horas al día. El resto del tiempo es nuestro.

—Pero si tengo que verte paseando por la oficina... —Ladeó la cabeza mientras me examinaba las piernas—. ... todo el día, con ese aspecto, voy a cometer algunos deslices.

—Entonces a lo mejor no deberíamos trabajar juntos.

Su sonrisa se desvaneció.

—Vainilla, tienes que relajarte.

—O a lo mejor tengo que mantenerte a raya.

Apreté las piernas en respuesta al calor abrasador que ardía en la cúspide de mis muslos. Cuando no podía tenerlo dentro de mí, juntaba las piernas con fuerza para ayudarme a lidiar con su ausencia.

Su sonrisa había vuelto a aparecer.

—En realidad, me gusta cómo suena eso.

Ya habíamos tonteado bastante, y yo estaba preparada para ponerme a trabajar.

—Háblame del trabajo y cuéntame cuáles son mis responsabilidades.

Después de dedicarme una larga mirada, rodeó el escritorio y se dejó caer en la silla. Sentado tras aquella majestuosa obra de madera, tenía un aspecto regio. Como si no sólo el edificio le perteneciera, sino la ciudad entera. Con el pelo ligeramente desaliñado, sus ojos azul cristalino y aquella sonrisa encantadora, era el soberano del mundo.

—Una mujer de negocios. Me gusta. —Abrió un cajón y sacó una carpeta—.

Aquí está todo lo que necesitas saber. Empiezas el lunes. ¿Te viene bien?

—Claro. —Abrí la carpeta y leí la información. También había una oferta oficial que detallaba mi sueldo y mis prestaciones. Cuando miré la cifra, entrecerré los ojos porque no estaba segura de estar leyendo bien—. El sueldo...

—¿Sí? —Calloway se frotó los dedos por la mandíbula, tranquilo y afable.

—¿Es correcto? —Sostuve el papel en alto para que pudiera verlo.

—Sí. Sé leer, señorita Moretti. —Sonrió de forma condescendiente, irritándose al ver que dudaba de su razonamiento. Era obvio que no le gustaba que le dijeran qué hacer.

—Es sólo que me parece excesivo. Para mí es importante no recibir ningún trato especial.

—No tienes que preocuparte por eso. Aquí todo el mundo cobra lo mismo, ya seas ejecutivo o asistente, no hay diferencia. Pero cuando recibes ascensos, consigues bonificaciones por los años de servicio. —Apoyó ambas manos en el escritorio, con los dedos entrelazados.

—¿De verdad? —Ahora estaba fascinada por la oferta que acababa de recibir, conmovida de un modo inexpresable. Calloway dirigía una empresa destinada a ayudar a otras personas. Pero también cuidaba de los empleados que estaban a su cargo.

—Sí. Con los donativos y las inversiones que hace la empresa, Humanitarians United puede permitirse ofrecer sueldos competitivos. Crea un ambiente de trabajo genial, porque a la gente le apasionan sus carreras y además ganan suficiente dinero para poner comida en la mesa.

Totalmente sin palabras, me quedé mirando el papel. Aunque no siguiera viviendo con Christopher, ganaría suficiente dinero para avanzar de verdad en los pagos de mis préstamos cada mes. En ese momento, sólo estaba ingresando una cantidad irrisoria y nunca saldaba nada del capital. Mi deuda no se reducía, pero tenía que seguir pagándola todos y cada uno de los meses. Con este trabajo, por fin podría cancelar mis préstamos, un pago tras otro.

—Ni siquiera sé qué decir... —Estaba acostumbrada a vivir al día y a veces

no me llegaba ni para eso.

Cuanto más me miraba Calloway, más se enternecía su mirada. Intentaba no sentir compasión por mí porque le había pedido que no lo hiciera, pero siempre se le escapaba aquella expresión.

—No tienes que decir nada. Simplemente ven el lunes.

Era el trabajo de mis sueños. Era algo que quería hacer, y jamás habría imaginado que ganaría aquella cantidad de dinero. Probablemente para la mayoría de las personas no era nada, pero para mí era como ganar la lotería.

—Gracias.

Esa palabra no expresaba de forma adecuada cuánto significaba todo aquello para mí. Ahora podía hacer lo que me encantaba sin tener que preocuparme por si Hank se pasaba por allí. Si iba a mi oficina de Humanitarians United, Calloway le partiría el cuello.

—Y si alguna vez te interesa ganar algo de dinero extra, tengo unas cosas aparte que puedes hacer. —Me guiñó un ojo.

Sonreí por su carácter jocosos, sabiendo que sólo estaba bromeando a medias.

—Esto es más que suficiente, así que no necesito nada más. Pero haré esas cosas gratis con mucho gusto. —Le devolví el guiño.

Sus ojos se iluminaron de alegría, como si fuera la mañana de Navidad.

—Buena respuesta, cariño.

BAJÉ POR LA PÁGINA, viendo los anuncios de apartamentos en el portátil e intentando encontrar un precio que no fuera escandaloso. Podía permitirme un sitio bonito yo sola, pero estábamos en Manhattan y el mercado inmobiliario era una locura.

Christopher pasó por detrás del sofá y divisó los anuncios en mi pantalla.

—Rome, ¿qué coño...?

—¿Qué? —pregunté sin girarme. Seguí bajando, tomando notas mentales sobre los anuncios que parecían una buena opción. Las dos cosas que más me importaban eran la ubicación y el precio.

—No vas a mudarte. —Saltó por encima del respaldo del sofá y aterrizó a mi lado. Le dio una palmada a la tapa de mi portátil con la mano y cerró la pantalla—. Te vas a quedar aquí, así que ni te molestes en mirar.

—Creía que estabas ansioso por librarte de mí. —Volví a abrir la pantalla.

—Normalmente sí. —Agarró la pantalla de nuevo y la cerró—. Pero no con Hank rondando por ahí. Podrá seguirte la pista si te mudas a un apartamento. Pero si estás aquí, no puede meterse contigo. Sólo te marcharás de aquí si te vas a vivir con Calloway.

Cuando volví a abrir la pantalla, mantuve la mano en el borde para que no pudiera volver a cerrarla.

—En primer lugar, tú no me dices qué hacer. No estoy segura de cómo se te ha olvidado eso. Y, en segundo lugar, no puedo vivir contigo para siempre. Tú tienes tu vida y yo tengo la mía.

—Rome, no me importa que estés aquí. De verdad.

—Ya lo sé, pero los dos somos adultos. Somos demasiado mayores para tener compañeros de piso.

Agarró la parte superior de la pantalla.

Esta vez, gruñí entre dientes.

Retiró la mano rápidamente, como si fuera a morderlo.

—Mientras Hank sea un problema, vivirás conmigo o con Calloway. Ese tío es peligroso y los dos lo sabemos. No te estoy dando órdenes, pero los dos sabemos que ahora mismo no hay otra opción. A menos que encuentres a un compañero de piso que sea un antiguo miembro de la KGB o algo así.

—Creo que un miembro de la KGB sería más peligroso que Hank.

—Exacto —dijo—. Sin duda Hank se echaría atrás.

Lo único que necesitaba era a Calloway. Con una mirada, Calloway lo

espantaría en un abrir y cerrar de ojos. Pero no estaba preparada para ir por ese camino, todavía no. Si le contaba a Calloway lo que había pasado, estaría tan molesto que no sería capaz de entrar en razón. Hank acabaría en un contenedor en algún lugar de Long Island.

—Vale, no me mudaré... por ahora.

—Bien. —Se levantó del sofá y se encaminó a la cocina para coger una cerveza—. Bueno, ¿estás nerviosa por mañana?

—Sí. —Mentiría si dijese que no.

—¿Has resuelto todo lo de For All?

—Sí, fue bastante fácil. —En realidad, era patético lo fácil que había sido cerrar mi negocio. No tenía muchos donantes y los que tenía no contaban con mucho capital. Mis voluntarios habían encontrado otros trabajos en menos que canta un gallo. Y casualmente yo estaba de todas formas al final de mi contrato anual. Ahora tenía una cosa menos que pagar.

Calloway

ROME ERA UN HUESO DURO DE ROER QUE PODÍA CUIDAR DE SÍ MISMA. HABÍA pasado por más adversidades que la mayoría de las personas a las que conocía y, como consecuencia, iba con la cabeza bien alta, orgullosa de sí misma. Cuando alguien había intentado robarle, lo había inmovilizado en el suelo y había llamado a la policía. Podía arreglárselas viviendo en barrios peligrosos porque era a eso a lo que estaba acostumbrada. Era orgullosa, fuerte e intrépida.

Su único atisbo de inocencia era su virginidad.

La cual me había quedado yo... de muy buena gana.

Pero me aliviaba que no estuviera trabajando en esa minúscula oficina debajo de un restaurante chino en East Manhattan. Cada vez que iba a verla, estaba sola. Si un tío se lo hacía pasar mal, no serviría de nada que gritara para pedir ayuda. Estaba gestionando un negocio moribundo por sí sola, pero se había negado a dejarlo por un orgullo ilógico.

Pero ahora trabajaría para mí.

A decir verdad, creía que sería una gran incorporación a la plantilla. Trabajadora y caritativa, aquello le importaba por los motivos adecuados. Estaba agradecida por el nuevo sueldo, pero el dinero no significaba nada para ella.

Sinceramente, debería ser ella la que dirigiera mi empresa.

Me moría de ganas de trabajar con ella cada día. Cuando estuviéramos en nuestras respectivas oficinas, no nos topáramos el uno con el otro. Y si yo ponía una excusa para entrar en su oficina todos y cada uno de los días, la gente sospecharía de inmediato lo que estaba ocurriendo.

Pero ¿realmente podría guardármela en los pantalones?

Rotundamente no.

Normalmente llegaba a trabajar una hora más tarde que el resto de la plantilla porque me quedaba hasta tarde en el Ruin. Cuando dejaba a Rome en su apartamento, me pasaba por el club para echar un ojo. Como resultado, necesitaba esa hora de sueño extra antes de ir al gimnasio y dirigirme al trabajo.

Mi secretaria me entregó los mensajes y la agenda del día. Tenía una reunión para comer con uno de nuestros donantes más generosos, así que no podría escabullirme con Rome. Pero no haría ningún mal que pasara por su oficina a saludarla en su primer día. Así que planeaba aparecer por allí cuando mi secretaria se tomara el descanso de la mañana.

Tenía la sensación de que no se marcharía nunca.

LA PUERTA de la oficina de Rome se había quedado abierta, así que me quedé de pie en el umbral y la miré fijamente. Estaba sentada detrás del gran escritorio de caoba con el MacBook abierto sobre la madera. Un jarrón de flores descansaba sobre la esquina junto a una taza rosa llena de una variedad de bolígrafos. Había un solo marco de fotos en la superficie, una imagen de ella y Christopher en Coney Island.

Me tomé un momento para mirarla, disfrutando de la imagen antes de que advirtiera mi presencia. Tenía las manos completamente metidas en los bolsillos mientras me apoyaba sobre el marco de la puerta, deleitándome en el modo en que sus pechos temblaban ligeramente cuando tecleaba. Llevaba el pelo recogido hacia atrás en una coleta y los mechones rizados tenían un aspecto sedoso.

Debió de notar el ardor de mi mirada, porque desplazó los ojos directamente hacia mi cara, con las oscuras pestañas largas y abundantes. Se había puesto más maquillaje del habitual, una sombra oscura alrededor de los ojos y carmín rojo en los labios.

Me imaginé manchas de aquel pintalabios rodeándome la base de mi rotunda erección.

Cuando se percató de mi presencia, el cuerpo se le tensó de inmediato. Era la misma reacción que tendría si se hubiera asustado. Se le aceleró la respiración y el pecho le subía y le bajaba con ritmo acelerado. Tenía los labios ligeramente separados y la lengua apretada contra la parte interior de los dientes de abajo. Cuando movió levemente la cabeza, la coleta osciló como un péndulo.

—Señor Owens, ¿en qué puedo ayudarle?

En la oficina todo el mundo me llamaba así, pero cuando Rome se dirigía a mí de ese modo, ni siquiera me parecía que estuviera hablando conmigo. Entré en la oficina, pero no cerré la puerta tras de mí todo lo que quería.

Me hundí en la silla que había frente a su escritorio y crucé las piernas, apoyando el tobillo en la rodilla contraria. Tenía los codos sobre el acolchado de piel de la silla y los dedos apretados contra la mandíbula, donde la suave piel ya empezaba a adquirir un tacto áspero por el nuevo vello.

—Quería saber qué tal está yendo tu primer día.

Cerró su MacBook y se recostó en la silla; tenía todos los botones de la blusa abrochados hasta el cuello. Hasta el momento, había causado buena impresión en la oficina. El resto del equipo había percibido de inmediato su buen corazón y lo valioso que era.

—Muy bien. He estado poniéndome al día con todo lo que había en el calendario. Tengo que decir que hacéis un montón de cosas. En For All me habría sentido productiva logrando una parte del trabajo que hace Humanitarians United de forma habitual.

Apreciaba el cumplido.

—Gracias, pero tenemos una plantilla genial aquí y muchos recursos.

Imagina lo que puedes hacer ahora con un presupuesto mayor y con más compañeros de equipo. —Si tuviéramos un empleado del mes, sería ella... todas las veces.

—Estoy muy motivada. Siento que aquí puedo marcar una diferencia de verdad.

Oí lo que había dicho, pero tenía los ojos fijos en sus labios, observando cómo se movían. Deseé que estuviéramos en mi casa, liándonos en el sofá. Su pequeña lengua se movería contra la mía antes de succionarme el labio inferior. Cuando le tocara las tetas, gemiría profundamente en mi boca.

Ahora estaba totalmente empalmado.

Rome captó la estática del aire, sintiendo mi deseo a pesar de que yo no había hecho ni un solo avance.

—Si tengo preguntas, te lo haré saber. —Estaba echándome, intentando que saliera de su oficina antes verse con la falda subida hasta la cintura y las bragas estuvieran metidas en mi bolsillo.

No me moví ni un centímetro y permanecí con los ojos fijos en su cara.

Las mejillas empezaron a ruborizársele, su respuesta natural cuando estaba excitada o nerviosa y, en este caso, ambas cosas.

Se aclaró la garganta.

—¿Algo más? —Forzó la voz para mantenerla firme, decidida a ignorar la pasión entre nosotros. El decoro profesional en la oficina era importante para ella, por el motivo que fuera. Pero si tuviera visión de rayos X y pudiera ver a través de aquel escritorio, sabía que vería sus muslos apretados con fuerza entre sí, deseando que estuviera muy dentro de ella en aquel preciso instante.

Sin decir una sola palabra, me levanté de la silla y me abotoné la parte delantera de la chaqueta. Le dirigí una última mirada antes de salir, sabiendo que ella estaba contemplándome el culo mientras me marchaba de su oficina.

Tenía que mantener las manos quietas mientras estábamos en el trabajo.

Pero cuando estábamos en mi casa, esa boca, esa vagina y ese culo me pertenecían. Sólo a mí.

EL SEXO VAINILLA ESTABA BIEN... por ahora.

Pero sentía cómo las manos me temblaban por la espera, necesitadas de dominación y control. No podía dejar de imaginarme cuerdas atadas alrededor de sus esbeltas muñecas mientras el cordón le rozaba su piel divina. No podía dejar de fantasear con su culo expuesto y con su sexo resbaladizo y preparado para mí. Con los ojos vendados y amordazada, sería mi juguete.

Al final dejaría claro qué era lo que deseaba y podríamos comenzar nuestra nueva relación. Si ella le daba una oportunidad y lo probaba, sabía que le encantaría. Querría que la golpeará con más fuerza y que la azotara con la palma de la mano una vez más en ese precioso culo antes de que se terminara la diversión.

Pero tenía que introducirla poco a poco.

Si pasábamos de la vainilla a los látigos y las cadenas, me alejaría de ella. Su falta de experiencia me decía que esto sería más complicado, pero, al mismo tiempo, más divertido. Tenía algunas ideas para que entrara en calor, para ampliar sus horizontes y su modo de pensar. Para ella serían pasos de gigante. Para mí sería el pasaporte hacia todas mis fantasías.

Estaba sentado en el sofá esperándola cuando alguien llamó a la puerta.

Aún llevaba puestos el traje y la corbata. No me había querido cambiar, porque de todas formas me iba a quitar la ropa. Y sabía que a ella le gustaba mi aspecto cuando vestía así, como el dictador despiadado que era.

Abrí la puerta y vi a Rome con la misma ropa que había llevado a la oficina. No había pasado por su apartamento a cambiarse porque quería llegar allí lo antes posible: su resistencia finalmente había desaparecido.

Sin un saludo, la agarré de la muñeca y tiré de ella hacia el interior. Golpeé la puerta con el pie para cerrarla y la contemplé fijamente como la presa que era. Moví las manos alrededor de su cintura y las bajé hasta su trasero. Le agarré ambas nalgas mientras la guiaba hacia el sofá con la boca cerca de la suya. No la besé, provocándonos a ambos intencionadamente hasta que estuviéramos desnudos juntos, con su vagina en mi regazo.

Le bajé la cremallera trasera de la falda y oí cómo caía con un golpe seco al suelo. La siguieron la blusa y el sujetador, y a continuación sus bragas negras. Mientras la desvestía, ella me quitó toda la ropa. Fue algo agresiva con la corbata, tironeando de ella con brusquedad, pero me gustaba su rudeza. Deseaba que la empleara con más frecuencia.

Me senté en el sofá con las rodillas separadas y la erección apoyada en el estómago. Me di suaves toques en el muslo, ordenándole silenciosamente que se sentara a horcajadas sobre mí, que hiciera lo que deseaba sin formular preguntas. Quería decir lo que pensaba, controlarla como hacía con todas las demás. Pero mantuve la boca cerrada y le hice saber mis deseos con los ojos.

Se colocó sobre mis caderas con los tacones todavía puestos, apretando los zapatos contra la parte externa de mis muslos. Cuando estuvo encima de mí, pude sentir la humedad de su entrepierna. Ni siquiera la había besado todavía y ya estaba húmeda.

Tenía la sensación de que había estado húmeda todo el día en la oficina.

La acerqué a mí hasta que nuestros pechos se tocaron. Deslicé la mano alrededor de su cuello con posesividad, clavándole los dedos en la piel con fuerza contenida. Después rocé sus labios con los míos, preparándome para lanzarme de cabeza.

Ella se estremeció con mi contacto, electrificada por la agradable sensación.

Esa mujer hacía que deseara correrme con un solo beso.

Presioné la boca contra la suya y la besé despacio, mientras mi erección continuaba debajo su cuerpo, pero no dentro de ella. Lentamente balanceé las caderas para restregar mi miembro duro contra ella, para frotarle el sensible clítoris y proporcionarle unos extensos preliminares. El precalentamiento era innecesario porque estaba claramente empapada, pero a mí me gustaba de todas formas.

Obligué a mi mano a permanecer tranquila mientras le agarraba el cuello. Quería estrangularla levemente, hacer que jadeara contra mi boca, desesperada por recibir aire. Había ahogado a Isabella muchas veces y siempre hacía que se corriera con intensidad.

Con la mano libre manoseé la teta perfecta de Rome, frotándole el pezón con

el pulgar y haciendo que se endureciera. Aún tenía el pelo en la coleta, así que agarré la goma y tiré de ella con tanta fuerza que se rompió. El cabello suave le cayó por los hombros y me frotó los nudillos, con textura de algodón.

Mi erección se retorció de irritación, deseando estar dentro de la vagina más estrecha que había sentido nunca. Le moví las caderas y hundí mi sexo en ella, abriéndome paso por el canal apretado y empapado. Tiré de ella hacia abajo hasta que estuve completamente envainado en ella, sintiendo ese pedazo de paraíso.

—Joder, Vainilla.

Le solté el cuello y le agarré las nalgas con las palmas de las manos, estrujando sus músculos fuertes mientras la guiaba de arriba abajo por mi erección.

Se sujetó a mis hombros con las manos para mantener el equilibrio mientras se movía conmigo; los pechos le temblaban cada vez que bajaba por completo sobre mi sexo. De sus labios escaparon los gemidos más sensuales, y tenía los ojos brillantes y vibrantes de éxtasis.

Me moví con ella, frotándome lentamente porque la mera sensación de notar nuestros cuerpos unidos era suficiente. Yo tenía preferencia por embestirla con fuerza y con rapidez, follándomela con una agresividad que nos dejaría doloridos a los dos. Pero esos movimientos lentos y contenidos eran aún mejores, en cierto modo. Y sospechaba que eso tenía algo que ver con Rome.

Le sostuve el rostro con una mano, rozándole con los dedos los mechones de pelo castaños. Moví el pulgar por su labio inferior y mantuve la frente pegada a la suya, mientras respirábamos juntos de placer.

Deslicé dos dentro de su boca, colocándoselos sobre la lengua.

—Chupa. —Mi tono autoritario emergió, pero no pude contenerlo. Cuando estaba en mi elemento, mi verdadera cara siempre aparecía.

Hizo lo que le pedía, cerrando la boca alrededor de mis dedos y succionándolos. Me agarró los dedos con la lengua y el paladar, ejerciendo una presión que estaba empapada de saliva.

Se me olvidó embestirla porque estaba absorto en lo que me estaba haciendo con esa boca sensual que tenía. Me rozaba terminaciones nerviosas a las que realmente nunca había prestado atención. El modo natural en que atendía mis órdenes me hacía creer que podía ocurrir de verdad, que al final acabaría atada dentro del Ruin.

Le saqué los dedos de la boca y la besé con fuerza, dejando que mi monstruo interior saliera a escena. Volví a llevar las manos al culo voluptuoso y moví los dedos hacia su entrada posterior, deseando alejarla del sexo vainilla y dirigirla hacia algo mucho más oscuro.

Me besó con la misma pasión, pero se tensó de inmediato cuando sintió la presión de mis dedos.

—¿Qué estás haciendo? —Habló contra mi boca, moviendo los labios con los míos.

No aparté los dedos.

—Tocándote.

Aún tenía el sexo húmedo y prieto alrededor de mi erección, pero me agarró el brazo como si su fuerza pudiera superar la mía.

—Eso no me va.

Yo quería ir un poco más lejos, mostrarle un mundo del que se enamoraría, pero sus dudas sobre esta nueva experiencia me preocupaban. Si no podía hacer algo tan simple, nunca dejaría que la fustigara.

—¿Alguna vez lo has probado?

Osciló ligeramente las caderas, manteniéndome todavía en su interior.

—No...

—Entonces, ¿cómo sabes que no te va? —Volví a deslizar un dedo dentro de su culo, lubricando mi penetración con saliva.

Se echó hacia adelante precipitadamente, alejándose de mi dedo.

—Es sólo una salida.

Le rodeé la cintura con fuerza con el brazo y la mantuve enganchada cerca de mi pecho. Después de darle un beso delicado en la boca, hablé:

—Sean cuales sean las objeciones que tienes, olvídalas. Nunca he hecho nada que no te hiciera sentir bien. Confía en mí para ofrecerte nuevas experiencias. Confía en mí para hacer que te corras para mí. —Le besé la comisura de la boca y no aparté los dedos, sabiendo que me permitiría entrar.

Continuó tomando mi erección con lentitud, mientras su humedad me encharcaba la base del pene y los testículos.

—Cariño. —A pesar de mi frustración, me mantuve paciente. Si no podía conseguir que hiciera esto, de ninguna manera podría convencerla para que fuera mi sumisa—. Necesito que confíes en mí.

—Sí que confío en ti —espetó.

—Pues demuéstremelo. —Empujé desde abajo, deslizando mi erección dentro y fuera de su apretada abertura. Clavé la mirada en la suya, ordenándole en silencio que me obedeciera.

Algo de lo que dije debió de hacer que cambiara de opinión, porque finalmente accedió.

—Vale.

La emoción que sentí en el pecho no se debía a haber conseguido lo que quería. Se debía al sentimiento de esperanza que me agitó con fuerza por dentro. La intuición que tenía sobre ella era correcta. Podía entrenarla para que fuera la sumisa perfecta... a su debido tiempo.

La besé mientras le metía el dedo anular en el ano, sintiendo cómo su cuerpo me rechazaba al principio. Estaba tensa y nerviosa, y su cuerpo no estaba dispuesto a dejarme entrar a pesar de haber dado ya su consentimiento verbal. Respiré en su boca mientras continuaba abriéndome paso por su trasero.

—Relájate, cariño. Siempre puedes decirme que pare.

Asumir el control de la situación hizo que finalmente regresara al momento. Me clavó las puntas de los dedos en los hombros y me volvió a besar, permitiéndome introducirle el dedo a mayor profundidad en el trasero. Su

canal estaba peligrosamente prieto, mucho más prieto que su sexo. Cuando llegara el momento de penetrarla por detrás, podríamos tener algún problema.

Nos movimos juntos mientras mi sexo la estiraba una y otra vez. Cuando se acostumbró a tener mi dedo dentro, finalmente volvió a actuar de forma apasionada, besándome con más pasión y hundiéndome las uñas en la piel. Metí otro dedo en su interior, dilatándola aún más.

Gimió contra mi boca por la intrusión, batallando con sus emociones contradictorias. Era una sensación insólita, que la masturbaran en un lugar que nunca le habían tocado, pero al mismo tiempo, era evidente que lo estaba disfrutando.

Y cuando ella disfrutaba, yo disfrutaba.

—Cariño... —Quería correrme en su culo y en su sexo al mismo tiempo. Por desgracia, eso no era posible. Por ahora tendría que conformarme con su vagina y disfrutar de su trasero más adelante.

—Dios... —Apartó los labios de los míos mientras gimoteaba—. Me voy a correr.

Deslicé un tercer dedo dentro de ella, aumentando la presión. Obligué a su culo a estirarse alrededor de mis grandes dedos, a palpitar mientras yo sentía cómo se estrechaba.

—Córrete en mi polla, Vainilla.

Meció las caderas mientras tomaba mi erección algunas veces más hasta que su vagina se tensó a mi alrededor, oprimiéndome con un apretón mortal. La masturbé con más fuerza mientras se corría sobre mí y su humedad aumentaba aún más, rezumando.

—Calloway...

Me quedé mirando sus feroces ojos verdes mientras me acercaba al clímax, contemplando a la mujer más hermosa del mundo, que estaba sentada sobre mi regazo. Tenía los dedos en su culo y el miembro envainado profundamente en su interior. La tenía en la palma de la mano... y ella me tenía a mí en la suya.

Me corrí con un orgasmo violento, sobrepasado de satisfacción. Me volvieron a la mente recuerdos de cuando la había conocido, cuando había entrado pavoneándose en aquel bar y me había abofeteado con toda la fuerza que pudo reunir. Recordé la primera vez que la besé, justo en la puerta de su apartamento después del evento. Recordé la primera vez que me la tiré, y las gotas de sangre que había encontrado en mis sábanas después. Ahora estábamos poniéndonos obscenos, recorriendo un camino de placer y dolor.

Presioné la cara contra su cuello mientras acababa, llenándole la vagina con todas las gotas de semen que pude producir. Quería hacerla sentir llena durante el resto del día, sentir una parte de mí dentro de ella fuese a donde fuese.

Le saqué los dedos y me recosté; las sensaciones de placer que me quedaban se desvanecían. Como si estuviera en una nube, sentí un intenso éxtasis que me hizo flotar en el aire. Cuando Rome hacía lo que me gustaba, para mí era imposible comprenderlo de verdad.

Me pasó las manos por el pecho, llevándose el sudor que se había formado sobre la piel. Se tomó un tiempo para recuperar la respiración, con movimientos lentos y uniformes.

—¿Y bien? —Hice una pregunta cuya respuesta ya conocía.

Sus labios permanecieron firmemente cerrados y me dijo con los ojos que no tenía intención de pronunciar ni una palabra.

—Te dije que podías fiarte de mí. —Había hecho todo lo que me había pedido hasta ese momento, acudiendo a citas y llevándole flores. Incluso había dejado que durmiera en mi cama. Y sorprendentemente, le había hablado de mis antiguos demonios, cuando nunca había compartido esa información con nadie. Había removido cielo y tierra por aquella mujer y había logrado ganarme su confianza.

—No estoy segura de si me ha gustado, o de si sólo me ha gustado que te gustara a ti.

—Las dos cosas, estoy convencido. —La atraje hacia mi pecho y le di un beso suave en la boca—. Quiero explorarlo todo contigo, Rome. Espero que me dejes.

Ella apoyó la frente sobre la mía y me miró los labios. Me clavó las uñas silenciosamente en el pecho, como si quisiera más de mí, aunque los dos estuviéramos satisfechos. Se le cayó un mechón de pelo de la oreja y fue a parar delante de su rostro.

—Estoy segura de que lo haré, Calloway.

AL FINAL, Rome y yo tendríamos la relación que yo ansiaba. Ahora mismo necesitaba seguir ganándome su confianza, mientras ambos explorábamos nuevos ámbitos de placer. Un día accedería a ser mi sumisa, a confiar en mí lo bastante como para comenzar un nuevo tipo de relación, una que fuera completamente desconocida para ella.

Así que me obligaba a ser paciente con ella.

Y eso mantenía mi oscuridad bajo control. No sacaba las cadenas ni las bridas para cables. No la azotaba con fuerza cuando estaba a cuatro patas. De forma lenta pero segura, haría que llegáramos al siguiente nivel.

Después de la cena, nos fuimos a la cama. Cuando ella estaba junto a mí, yo dormía mejor de lo normal, así que prefería tenerla cerca. Antes de meternos bajo las sábanas, yo llevaba puestos unos bóxers y ella se había puesto una de mis camisetas. Me rodeó de inmediato con los brazos, como si fuera un osito de peluche. Me pasó una pierna sobre la cintura y se acurrucó a mi lado, robándome el calor del cuerpo.

Me encantaba.

Con la piel tan aterciopelada y ese olor tan perfumado, era como tener un pétalo de rosa junto a mí. Sus piernas, suaves y sedosas, se rozaron contra las mías mientras se ponía cómoda. A veces su cabello me rozaba el hombro delicadamente, con aquella suavidad que poseía. Quería sostenerlo en un puño durante toda la noche, pero entonces ninguno de los dos conseguiría dormir nada.

La contemplé fijamente cuando cerró los ojos: tenía el aspecto de una reina. Ya no llevaba maquillaje y sus rasgos naturales estaban expuestos para mí.

Tenía los labios gruesos, ese tipo de labios que me encantaba succionar con la boca. Sus dientes eran perfectos y rectos, sensuales y adorables. A medida que ella empezaba a quedarse dormida, yo estaba incluso más despierto. Prefería observarla toda la noche que conciliar el sueño.

Debió de sentir mi mirada, porque abrió los ojos.

—¿Sí? —Me pasó la mano por la espalda, arañándome ligeramente con las uñas.

Yo le rocé la mejilla con los dedos, esperando que no fuera real porque era demasiado perfecta.

Me miró con los párpados medio cerrados, más sensual que ninguna otra mujer con la que me hubiera acostado.

—Eres tan preciosa que duele. —Le miré fijamente los labios, viendo cómo mi pulgar descansaba sobre la comisura de su boca—. Hace tanto daño...

—Me dolía el pecho al examinar sus rasgos perfectos. Tenía un cuello esbelto y elegante que me recordaba la gracia de una reina. Ya había depositado suficientes besos en el hueco de su garganta, pero no quería parar nunca. Justo cuando creía que me había saciado de ella, quería más.

A sus ojos asomó una mirada desconocida, una expresión de calma. Movié la mano por mi pecho hasta llegar a la mejilla y deslizó los dedos por la piel hasta que las yemas descansaron sobre mi labio inferior. Palpó su suavidad antes de que le besara las puntas de los dedos, adorando el modo en que me exploraba. No dijo nada, pero la expresión de sus ojos mostraba su alma más de lo que me había permitido presenciar hasta el momento. Fuerte y salvaje, era una guerrera bajo esa minúscula figura. Había sufrido más que la mayoría de las personas, pero aun así se consideraba afortunada. Era extraordinaria, especial.

—Cuando no estoy contigo, todo hace daño. —Volvió a bajar la mano hasta mi pecho, donde la dejó apoyada sobre mi corazón.



LAS PESADILLAS ERAN MENOS FRECUENTES, pero aún aparecían de

vez en cuando. Rome era mi atrapasueños y las ahuyentaba con su luz natural. Pero esa noche, su presencia no fue lo bastante fuerte para derrotar a mis demonios.

Soñé con mi padre.

Y con mi madre.

Mi padre había hecho un montón de cosas horribles en su vida. Tener a mujeres como sumisas era una de las peores, por una razón fundamental: porque eran esclavas. No podían escapar, no sin una retribución. Mi madre había sido una mujer desconsolada, porque su marido había preferido ser atendido por putas que por la mujer a la que una vez había prometido amar para siempre y en exclusiva. Cuando ella amenazó con marcharse, él la amenazó con hacerle daño.

Era un dictador que silenciaba a todo el mundo con castigos aterradores. Si nos pronunciábamos en su contra, si intentábamos ayudar a las mujeres a las que mantenía cautivas, sufriríamos una paliza con un tubo de acero.

En mitad de la noche.

Recordaba el sonido que hacía el metal cuando se estrellaba contra mi cráneo. Como el ruido de metal sobre metal, reverberaba en mi memoria. Volvía a tener doce años y no había ningún lugar al que pudiera correr o donde pudiera esconderme.

Me perseguía por toda la casa, atormentándome por haber liberado a una de sus mujeres.

Sabía lo que ocurriría cuando me atrapara. Me incorporé de golpe en la cama y las mantas dejaron de cubrirme mientras jadeaba en busca de aire. Empapado en un sudor que me corría por la nuca, estaba abrasado de calor. Pero una vez que estuve despierto, el frío me atrapó. Me sentía mareado, débil. Agarré las sábanas para recordarme dónde estaba, para recordar que mi padre estaba a dos metros bajo tierra.

—Calloway. —Rome apretó el pecho contra mi espalda y me rodeó la cintura con sus brazos esbeltos. El olor a rosas y a césped recién cortado me inundó, recordándome a la luz del sol y a las tórtolas. Aún tenía la respiración agitada, pero su consuelo hizo que el ritmo cardíaco se me redujera en veinte

pulsaciones. Le agarré la muñeca automáticamente: necesitaba saber que estaba realmente ahí.

—Ha sido sólo un sueño —susurró—. Estás aquí conmigo, son las tres y cuarto de la mañana del martes. Tienes que trabajar en unas horas, y yo también. Eres un hombre poderoso y nadie puede tocarte. —Me dio un beso en la espalda, justo en la columna. Sus labios eran suaves y cariñosos, y espantaron las últimas visiones que aún tenía en la cabeza.

Nunca me había sentido tan agradecido por tener a alguien ahí.

Nunca me había sentido tan reconfortado.

Normalmente me dirigía a la cocina y acababa con mis reservas de *bourbon* y *whisky* escocés. Pero esa solución no tenía comparación con esta. Mantuve los dedos alrededor de su diminuta muñeca, sintiendo el pulso agitarse. Las cortinas cubrían las ventanas, así que la habitación estaba oscura. Mis ojos se adaptaron a la penumbra y pude ver la luz tenue que procedía de la rendija de la puerta del baño. El vestido y los zapatos de tacón de Rome estaban en el suelo, a los pies de la cama.

—Estoy aquí. —Se acercó a mí rápidamente y me dio un beso en el hombro. Esta vez usó la lengua, humedeciendo mi cálida piel.

Cerré los ojos por su caricia, excitado y conmovido por la muestra de afecto. Había pasado casi siete años durmiendo solo, pero ella había entrado en mi vida y había cambiado todo eso. Estaba agradecido de que me hubiera hecho replantearme las cosas. La deseaba más de lo que la había deseado nunca, quería tomarla con brusquedad sobre mi colchón, con sus piernas alrededor de mi cintura.

Y eso fue lo que hice.

La agarré y la coloqué con la espalda sobre la cama. Me quité los bóxers y sus bragas acabaron partidas en dos. Trepé sobre ella y le separé las piernas, dominándola y tomando lo que quería.

Rome no puso objeciones y me pasó los brazos alrededor del cuello.

Me introduje en ella y empujé con fuerza, embistiendo y gimiendo. El sudor frío de mi cuerpo fue sustituido por nuevas gotas provocadas por el esfuerzo.

La penetré, sacando de mi interior el enfado y el dolor, utilizando a Rome para olvidar aquella pesadilla.

Reemplacé la pena y la tristeza por placer. Reemplacé la soledad por afecto. Utilicé a Rome para sentirme bien, para sentirme vivo en lugar de muerto.

Sus ojos verdes relucían a pesar de la oscuridad. Me agarró los antebrazos y me clavó las uñas. Después de penetrarla durante un minuto, estaba húmeda como siempre, disfrutando de que la tomara con brusquedad en mitad de la noche. Tal vez al principio lo estuviera haciendo por mí, pero ahora estaba haciéndolo completamente por sí misma.

Rome

CALLOWAY NO MENCIONÓ EN NINGÚN MOMENTO LA PESADILLA QUE HABÍA tenido, pero no pasaba nada. Su reacción era mucho mejor que el impulso que solía tener, que era emborracharse hasta que perdía el conocimiento y olvidaba la pesadilla por completo. No me apartó, ni me dijo que lo dejara solo. Permitió que le rodeara el cuerpo con los brazos y que le abrazara hasta que pasó el pánico.

Me había dicho que su padre era un maníaco violento que aplicaba castigos crueles, pero nunca me había dado detalles de su infancia. Sospechaba que había más problemas de los que había admitido, si aún seguía teniendo pesadillas siendo ya adulto.

Pero me negaba a preguntarle, porque me lo contaría cuando estuviera preparado.

A la mañana siguiente, ninguno de los dos le dijo mucho al otro. Calloway estaba distante, pero no frío; tenía la mente en otra parte. Siguió su rutina diaria de ducharse, afeitarse y después tomar una taza de café antes de marcharse al trabajo.

Como ahora trabajábamos en el mismo sitio, tenía que esperar en su casa unos minutos antes de salir, por si acaso a alguien le parecía sospechoso que llegáramos juntos todos y cada uno de los días.

No me importaba lo que nadie pensara de mí. Perseguía aquello en lo que creía y dejaba atrás a los que me atacaban. Pero esta situación era totalmente

diferente. Si mis compañeros de equipo no me tomaban en serio, no sería capaz de alcanzar todos mis objetivos. Era importante que me ganara su respeto. En el momento en que sospecharan que me estaba tirando al jefe, toda mi integridad y mi credibilidad se esfumarían. Darían por hecho que había conseguido el trabajo sólo porque me ponía todas las noches debajo de él... y encima.

Esa tarde teníamos una reunión que tendría lugar mientras comíamos, y era la primera vez que iba a interactuar con Calloway delante de otras personas. Sabía que yo podía comportarme. Sólo esperaba que Calloway hiciera lo mismo. No le importaba lo que la oficina pensara de su vida personal, pero él no tenía nada que perder.

Entré en la sala de conferencias y evité mirar a Calloway a propósito. La comida estaba dispuesta al fondo; era comida italiana, a base de *fettuccini* y ensalada. Me serví unas cucharadas de cada cosa en el plato y cogí una botella de agua antes de sentarme en el otro extremo de la sala.

A pesar de que había casi cinco metros entre nosotros, apreté los muslos juntos con fuerza e inspeccioné mis notas mientras tomaba algunos bocados de la comida. Siempre que estábamos cerca, pensaba en él de modo inadecuado. Por suerte, mi oficina estaba en la otra parte del edificio, nada cerca de la suya. Podía pensar con claridad de verdad con la puerta cerrada.

—Hola. —Dean ocupó el asiento que había a mi lado, vestido con una camisa de cuello y pantalones de vestir. Tenía aproximadamente la misma edad que yo. Había dejado su puesto de trabajo en otra organización benéfica de California antes de mudarse a Manhattan—. Me encantan las comidas de trabajo, porque la comida es gratis.

Solté una risita.

—Sí, ya somos dos. —Le dirigí una sonrisa para no parecer maleducada y volví a mi comida.

—Llevo tiempo pensando en pedirte una cosa. —Esparció sus cosas por la mesa, preparándose para la reunión.

—Dime. —Di por hecho que necesitaba ayuda para organizar una recogida de ropa para las escuelas de los barrios pobres de Nueva York. Ese era su

departamento, que se centraba en los niños en edad escolar necesitados de ropa, libros y tecnología.

—¿Estás libre esta noche? —Me miró con expectación, con su rostro atractivo lleno de confianza. Era un chico guapo con un corazón de oro, pero nunca le había prestado demasiada atención.

Sentí cómo los ojos de Calloway salían disparados en mi dirección; el calor de su mirada me atravesó la piel. Sin verle la cara, sabía que su expresión era sombría y absolutamente aterradora. Los celos eran un tema con el que aún no nos habíamos topado, pero era evidente que se sentía increíblemente posesivo conmigo.

—¿Para trabajar en un proyecto de presupuesto? —pregunté, con la esperanza de estar llegando precipitadamente a una conclusión equivocada.

—En realidad, digamos que he perdido la cabeza por ti desde que empezaste a trabajar aquí la semana pasada. Tenía la esperanza de que aceptaras tener una cita conmigo.

Dean era agradable, respetuoso y simpático. Si nunca hubiera conocido a Calloway, probablemente habría dicho que sí. Pero ahora que Calloway era el hombre que compartía mi cama todas las noches, me costaba imaginarme con cualquier otro hombre.

Divisé a Calloway por el rabillo del ojo; tenía los hombros colocados hacia nosotros dos. Con los dedos apoyados sobre la boca, ocultaba el modo destructivo en que se tensaba su mandíbula. Tenía los ojos apuntando justo hacia Dean, preparado para arrancarle la cabeza.

Hice avanzar la conversación para que Calloway no le clavara a Dean un bolígrafo en el ojo.

—Eres muy amable, Dean, pero estoy saliendo con alguien.

—Ah... —Ocultó su decepción asintiendo secamente con la cabeza—. Supongo que debería habérmelo imaginado. Eres una chica muy gua...

—Vamos a empezar. —Calloway se puso de pie con un aspecto aterrador, con los hombros cuadrados y las manos contraídas. El traje negro como el carbón combinaba con su mal humor y se abrió paso hasta la parte delantera

de la sala con una elegancia alarmante. Abrió la carpeta sobre la mesa y se enderezó cuan alto era; sus ojos malhumorados se posaron en Dean—. ¿Cómo van los proyectos de presupuestos? Te pedí que los pusieras sobre mi mesa esta mañana, pero no están por ninguna parte todavía.

Oh, no.

Todos los que estaban sentados a la mesa se encogieron ligeramente ante el enfado que transmitía la voz de su jefe. Miraron a Dean con la esperanza de que su compañero tuviera una buena respuesta.

Tenía la sensación de que iba a despedir a Dean ese mismo día.

Dean estaba tan sorprendido por la hostilidad de Calloway como todos demás. Observó a su jefe con turbación antes de abrir finalmente la carpeta y rebuscar entre sus cosas.

—Es que pensé en esperar hasta la reunión...

—No me importa lo que pienses, Dean. —Con ambas manos sobre la mesa, Calloway se inclinó hacia adelante y lo miró fijamente—. Soy tu jefe, así que, si te pido que hagas algo, lo haces. ¿Crees que sabes cómo dirigir esta empresa mejor que yo?

—Eh... —Dean tartamudeó antes de encontrar la respuesta adecuada—. No, es sólo que...

—¿Sólo que qué? —Los ojos gélidos de Calloway se clavaron en los de Dean, incendiarios y radioactivos.

La cosa se estaba poniendo fea... muy fea.

—Señor Owens. —Hice una pausa y esperé a que Calloway me mirara a los ojos.

Después de un instante, lo hizo. Su mirada no era igual de amenazadora cuando me miró a mí. Se había suavizado ligeramente, con la misma expresión que veía cuando me follaba con agresividad y pasión al mismo tiempo.

—Dean me acaba de decir que ha tenido algunos problemas técnicos, así que no pudo imprimir el informe del presupuesto. En realidad, vino a mi oficina a

utilizar mi ordenador, pero yo tenía el mismo problema. —Quería salvar a Dean antes de que perdiera el trabajo, y quería contrarrestar la rabia de Calloway. Si yo no aplacaba su fuego, reduciría a todo el mundo a cenizas.

Calloway se irguió, recobrando parte de su cordura. No dijo una sola palabra más sobre el asunto y cambió de tema.

—Vanessa, ¿cómo van las cosas con los nuevos donantes? —Cruzó los brazos sobre el pecho y la miró, recuperando lentamente la calma.

Ahora que ya no tenía la atención puesta sobre Dean, este suspiró aliviado.

—Gracias. Nunca le había visto actuar así, y eso que llevo años aquí.

—Debe de estar teniendo un mal día —susurré, incapaz de pensar en una excusa mejor para que un hombre adulto tuviera una pataleta.

—Un día muy malo —dijo Dean—. Me aseguraré de no volver a enfadarlo.

Sin duda eso era lo más inteligente que podía hacer.

ME FUI a casa después del trabajo y me encontré a Christopher en el sofá, jugando a un videojuego.

—Hola —dijo sin mirarme mientras presionaba esporádicamente los botones con los dedos.

—Hola —respondí—. Calloway se ha puesto como un loco hoy en el trabajo.

—¿Por qué? —Detuvo la partida—. ¿Porque se te da de pena el trabajo?

—Ja, ja —dije sarcásticamente—. Qué gracioso. —Me senté en el otro sofá y me quité los dolorosos zapatos de tacón—. Uno de mis compañeros me ha pedido salir delante de Calloway.

—Oh, oh... —dijo Christopher con una carcajada.

—Calloway se ha puesto hecho una furia y casi lo despide. Tuve que darle un giro a la conversación para que Calloway no se comportara como un

completo imbécil.

—¿Le ha dicho a ese tipo que estáis saliendo?

—No —respondí—, pero le gritó por algo relacionado con el trabajo, aunque su enfado no tuviera nada que ver con eso.

Christopher parecía más divertido que otra cosa.

—Joder, ese tío está coladito. Ya oigo campanas de boda.

—No sé yo qué decirte... —No me importaba la idea de pasar toda la vida con Calloway, pero aún estaba molesta por el numerito que había montado durante la reunión.

—Si un tío se pone así de celoso, está locamente enamorado, créeme.

—Tú no sabes nada de relaciones.

—Exacto. Nunca he sentido celos con ninguna de mis chicas. Me acosté con una chica que se llama Jessica y al día siguiente la vi con otro tío en un bar. ¿Crees que me importó? No, no podría haberme importado menos. Cuando a un tío sí que le importa, sabes que es algo serio.

—Entonces, ¿se supone que tengo que pensar que ha sido algo bonito?

Se encogió de hombros y reanudó la partida.

—Es mejor eso a que no le importe, ¿no?

—Me da igual que le importe. Es que...

Un golpe en la puerta me interrumpió en mitad de la frase.

Christopher volvió a pausar el juego y sonrió.

—Vaya. Me pregunto quién será.

Puse los ojos en blanco y abrí la puerta, dándome de bruces con Calloway al otro lado del umbral, tal y como esperaba. Con su traje negro, aún parecía enfadado, como si yo fuera de algún modo responsable de lo que había ocurrido esa tarde.

Me negué a ser la primera en hablar, así que me quedé mirándole.

Y él me hizo lo mismo a mí.

Christopher captó la tensión y apagó el juego.

—Voy a darme una ducha... —Se alejó por el pasillo y cerró la puerta de su habitación, dándonos algo de intimidad.

Calloway no apartó la mirada de mí ni un solo instante.

—¿Podemos tener esta conversación en mi casa?

—Depende. —Crucé los brazos sobre el pecho—. ¿Cómo va a ser esta conversación?

Apretó la mandíbula al ver que lo seguía sin dudar ni un segundo.

—Va a haber una discusión. Va a haber disculpas. Y después, sexo de reconciliación muy bueno.

—¿Quién va a ser el que se va a disculpar?

—Eso está por ver. —Se retiró de la puerta—. Pero el sexo está garantizado y no quiero follarte a lo bestia con tu hermano en la habitación de al lado. Así que vamos.

El único motivo por el que obedecí fue por la última parte. Independientemente de lo molesta que estuviera, siempre quería sexo del bueno con él. Era mejor que el yoga, que una taza caliente de café de mi panadería favorita y que un almuerzo con una amiga un domingo.

Fuimos caminando hasta su casa, unas manzanas más adelante, sin que ninguno de los dos dijera una sola palabra al otro. Él tenía las manos metidas en los bolsillos del abrigo e ignoraba las miradas que le dirigían todas las mujeres con las que se cruzaba. Normalmente me ponía la mano en la parte baja de la espalda cuando me guiaba para atravesar un cruce, pero esta vez se abstuvo de tocarme.

Una vez que estuvimos dentro de su casa, lejos de miradas entrometidas, se giró hacia mí.

—Sé que la cosa se me ha ido de las manos con Dean, pero él no debería haberme cabreado así.

—¿Cabrearte? —Me quité la chaqueta y la colgué en el perchero—. Calloway, ni siquiera sabe que estamos saliendo. ¿Cómo se supone que lo iba a saber? Además, se echó atrás cuando le dije que estaba saliendo con alguien. La verdad es que es un chico bastante majo. El hecho de que me pidiera salir no lo convierte en un criminal.

—Sí lo hace cuando le está pidiendo salir a mi chica. —Contrajo las manos a los costados, como si quisiera darle un puñetazo a algo. Tenía los ojos fríos como témpanos, como antes esa misma tarde. La barba incipiente hacía que pareciera más amenazador.

Por alguna razón, eso me resultó sensual. Estaba enfadada, pero al mismo tiempo quería lanzarme sobre él.

—Has manejado la situación fatal. Te sugiero que no permitas que vuelva a ocurrir. Tus empleados te respetan de verdad, así que no te lo cargues.

Cerró los ojos por un momento y su mal humor se desvaneció.

—Sé que me respetan.

—Entonces discúlpate con Dean.

—No voy a disculparme con él, pero me esforzaré en controlar mi temperamento. Es lo máximo que puedo hacer.

Sabía que no obtendría más por su parte.

—Existe la posibilidad de que alguien me pida salir en el transcurso de esta relación. Y sé que probablemente las mujeres te lo piden a ti todo el tiempo. Tenemos que ignorarlo y seguir adelante.

—Mejor será que lo no hagan. —Su enfado volvió a resurgir—. Si cualquier hombre te vuelve a pedir una cita en mi presencia, es hombre muerto. —Se desabrochó el botón delantero de la chaqueta y la lanzó al sofá—. Todo esto es nuevo para mí. Nunca antes me he sentido celoso. Lo estoy llevando lo mejor que puedo, aunque no lo parezca.

—No lo parece.

Se sentó en el sofá, con sus largas piernas extendidas frente a él. Se aflojó la corbata con una mano y me miró fijamente.

—Si vieras a una mujer ligar conmigo, te volverías loca. No hagas como que no es así.

—Me volvería loca. —Sin haberlo experimentado antes, sabía que estaría enfadada—. Pero no perdería los estribos como lo has hecho tú. Sé que me eres fiel, así que no hay motivo para enfadarse. —Me quité los tacones y me arrodillé ante él a los pies del sofá.

Sus ojos contemplaron mis movimientos con atención.

—Ni siquiera miro a otras mujeres. Sólo a ti.

Le desabroché los pantalones y se los bajé junto con los bóxers para dejar al descubierto su sexo, que empezaba a endurecerse.

Movió la mano de inmediato hacia mi pelo y agarró un puñado entre los dedos. Me echó la cabeza hacia atrás levemente, sólo para apretar con más fuerza.

—Deja que te lo compense. —Alcé la base de su erección y le lamí los testículos, sintiendo su textura áspera contra la superficie de la lengua.

Cerró los ojos y gimió por lo bajo, alzando el pecho mientras tomaba aire.

Succioné un testículo con la boca mientras le masajeaba el miembro, que ahora estaba duro como el acero. Una gota de líquido preseminal rezumó de la punta y resbaló hacia abajo, encontrándose con mi lengua al final.

Calloway abrió los ojos y se arrancó la corbata del cuello. Entonces hizo algo que yo no había previsto. Me inmovilizó las muñecas detrás la espalda y las ató con la suave corbata, elaborando un nudo en cinco segundos que las mantuvo unidas.

Me echó rápidamente hacia atrás y se puso de pie; los pantalones y los bóxers cayeron al suelo.

No sabía qué estaba ocurriendo, pero me gustaba. Me gustaba estar de rodillas con las manos atadas a la espalda. Su erección se alzaba delante de mi cara, contrayéndose de anticipación antes de entrar en mi boca.

Bajó la mirada hacia mí con ojos ávidos. Se llevó la mano a la base y apuntó el glande hacia mi boca. Movié la punta en círculos alrededor de mis labios,

recorriendo el borde como si fuera pintalabios.

—Eres mía, Vainilla. —Apretó la punta contra la abertura de mis labios y después empujó, y mi mandíbula se abrió de forma natural para el contorno de su sexo.

Me agarró por la nuca y empujó hacia mi boca, tirando de mí hacia dentro para que la erección llegara a mi garganta en cada ocasión. Me penetró la boca con agresividad, apoyando la otra mano sobre mi hombro para que yo pudiera mantener el equilibrio de rodillas.

—Soy el único hombre que se folla esta boca.

Aplané la lengua para que pudiera deslizarse sobre la superficie áspera, acumulando más saliva antes de que me golpeará al fondo de la garganta. Sentí arcadas algunas veces, pero las contuve, deseando su sexo más que ninguna otra cosa. Sentí cómo la entrepierna me empapaba las bragas mientras mi boca producía enormes cantidades de saliva que me resbalaban por la barbilla. Las lágrimas me anegaron los ojos por el gran tamaño de su erección.

Pero me encantó cada segundo.

—Estás guapísima con mi polla en la boca. —Movié la mano a mi nuca y embistié más hondo, penetrándome la boca con más fuerza de la que me penetraba la vagina. Su erección era como una vara de acero, dura y erecta.

Era él el que estaba guapísimo. De pie frente a mí, con su gran estatura y su físico poderoso, me recordaba a un dios. Los músculos de su estómago se tensaban cada vez que movía las caderas. Los bíceps se le flexionaban mientras atraía mi boca hacia su erección. Su expresión era la mejor parte. Parecía tan excitado que se le separaban los labios, disfrutando de cada sensación que le daban mi garganta y mi lengua.

Quería correrme, pero sabía que él me daría lo que necesitaba cuando hubiera terminado. De todos modos, quería sentir su semen en la boca.

Calloway gimió quedamente y detuvo sus movimientos, con la erección aún descansando sobre mi lengua.

—Chúpame la punta.

Hice lo que me pedía, succionándole el glande hasta que recibí hasta la última gota de su lubricación.

Me la sacó de la boca.

—En el sofá, a cuatro patas.

No me lo pensé dos veces. Sin poder usar las manos, caí hacia adelante sobre los cojines, con las manos aún atadas a la espalda con la corbata sedosa que me mantenía las muñecas inmovilizadas. Mi sexo estaba ardiendo, esperando a que me penetrara.

Calloway se colocó detrás de mí y agarró el tejido de la corbata que había entre mis muñecas. Sin previo aviso, hundió su enorme erección en mi interior, sin darle tiempo a mi cuerpo a prepararse para su contorno. Me tiró de las manos y la espalda se me arqueó de forma torcida. Después me embistió sin piedad.

—Eres mía. ¿Me entiendes?

Lo único que yo podía hacer era gemir.

—¿Me entiendes? —dijo con más autoridad.

—Sí —dije con un gemido, disfrutando de cómo se movía su sexo duro hasta el fondo de mí. Estaba a punto de correrme cuando se detuvo.

Apretó los labios contra mi oreja, respirando con brusquedad.

—Cariño, no voy a dejar que te corras hasta que me digas lo que quiero oír.

Cada segundo que no se movía en mi interior era una tortura. Necesitaba esa liberación. Necesitaba correrme alrededor de él. Si no lo conseguía, me volvería loca.

—Soy tuya, Calloway. Sólo tuya.

Me besó el borde de la oreja y me respiró al oído.

—En eso tienes razón, cariño. Y ¿qué más? —Se movía lentamente, provocándome.

No sabía qué más quería que dijera, así que solté lo primero que se me

ocurrió.

—Y tú eres mío. Todo mío.

Se introdujo en mi interior por completo, dándome cada centímetro.

—Sí. —Entonces me embistió con fuerza, provocándome un orgasmo explosivo y poderoso. Cada centímetro de mi cuerpo sintió aquel placer irrefrenable. Era tan bueno que casi se me olvidó respirar. El sexo era lo bastante brusco para dejarme dolorida al día siguiente, pero merecía la pena cada segundo. Volvió a dirigir la boca hacia mi oreja—. ¿Preparada, cariño?

—Sí —dije con un jadeo.

—Ahí va. —Dio los últimos envites antes de introducir cada centímetro muy al fondo, depositando su semilla y llenándome hasta el borde. Parte de su semen se derramó y goteó sobre el cojín que yo tenía debajo. Cuando se le escapó un gemido de la garganta, supe que le había gustado su obra—. Cuando Dean te mire mañana, vas a sentirme en tu interior, incluso aunque no me tengas a la vista.

CALLOWAY ESTABA SENTADO en el sofá a mi lado, leyendo un libro de tapa dura mientras la televisión estaba encendida. El volumen estaba bajo para que no se pudiera oír a los comentaristas del baloncesto por el altavoz. El fuego de la chimenea crepitaba y chasqueaba, aportando calidez al salón.

Yo estaba encargándome de papeleos junto a él, pues quería estar por encima de todas mis responsabilidades para poder impresionar a los demás. La forma más fácil de ser aceptada en un equipo nuevo era haciendo un buen trabajo y no tomando atajos. Yo podía librarme de casi cualquier cosa porque Calloway era mi jefe, pero ese tipo de comportamiento no me interesaba. El motivo por el que había aceptado el trabajo era para poder ayudar a la gente, no para ser vaga.

Me distraje al fijarme en los nudillos de sus manos. Las venas le corrían por el dorso de las manos, sobresaliendo como cuerdas gruesas. Llegaban hasta su antebrazo, que estaba esculpido con unos buenos músculos. Cada vez que

movía los dedos, se tensaban y se movían bajo la piel. Ese hombre era tan atractivo que incluso sus manos me excitaban. Eran muy masculinas, y me descubrí deseando besar cada nudillo.

Calloway se percató de mi mirada y alzó la vista, apuntándome con sus preciosos ojos. Con una camiseta negra y pantalones deportivos que le quedaban anchos en las caderas, parecía una portada de la revista *GQ*. No me preguntó qué estaba mirando, al menos no lo hizo verbalmente.

—Me gustan tus manos —expliqué.

—Gracias por el cumplido —susurró.

—Me gusta esto. —Pasé el dedo por una vena gruesa.

—A las enfermeras también les gustan —dijo con una risa suave.

No entendí el comentario, así que me lo quedé mirando sin comprender.

—Es fácil ponerme una vía intravenosa —explicó. Volvió a su novela, siguiendo las palabras con los ojos de izquierda a derecha.

Me pregunté si eso significaba que había estado hospitalizado. Aunque, si su padre tenía por costumbre pegarle, la respuesta era evidente. Me volví de nuevo hacia mi cuaderno y anoté algunas cosas. Tras unos minutos, noté cómo su mirada me quemaba la mejilla. Respondí a su mirada con la mía.

Colocó la cinta entre las páginas como marcapáginas antes de cerrar el libro.

—Te gustó que te atara las muñecas. —Descruzó las piernas y separó las rodillas, estirando las piernas largas sobre el suelo de madera.

Como no pude averiguar si se trataba de una pregunta o de una afirmación, no respondí.

—Si te gustó, me gustaría volver a hacerlo.

A mí nunca me había atado las muñecas ningún hombre, al menos no en ese contexto. Tampoco se había acercado ningún hombre a ningún lugar cerca de mi culo. Pero me veía haciendo cosas poco ortodoxas con Calloway... y descubriendo que me gustaba.

—Me gustó.

Movió el brazo al respaldo del sofá y apoyó los dedos contra un lado de mi cuello. Con las puntas de los dedos, me fue separando mechones de pelo mientras me acariciaba.

—Hay otras cosas que me gustaría probar contigo también... si estás dispuesta.

—¿Como qué? —Sabía que las parejas hacían cosas pervertidas, como atarse el uno al otro al cabecero y comer cosas uno del otro. Eran cosas por las que nunca me había preocupado, pero después de conocer a Calloway, entendía su atractivo.

—¿Quieres esposarme a tu cama? ¿Comer sobre mí?

Se le oscurecieron los ojos mientras se centraban en mis labios.

—Sí, entre otras cosas.

—Soy de mente abierta. —Pero tampoco era tan aventurera. Mientras fuera algo sosegado, me parecería bien. No es que Calloway estuviera metido en la mierda que le gustaba a Hank. Llevábamos poco tiempo saliendo cuando me exigió tener relaciones sexuales. Cuando le dije que no estaba preparada, intentó que ocurriera de todos modos. Así es como me rompió el brazo, por dos sitios diferentes. Hank tenía unos intereses sexuales específicos, como hacerme daño. No me enteré de sus gustos hasta que me ingresaron en el hospital.

—Vale —dijo—. Me alegro de que por fin confíes en mí.

No entendía qué tenía que ver la confianza con aquello. En el momento en que le había entregado mi virginidad, mis sentimientos habían quedado bastante claros. Sabía que Calloway no se parecía en nada a Hank, ni a ninguno de los hombres malvados con los que me había topado a lo largo de mi vida. No estaría sentada allí a su lado en ese instante si mi corazón no estuviera ya de por medio. Me había mostrado escéptica ante un hombre tan maravilloso, pero mis dudas se habían disipado mucho tiempo atrás.

—Confío en ti desde hace mucho tiempo, Calloway. Sé que nunca me harías daño, me mentirías ni me engañarías.

Sus dedos se detuvieron sobre mi cuello, y se le ablandaron los ojos de un

modo que no había visto nunca antes.

A veces me preguntaba si le amaba. Sólo llevábamos cinco meses saliendo y parecía demasiado pronto para desarrollar ese tipo de emociones. Pero, por otra parte, notaba el modo en que siempre se me aceleraba el corazón cuando estaba cerca. Notaba lo bien que dormía cuando su cuerpo enorme estaba junto al mío. Notaba lo feliz que estaba cuando veía su rostro a primera hora de la mañana. Tal vez fuera demasiado bueno para ser cierto.

Pero tal vez no lo fuera.

Calloway me atrajo hacia sí y presionó los labios contra mi sien.

—Lo eres todo para mí, Rome. —Dejó la boca en ese lugar mientras me sujetaba; el aroma de su fragancia natural y masculina me inundó—. El modo en que me haces sentir... A veces me asusta.

—A mí también me asusta.

Me volvió a besar la sien.

—Supongo que entonces podemos asustarnos juntos.

Calloway

ESTABA EN EL RUIN HACIENDO CUENTAS AQUELLA NOCHE PORQUE LLEVABA más de una semana sin hacer acto de presencia. Rome era el centro de mi universo y, naturalmente, había descuidado un poco mis otras responsabilidades. Jackson era demasiado idiota para resultar de mucha ayuda, así que toda la carga recaía sobre mis hombros. Por suerte, no estaba allí aquella noche. Si estuviera, me habría dado la lata con Rome durante una hora seguida.

Christopher me envió un mensaje y el teléfono se iluminó con su nombre.

¿Qué quería?

Pasé el dedo por la pantalla y vi el mensaje.

«Necesito un favor del código de colegas».

Yo nunca había oído hablar de algo así.

«Dime».

«Estoy en un bar ahora mismo. Tengo a dos tías pilladas que quieren ver mi apartamento. Es mi primer trío y NO PUEDO cargarla».

«¿Necesitas que te enseñe cómo hacértelo con dos mujeres?». Sonreí justo antes de enviar el mensaje. El cariño que sentía por Rome no hacía más que aumentar cuanto más conocía a su hermano adoptivo. Me caía muy bien y me hacía la vida mucho más fácil.

«Que te den, imbécil. Necesito que saques a Rome del apartamento. Me ha dicho que se va a quedar esta noche».

Nunca antes le había supuesto un problema decirle a su hermana que se fuera a dar una vuelta.

«¿Y por qué no se lo dices y punto?».

«Porque es mi compañera de piso, también es su casa. No puedo echarla cuando me dé la gana. Sería distinto si estuviera durmiendo en mi sofá. Y me debes un favor, tío. Tengas los planes que tengas, cancelalos».

«Eh, ¿qué dices? Yo no te debo nada». Hasta donde yo sabía, le había conseguido un apartamento genial en una ubicación excepcional. «Tienes un apartamento así de guapo por mí».

«Pero no me lo puedo quedar hasta que ella decida mudarse y no parece que vaya a irse dentro de poco. Bueno, a lo que íbamos, ¿puedes llevarla a cenar o algo así? Simplemente quítamela de encima, ¿vale?».

No tenía problema en pasar tiempo con Rome. Era sólo que estaba ocupado con unas cosas del Ruin.

«Le pediré que se quede a dormir en mi casa».

«Gracias. La necesito fuera en media hora. Mis chicas están listas para marcharse».

«Haré lo que pueda».

«Hazlo, tío. Estamos hablando de un trío. Eso es como el premio Nobel de las guarradas».

Puse los ojos en blanco y me metí el teléfono en el bolsillo. Tendría que volver otro rato al día siguiente para terminar las cuentas. Sería más sencillo contratar a alguien, pero no me fiaba de nadie para que se ocupara de mis finanzas. Aquello era algo que mi padre me había enseñado. Odiaba admitirlo, pero tenía razón.

Salí de la oficina y me topé de frente con Isabella. Delgada, con su cuello esbelto y una cintura minúscula, tenía aspecto de estar quedándose en los huesos. Había perdido más peso del que podía permitirse, pero tenía el pelo

igual de sedoso y sus rasgos eran igual de bonitos. El único motivo por el que estaría allí era que estuviera dirigiéndose a mi oficina.

—Buenas noches, Isabella. —Cerré la puerta a mis espaldas para que no se viera tentada a destrozarme la oficina. Las rupturas siempre daban lugar a gente amargada. Habíamos terminado nuestro acuerdo casi seis meses antes, pero ella aún no lo había superado. Cuando comparaba mis pensamientos y mis sentimientos por Rome con cómo había actuado con Isabella, no estaba seguro de cómo Isabella me había llegado a coger tanto cariño. Ni siquiera era agradable con ella, no como lo era con Rome.

—Buenas noches, Calloway. —Con un vestido de fiesta negro que le unía las tetas y mostraba la línea de su escote, estaba deslumbrante. Todos los hombres del club querían tenerla de rodillas con el culo en pompa.

Pero a mí me daba completamente igual.

—¿Puedo ayudarte con algo?

—¿Sigues saliendo con esa putilla?

Entrecerré los ojos ofendido y tuve el impulso de agarrarla por la garganta, pero no porque estuviera excitado.

—Vuelve a hablar así de ella y te prohibiré la entrada al Ruin. Tienes suerte de que no lo haya hecho ya.

Hizo un puchero con los labios, en gesto de falsa disculpa.

—Creía que ser una puta era algo bueno.

Costaba creer que en algún momento me hubiera preocupado por Isabella. Ahora me irritaba hasta el hartazgo.

—¿Qué quieres, Isabella? Estoy muy ocupado.

—Sólo quería ver si aún eres feliz siendo su *novio*. —Enfatizó la última palabra como si fuera un insulto—. Quería saber si estabas cansado del mismo sabor todas y cada una de las noches... el sabor a vainilla.

Sólo podía saber esas cosas si Jackson se las había contado. Tendría que partirle la cara más adelante.

—En realidad, me he empezado a aficionar a ese sabor. —La rodeé, asegurándome de ni siquiera rozar el hombro contra el suyo. Su obsesión conmigo no era ni mínimamente atractiva. No era como cuando pillaba a Rome mirándome fijamente. Esa lujuria en su mirada me hacía sentir más hombre de lo que era.

La voz de Isabella me siguió mientras me alejaba.

—No puedes seguir con esta farsa mucho más tiempo. Tu dominación va a sacar lo mejor de ti, y yo estaré aquí mismo, esperando.

Me quedé paralizado en el pasillo, sin saber por qué mis pies habían dejado de moverse.

—Estaré preparada para escuchar todas tus órdenes, para hacer todo lo que pidas sin hacer preguntas. Me pondré de rodillas simplemente porque tú lo digas. Me someteré, justo de la forma en que te gusta.

Apreté ambas manos con desesperación, deseando hacer exactamente esas cosas con Rome. Me atraía su gran independencia, pero también deseaba que esa mujer tan fuerte se doblegara ante mí, que me diera más control del que había tenido nunca. Algunos días pensaba que podría vivir sin esa dominación. Pero momentos como el de ahora me hacían darme cuenta de lo imposible que era eso. Era algo que necesitaba para sobrevivir.

¿Me lo daría Rome alguna vez?

Mis pies comenzaron a moverse de nuevo y me alejé sin echar la vista atrás, pensando en la mujer con la que me había obsesionado ciegamente. Rome confiaba en mí de un modo en que no había confiado nunca antes, y eso me hacía sentir culpable por no contarle la verdad.

Pero me sinceraría, se lo contaría todo.

Cuando fuera el momento adecuado. Tenía que asegurarme de que su respuesta fuera afirmativa y de que no se alejaría de mí. Sabía que no podría afrontar la pérdida. Sabía que no podía dejar que se marchara.

Porque ella era todo mi mundo.

LLEVÉ a Rome a cenar antes de que volviéramos a mi casa. Christopher estaba disfrutando de su trío, pero yo estaba disfrutando más aún con su hermana. Desde el otro lado de la mesa, disfrutaba de los diminutos mordiscos que le daba a su comida. Seguía sin comer demasiado, pero me había acostumbrado a ello. Nunca me molestaba en los aperitivos porque para ella eso era una comida completa.

Volvimos a mi casa y me acordé de Isabella. Pensé en su oferta de permitirme ser su dominante si en algún momento mi relación con Rome se iba a pique. Su obsesión conmigo era inexplicable, pero una parte de mí estaba intrigada por la oferta. No quería a ninguna otra mujer que no fuese Rome, pero echaba de menos ser un dominante. Echaba de menos tener el control. Echaba de menos que mis órdenes se obedecieran sin oposición. Sexualmente, Rome solía satisfacer mis exigencias, pero fuera del dormitorio, nunca conseguía que me escuchara. Y esa era una ardua batalla, una que no ganaría nunca.

—¿Todo bien? —Me pasó la mano por la espalda, calmándome.

Volví a la conversación, percatándome de que mis pensamientos estaban a la deriva.

—Sí... Es que estaba intentando recordar si había dejado propina.

—No, pero porque la he dejado yo.

Me agarró la parte delantera de la chaqueta y me la deslizó hacia abajo por los hombros hasta que cayó al suelo. Los ojos le ardían con un aire juguetón mientras me agarraba la corbata y deshacía el nudo usando sólo algunos dedos. Todo lo que ella hacía era sensual, y el hecho de que ni siquiera estuviera intentando ser sensual sólo hacía que lo fuera aún más. Cuando la corbata estuvo desatada, agarró ambos extremos y tiró de mí hacia ella.

Me gustaba. Mucho.

Pero también lo odiaba. Odiaba dejar que otra persona tuviera el control, aunque fuera durante un segundo. Me hacía sentir castrado e inútil. Me hacía sentir como si fuera menos hombre, como si no me mereciera a la mujer con la que estaba.

Me quité la corbata del cuello de un tirón y, en cambio, lo enrosqué alrededor

del de ella. Agarrándola con firmeza, atraje su cara hacia la mía y la besé con fuerza en la boca, recuperando el control y sintiéndome innatamente bien por ello. Su cuello tenía que estar en mis manos. También su libertad tenía que ser mía.

A Rome no debió de importarle el cambio de papeles, porque me besó con más intensidad, jadeando dentro de mi boca con excitación.

La alcé contra mi pecho y la llevé a la planta de arriba hasta mi dormitorio, besándola durante todo el camino. Cuando la puse sobre mi cama, le inmovilicé las manos en el cabecero y se las até a las barras de madera. Cuando había comprado el marco de esa cama, mi diseñadora había dicho que no le gustaba cómo era. Los colores y el acabado no encajaban con mi personalidad. Pero ella no entendía el tipo de cosas que hacía con el cabecero.

Rome tiró de la corbata, comprobando su fuerza. Apenas podía moverse porque el nudo que había hecho era de experto. Aún tenía puestos el vestido y los tacones, pero de todos modos no necesitaba quitárselos. La única prenda de ropa que realmente tenía que estar en el suelo eran sus bragas.

Me desvestí delante de ella, dejando caer todo lentamente sobre la alfombra con un golpe sordo. Me quité los zapatos y tiré de los calcetines, manteniendo los ojos posados en ella en todo momento. Observé cómo se le separaban los labios con un profundo respiro; la lengua le asomaba ligeramente. Cuando mi erección quedó a la vista, se mordió el labio inferior.

Era mejor que cualquier sumisa que hubiera tenido nunca.

Me arrastré sobre la cama y empecé despacio, besándole la parte interior de las rodillas y subiendo lentamente. Aún tenía puesto el vestido negro, así que metí las manos desde las rodillas hasta la cintura. Mis labios cambiaron de lugar y la barba del mentón se frotó contra la delicada zona.

Tiró de la corbata automáticamente, deseando hundirme los dedos en el pelo.

Depositó besos cálidos sobre las bragas de algodón, moviéndome sobre el tejido que le cubría el clítoris palpitante. Profundicé los besos, empapándole la ropa interior con mi saliva, así como con su propia lubricación. Abrió más las piernas y se tensó mientras echaba la cabeza hacia atrás, disfrutando de cada segundo de lo que le estaba haciendo. Un gemido escapó de sus labios,

el indicio de mi nombre en su lengua.

Yo ya había tenido suficientes preliminares. Esa mujer me deseaba todo el tiempo, así que no eran necesarios. Sólo lo hacía para provocarla, y para provocarme a mí mismo.

Le quité las bragas y las tiré encima de mis bóxers. Entonces me puse entre sus piernas, frotando mi sexo contra su abertura resbaladiza. Quería darle la vuelta y azotarle el culo hasta que estuviera rojo. Me dolió la palma de la mano al contener el impulso.

Puse la cara sobre la suya, viendo cómo los labios se le separaban, desesperados por un beso. Tenía los codos al lado de las sienes y los pezones apuntando hacia el techo. Le abrí las piernas con los brazos, sujetándole las rodillas contra las costillas. Quería follármela con fuerza, tomarla como la prisionera que era. Quería darle mi pene tanto que se encogiera de dolor. Quería hacerla llorar tanto de dolor como de placer. Y, sobre todo, quería hacerle daño.

Pero no lo haría... por ahora.

Acerqué la cara a la suya, pero no la besé, deseando alargar la provocación el máximo tiempo posible. Froté el pene contra su abertura húmeda; tenía la erección cubierta con su lubricación. Nunca había tenido problema para que las mujeres se humedecieran, pero nunca había conseguido que una mujer estuviera tan húmeda como Rome.

—¿Quieres que te folle, Vainilla?

—Sí. —Tiró de la corbata, pero sus manos no fueron a ninguna parte.

Le besé la comisura de la boca, presionando mi vara de acero contra su clítoris. Ejercí presión y me froté contra el clítoris palpitante, haciendo que moviera las caderas hacia mí, gimiendo al mismo tiempo.

—Fóllame, Calloway —susurró—. Por favor.

«Joder. No hay nada más excitante que una mujer guapa rogando que se la follen».

—¿Quieres que te folle con fuerza, Vainilla?

—Con tanta fuerza que ya no puedas seguir llamándome Vainilla.

El vello de la nuca se me puso de punta y el miembro me dio un salto a modo de respuesta. Decía muchas cosas sensuales, pero aquella tenía que ser mi favorita. A veces se sumergía en las sombras conmigo, siendo una sola con la oscuridad. Me hacía sentir menos solo, como si pudiera tener todo lo que quisiera con esa mujer inocente.

Tenía intención de provocarla, pero de algún modo me provocaba ella a mí. Deslicé mi erección en su interior, abriéndome paso por su prieta humedad hasta que estuve completamente hundido. Estaba metido hasta los testículos, acomodado muy dentro de su canal, donde ningún hombre había llegado antes.

Bajé la mirada hacia ella, observando sus pezones duros y el pecho ruborizado, su precioso cabello castaño cayendo en cascada sobre la almohada y mi erección hundida al fondo de su sexo. Tenía las manos inmóviles sobre la cabeza; su piel clara era impecable.

Quería que aquel momento durase para siempre.

En el instante en que empecé a moverme dentro de ella, quise correrme. Quería introducir en ella todo el semen posible, llenándola hasta el borde como hacía otras noches. Pero esa noche algo parecía distinto.

Hundí los dedos en los músculos de sus muslos y escuché su respiración profunda. Sus tetas se elevaban con cada respiración, y sus pezones suplicaban que los pellizcara entre el índice y el pulgar. El misionero era la postura que menos me gustaba, pero ella lo convertía en la experiencia más erótica de mi vida.

Me deslicé por su canal húmedo, sintiéndola de un modo íntimo. Mi sexo estaba en el paraíso y no quería marcharse nunca, sintiéndose acogido por su calidez. Nunca había obtenido tanto placer al follarme a otras mujeres. No sabía si se debía a que Rome era virgen, a que era excepcionalmente guapa o a que daba bofetadas como una campeona. Pero fuera lo que fuera, me ponía a mil.

Mecí las caderas suavemente hacia ella, pero después cobraron vida propia. Empezaron a empujar con fuerza, penetrándola rápida y ágilmente. El

cabecero golpeaba la pared de forma rítmica.

—Más fuerte.

Gemí y me esforcé por que mi cuerpo le diera lo que deseaba, penetrándola con toda la fuerza que pude. El cabecero empezó a estrellarse contra la pared, dejando muescas y marcas.

«Como si me importara una mierda».

Rome gemía de forma incoherente, las palabras quedaban silenciadas por sus gñidos. Cuando se corrió, se tensó alrededor de mí y tiró con tanta fuerza de la corbata de seda que casi la rasgó. Se rompieron algunas costuras, pero permaneció intacta. Echó la cabeza hacia atrás y gritó como un animal moribundo; mi nombre se perdió entre los sonidos que emitía.

—Oh, Dios... —Cerró los ojos mientras disfrutaba del resto del éxtasis que estaba mermando lentamente en su cuerpo. Poco a poco su vagina liberó mi erección, permitiendo que se deslizara con menos resistencia.

—Menudo espectáculo has dado, cariño.

Me incliné sobre ella y la besé en la boca, saboreando la sal de su sudor. Le di unos cuantos envites más, preparándome para el broche final. Me encantaban el principio, el medio y el final, pero correrme dentro de ella era una experiencia sobrenatural. Tocaba el cielo y el infierno exactamente al mismo tiempo.

Me corrí en su interior, perdiéndome en el placer abrumador que me proporcionaba aquella mujer. Me había corrido dentro de ella más veces de las que podía contar, y cada experiencia era mejor que la anterior. Le succioné el pezón con la boca y saboreé su piel mientras terminaba.

—Quiero dejarte así atada para siempre. —Quería retenerla como prisionera, que su único propósito fuera complacerme día y noche, asegurándome de que no tenía otra vida fuera de esas paredes. Yo sería el centro de su universo.

—Entonces deberías hacerlo.

El fuego ya había vuelto a sus ojos, deseando otra ronda, aunque ya tenía mi semen en su interior.

Me metí su labio inferior en la boca y la mordisqueé con los dientes, ejerciendo una fuerte presión, pero sin rasgar la piel.

—Tal vez lo haga.

NOS QUEDAMOS TUMBADOS en la cama juntos, ambos satisfechos tras la noche de sexo. No me sentía culpable por no haber avanzado nada en el trabajo del Ruin aquel día, porque estar con Rome era una forma mucho mejor de invertir el tiempo.

Bajó los dedos por mi pecho, tocando los surcos de mis abdominales.

—¿Qué tal está tu hermano?

No me gustaba hablar de otros hombres cuando estábamos juntos en la cama. Le habría ordenado que nunca volviera a decir algo así si fuera mi sumisa. Contraje la mandíbula y esperé a que se me pasara el enfado, sabiendo que no tenía ningún derecho a reprenderla. Isabella tenía razón cuando decía que yo no sería capaz de hacer esto para siempre. Ya sentía que estaba empezando a quebrarme. Cuanto más tiempo pasaba con Rome, más posesivo me volvía. Y cuanto más posesivo me volvía, más controlador sentía deseos de ser.

—Estoy seguro de que está bien. No lo he visto mucho últimamente.

—Qué curioso. Hasta cuando yo no vivía con Christopher, hablaba con él varias veces a la semana.

—Eso es porque Christopher no es un imbécil.

Soltó una risita.

—Es obvio que no lo conoces muy bien.

En realidad, ella no me conocía *a mí* muy bien.

—Jackson y yo nunca hemos estado unidos. Siempre ha estado resentido conmigo porque daba por hecho que mi padre me prefería a mí.

—¿Por qué daba eso por hecho? —Continuó tocándome, acariciando con los

dedos mi cuerpo esculpido.

—Mi padre me dejó a mí la mayoría de su herencia. Jackson no recibió nada.
—Cuando había leído su testamento, apenas había podido creerlo. Ese hombre había pasado la mayor parte de su vida odiándome, persiguiéndome por el pasillo con un bate. No fue hasta que me hice un hombre que comencé a contraatacar. Eso no hizo más que presionarlo más, porque ya no tenía el control. Pero yo recibí su ferocidad con la mía propia. Hasta años después de su muerte, no me di cuenta de cuál era nuestro problema.

Nos parecíamos demasiado.

La primera vez que había atado a una mujer y la había fustigado, me corrí con tanta intensidad que se me escapó un grito. En ese momento, supe que estaba igual de enfermo que él. Sabía que crecer a su sombra me había hecho como a él. Y sospechaba que él también se había dado cuenta.

—¿Y por qué hizo eso? —susurró. Tenía la cabeza apoyada en la almohada a mi lado y sus preciosos ojos resplandecían en la oscuridad.

—No estoy seguro. A veces me pregunto si fue su modo de disculparse. —Mi padre y yo sólo hablábamos de negocios. Casi nunca hablábamos de mamá. Cuando la admitieron en una residencia, él nunca volvió a mencionarla. Era como si nunca hubiera existido en absoluto. Era el hombre más frío al que había conocido nunca, y sabía que yo había heredado ese mismo atributo.

—Quizás —dijo—, pero el dinero no puede arreglar las cosas.

En eso tenía razón. El dinero nunca había cambiado mi opinión sobre él. Si supiera que había utilizado la mayor parte para fundar Humanitarians United, estaría retorciéndose en su tumba en ese momento.

—No, no puede. Jackson siempre ha estado celoso porque se quedó fuera del testamento. Por eso discrepamos tanto.

—¿Lo sabe?

Sabía qué me estaba preguntando.

—No, nunca se lo he dicho.

—¿Por qué?

Había sentido mucho dolor, pero nunca había sufrido tanto como lo hice cuando alguien a quien amaba lo pasó mal. Ver a mi madre perder la cabeza fue mucho peor que recibir una cuchillada en el estómago. Ver cómo me miraba fijamente sin un ápice de reconocimiento era peor que una bala en la cabeza.

—No quiero que Jackson se sienta culpable.

—¿Por qué iba a sentirse culpable?

—Porque yo recibí todas las palizas para que no tuviera que recibirlas él. Cuando Jackson hacía algo mal, yo siempre asumía la culpa. Él nunca supo nada de eso...

Rome me miró con afecto, pasándome la mano por encima del corazón.

—Qué bueno eres, Calloway.

A veces. Pero la mayoría del tiempo era malvado.

—Entiendo cómo te sientes. Nunca querría que Christopher sufriera ningún dolor. Lo quiero demasiado.

Yo no diría que quería a mi hermano... pero aun así era mi familia.

—Deberías contárselo, Calloway.

—No. —Prefería la distancia entre nosotros a un nuevo vínculo debido al sufrimiento.

—Si supiera la verdad, tal vez las cosas serían diferentes.

—Tal vez, pero ¿realmente mejoraría algo?

Se inclinó hacia mí y me dio un beso en la piel a la altura del corazón; sus labios eran suaves y cálidos.

—Nunca se sabe. Al menos le ayudaría a entender lo que ocurrió. Ayúdale a entender mejor a su hermano mayor.

Vi cómo me besaba, movida por un leve afecto. Nunca había permitido que una mujer fuera tan dulce conmigo. Prefería que me dieran un bofetón en la cara a que me besaran en el hombro. Pero Rome me hacía sentir tan bien que

no podía detenerla.

No quería detenerla jamás.

Cuando se trataba de Rome, me sentía como dos hombres diferentes. Me sentía como un hombre de una novela romántica, alguien que se preocupaba por una mujer sin la que no podía vivir. Pero también me sentía como un demonio que gemía al pensar en hacer daño a una cosa tan delicada. Nunca era ambos hombres al mismo tiempo: era el uno o el otro.

ME SENTÉ ante mi escritorio y me quedé mirando la pantalla del ordenador. Acababa de recibir un correo de un donante que me preguntaba por nuestra campaña anual de donación de sangre, pero las palabras se desdibujaban y no lograba descifrarlas.

No podía prestar atención a causa de Rome.

Estaba al final del pasillo, a menos de treinta metros, al otro lado del edificio. Sabía que llevaba puesto ese vestido verde que tanto me gustaba porque se había arreglado en mi casa esa mañana. Llevaba un collar de oro con un colgante, a juego con los pendientes. Tenía el pelo recogido hacia atrás para que se pudieran ver todos y cada uno de sus exquisitos rasgos. Era tan guapa que dolía. Una parte de mí no podía culpar a Dean por haberlo intentado.

Pero, de todos modos, aún quería cortarle el cuello.

No podía explicar el sentimiento que se apoderó de mí. Sólo una hora antes, estaba bien. Había organizado una comida de trabajo con mi secretaria, y después había revisado los informes de presupuestos que me había enviado Dean.

Pero ahora me sentía vacío.

Lo único que quería era a Rome, sentirla en mis brazos y oler su cabello. Quería tocar esa piel divinamente suave y sentir cómo se le ponía la piel de gallina en los brazos bajo mi contacto. Mi boca ansiaba sus labios, el sabor de vainilla de su labial provocaba mis sentidos.

El sentimiento no era sexual en absoluto. Era algo completamente diferente.

Pulsé el interfono y hablé directamente con mi asistente.

—Por favor, pídele a la señorita Moretti que venga a mi oficina un momento.

—Ahora mismo, señor.

Me recosté en la silla y esperé a que las grandes puertas negras se abrieran. Mi oficina gozaba de más intimidad que cualquier otra sala del edificio. La mantenía así a propósito, deseando que mi autoridad fuera misteriosa. Las personas nunca llegaban ser demasiado amistosas conmigo, siempre mantenían la distancia.

Cuanto menos supiera la gente de mí, mejor.

La puerta se abrió y entró Rome, que la cerró tras de sí con un aspecto igual de atractivo que aquella mañana. La elegante coleta destacaba las curvas naturales de su rostro. Si ella hubiera vivido en una época de la historia distinta, las civilizaciones la adorarían como a una diosa. Se detuvo frente a mi escritorio, con las manos unidas en la cintura.

—¿Necesitaba algo, señor Owens?

No me gustaba cuando se dirigía a mí de ese modo. Calloway o Sexi eran mucho mejor.

—Sí. —Rodeé la mesa hasta que estuve justo delante de ella, a sólo unos pasos de distancia.

Las mejillas se le sonrojaron ligeramente y se le aceleró la respiración; sospechaba que aquella proximidad no iba a ser profesional. Esa mañana se había maquillado los ojos de forma distinta, haciendo que destacaran de un modo sobrecogedor.

Di un paso adelante para que estuviéramos más cerca. Posé los ojos en sus labios, viendo el modo en que se separaban ligeramente, como si esperaran un beso. Llevé las manos a su pequeña cintura y la agarré con firmeza, asegurándome de que no se escapara. Apreté la frente contra la suya y cerré los ojos, disfrutando del abrumador poder que surgía en mi interior.

—Calloway... no podemos hacer esto.

—Diez minutos —susurré—. No voy a besarte. No voy a follarte. Sólo quiero abrazarte.

Deslicé la mano hasta su nuca, donde pude sentir su pulso suave. Me sentí sobrecogido por su aroma a rosas e inhalé profundamente, disfrutando del ardor de su respiración. Había algo en el modo en que me hacía sentir que era... adictivo. Sentía como un tipo de felicidad, una alegría indescriptible. No sabía qué me estaba haciendo aquella mujer. Ni siquiera estaba seguro de si era bueno o malo.

—¿Va todo bien?

—Sí. —Le di un beso en la frente antes de volver a poner la cabeza contra la suya. Le puse las manos en los hombros y las bajé por sus brazos, sintiendo la piel suave y erizada que había esperado sentir. El modo en que reaccionaba a mí era tan potente como el modo en que yo reaccionaba a ella—. Te echaba de menos. He intentado escribir un correo, pero no podía dejar de pensar en ti. —Había pasado toda la noche con ella, ella con las manos atadas a mi cabecero, pero no era suficiente.

—Yo siempre te echo de menos...

La atraje más hacia mi pecho y le apoyé la mejilla sobre mi corazón. Notaba sus pechos firmes contra mí, pero el contacto no me excitó. La necesidad que tenía de ella no era sexual, y eso era lo más sorprendente de todo.

Cuando pasaron diez minutos, sabía que tenía que dejar que se fuera.

—Te dejaré volver al trabajo...

Ella se apartó con reticencia, sin tener claro qué pensaba de nuestro romance en la oficina. Cuando se trataba de afecto en Humanitarians United, ella no quería tener nada que ver. No quería que ni una sola persona del edificio supiera que dormíamos en la misma cama. Pero ahora, su postura se había debilitado. Me miró con deseo en los ojos, queriendo que nuestro abrazo no acabara nunca.

—¿Quieres ir a cenar esta noche?

No necesitaba darle una respuesta.

—Te recogeré a las seis.

Rome

—CHRISTOPHER, NECESITO AYUDA. —ME SENTÍ INQUIETA DESDE EL MOMENTO en que crucé por la puerta.

—¿Qué pasa? —Él estaba de pie junto a la encimera de la cocina, hablando con la boca llena. Se preparó medio bocadillo, pero no pudo dejar de comérselo ni un momento para poder hablar conmigo. Se apoyó contra la encimera y cruzó los tobillos, aún con el traje puesto.

Dejé el bolso en la mesa de la entrada y me quité los endiablados tacones. Durante la jornada laboral no me habían hecho tanto daño, pero ya llegando a casa, me estaba muriendo. Sentía tanto dolor que quería quitármelos y caminar descalza por las aceras mugrientas de la ciudad de Nueva York.

—Se trata de Calloway.

—¿Qué pasa con él? —Dio otro mordisco, masticando ruidosamente.

—¿Podrías dejar de comer, aunque sólo sea un segundo?

—¿Podrías esperar a que termine para cargarme con los problemas de tu novio? —contraatacó, con un gesto arrogante en la cara.

Ignoré su último comentario y lo solté.

—Llevo seis meses saliendo con Calloway, y sé que no es tanto tiempo, pero creo que quizás... —No podía creer que estuviera a punto de decirlo en voz alta. Cuando lo hiciera, sería cierto de verdad—. Creo que le quiero.

Christopher parecía igual de aburrido que un minuto antes.

—¿Y qué me quieres decir con eso?

—No estoy segura de si debería decírselo. No llevamos mucho tiempo saliendo.

—¿Seis meses? —preguntó con incredulidad—. Eso es una eternidad. Ningún tío se queda tanto tiempo con una mujer a menos que la relación vaya a alguna parte.

—Supongo que tienes razón, pero no estoy segura de cómo reaccionará.

Christopher por fin se terminó el bocadillo y se limpió las migas de los dedos.

—Si ha aguantado contigo todo este tiempo, dudo que salga nada malo de ello. Está colado por ti, así que es muy probable que él sienta lo mismo.

—¿Tú crees?

—Sí. Y aunque no sea así, probablemente no le parecerá raro. Ahora, si una chica me dijera eso a mí, me largaría antes que canta un gallo.

No veía demasiadas similitudes entre Christopher y Calloway, así que eso era una buena noticia.

—Simplemente sigue tu instinto. Si quieres a ese tío, díselo. ¿Qué mal podría hacer?

Probablemente ninguno.

—¿Podemos acabar ya con esta charla de chicas? —preguntó—. Tengo una cita con una editora del *Times*. Me ha pedido salir en la comida.

—Guay. ¿Cómo es?

Se encogió de hombros.

—Un pibón.

—¿Y eso es todo?

—Sí.

—¿No acabas de comer? —pregunté—. ¿Y ahora te vas a cenar?

—He dicho que vamos a tener una cita. No he dicho nada de cenar.

—Entonces, ¿qué vas a hacer en la cita?

—Follar. —Salió de la cocina y recorrió el pasillo hacia su dormitorio.

Me olvidé de Christopher y me senté en el sofá, pensando en esa mañana en la oficina de Calloway. Me había abrazado durante varios minutos sin ningún motivo. Me había pasado los dedos por el pelo y me había tocado con dulzura. Me había hecho sentir como si fuera un diamante, una joya valiosa a la que apreciase.

Me había sentido la cosa más importante del mundo.

Después de todo por lo que había pasado, pensaba que jamás podría confiar en alguien como confiaba en él. Creía que no podría encontrar a alguien que hiciera que se me acelerase así el corazón. Él era todo lo que quería en una pareja y creía de verdad que esa era mi oportunidad para tener una vida normal. Siempre había esperado conocer a un hombre tan perfecto como Calloway. Y ahora que realmente lo había conocido, hacía que mi horrible pasado pareciera insignificante.

Y yo sabía cómo me sentía. En realidad, lo sabía desde hacía un tiempo. Pero cuando me había tocado así, cuando me había abrazado como si fuera la cosa más especial del mundo, me había preguntado si él sentía lo mismo. Era distinto a como era al principio. No se había abierto a mí hablándome del hombre que era en realidad. Pero se había abierto a mí sobre su pasado, sus pesadillas y la complicada relación que mantenía con su hermano. En lugar de sentirnos como una pareja, yo sentía que éramos un equipo.

El teléfono vibró al recibir un mensaje y no me sorprendió ver su nombre en la pantalla.

«Ya sé que dije que a las 6, pero voy ahora a por ti. Espero que estés lista».

Como siempre, su mensaje me hizo sonreír.

«Siempre estoy lista para ti».

DESPUÉS DE LA CENA, nos relajamos en el sofá delante de la televisión. Aún llevaba puesto el vestido y los zapatos de tacón estaban uno encima del otro en el suelo. Me apoyé contra su pecho, sintiendo cómo subía y bajaba con su respiración profunda. Aunque notaba su erección debajo de mí, no hizo ningún gesto sexual.

Me pasaba la mano por la espalda de arriba abajo, deslizándola hasta la pronunciada curva encima del trasero antes de volver a subirla. Por lo normal intentaba desnudarme justo después de cenar, pero esa noche no parecía interesado.

—¿Vas a hacer algo el sábado?

—Todavía no tengo planes.

—Hay un sitio al que me gustaría llevarte.

—Suena a sorpresa. —Me incorporé y lo miré fijamente a la cara; mi pelo formaba una cortina sobre su mejilla izquierda.

—Algo así. —Él también se incorporó, moviéndome con él sin esfuerzo. Continuó hasta que mi espalda quedó contra el sofá. Tenía una erección por debajo de los vaqueros y se frotó contra mis bragas, manteniéndose mientras se mantenía sobre mí. Me besó el cuello mientras agarraba las bragas y me las bajaba por las piernas.

El cuerpo se me tensó de emoción, ansioso por tenerlo dentro de mí. No importaba cuántas veces hubiéramos hecho el amor, yo siempre quería más. Nunca había sabido que el sexo pudiera ser así de fantástico. Había sido una estupidez por mi parte esperar tanto.

Calloway movió la boca hasta la mía y me besó lentamente mientras llevaba los dedos entre mis piernas y jugaba conmigo. Me frotó el clítoris con una presión suave y después me metió los dedos dentro, sintiendo mi lubricación pegajosa.

—Siempre estás tan mojada...

—Para ti.

Gruñó contra mi boca y continuó provocándome, moviendo los dedos más adentro hasta que me tuvo jadeando bajo su cuerpo.

—Cariño, quiero probar algo diferente esta noche y sé que eres lo bastante valiente para hacerlo.

Si quería volver a atarme, yo no tenía ninguna queja. Que me tomara una y otra vez durante toda la noche era una fantasía hecha realidad.

—¿Y qué sería?

Sacó los dedos y me penetró; mi lubricación cubrió cada centímetro de él mientras se deslizaba dentro. Cerró los ojos y gimió suavemente mientras entraba, estirando mi vagina estrecha por enésima vez.

—¿Confías en mí, cariño? —Apretó la boca contra la mía mientras hablaba, rozándome los labios con los suyos mientras los movía.

En mi mente no había duda alguna.

—Sí.

Los ojos se le ensombrecieron de satisfacción y empujó dentro de mí, tomándome con delicadeza, a diferencia de la otra noche. Me hundió la mano en el pelo mientras me besaba con el pecho presionado contra el mío. Respirábamos juntos, con las piernas entrelazadas. Cada envite lo notaba mejor que el anterior y me descubrí queriendo permanecer así para siempre.

Bajó la mano por mi cuerpo hasta que se colocó entre mis piernas. Los dedos me rozaron el muslo antes de ponerme de lado. Se tumbó junto a mí en el sofá, con la espalda en el cojín. El intercambio sexual no se interrumpió cuando cambiamos de posición, y Calloway tuvo la habilidad de mantener el fuego ardiendo.

Su mano me rozó la parte posterior de la pierna hasta que los dedos se desplazaron hasta la unión de mis nalgas. En el momento en que lo noté, supe lo que iba a pasar, pero no le retiré la mano. La última vez que sus dedos habían estado ahí, la sensación había sido desconocida y molesta. Pero a medida que continuaba moviéndose dentro de mí y me besaba, me pareció natural. Cuando me corrí, lo hice con más intensidad que nunca antes.

Así que supongo que me gustó.

Aún tenía los dedos húmedos de mi entrepierna, así que los introdujo en mi abertura trasera, deslizándose con menos resistencia que la vez anterior.

Calloway abrió los ojos y frotó la nariz contra la mía.

—Si quieres que pare, sólo tienes que decírmelo. —Me besó la comisura de la boca antes de que volviera la pasión; yo notaba la boca entumecida y abrasadora al mismo tiempo.

Exploré con las manos, repasando cada centímetro que ya había tocado antes. Era metro noventa de puro hombre, pero su entrepierna no era nada en comparación con el hombre que había debajo. Era compasivo, amable y poderoso.

Estaba a punto de correrme cuando sacó su erección de mi interior.

Quise gritar por la pérdida.

Me miró a los ojos mientras me recolocaba la pierna, prácticamente clavándome mi propia rodilla en el pecho. Tomó el control, haciendo lo que quería con mi cuerpo como si lo poseyera. Envolvió la mano alrededor de la base de su sexo y presionó la punta contra mi culo.

Algo que no me había esperado.

Tenía el brazo colocado en la curva de mi cuello, sujetándome la cabeza mientras se hundía en mi interior.

—Tócate, cariño.

Hacía tanto tiempo que no me tocaba que casi se me había olvidado cómo hacerlo.

Me succionó el labio inferior y soltó un gemido.

—Ahora.

Respondí a su orden al instante, llevando los dedos a mi clítoris palpitante. En el segundo en que me toqué, sentí la electricidad. Me olvidé del gigantesco miembro que me estaba penetrando por detrás.

Continuó deslizándose dentro de mí, observando mi reacción mientras su impresionante erección me estiraba el culo más que nunca.

—Al principio te dolerá, pero luego se pasa. —Me besó y metió su erección casi por completo, llevándome al límite.

Gemí cuando salió para volver a entrar de nuevo. Me provocaba más daño que gusto, pero el placer que veía en su rostro hacía que lo permitiera. Cada vez que le tenía dentro de mí, duro por mí, me sentía especial. Así que me mantuve con la mente abierta y dejé que continuara, con la esperanza de que mejorara a medida que avanzáramos.

—Tócate más, cariño. —Me agarró la muñeca e hizo el movimiento por mí, sin tocarme directamente con los dedos que ya me habían explorado. Utilizó mis nudillos para cambiar los movimientos de mis dedos, y no pude creer que un hombre supiera cómo tocar a una mujer mejor que yo.

Cuando finalmente sentí que el placer me inundaba, ignoré el dolor. Su descomunal erección no parecía tan insoportable. Cuanto más me relajaba, más fácil era amoldarme a él. El orgasmo incipiente que había sentido antes había vuelto, acercándose lentamente con un golpe brutal.

—Juntos —ordenó.

Incluso sin estar dentro de mí, él sabía cuándo yo estaba a punto de estallar. Le agarré el brazo, usándolo como apoyo, y sentí cómo su sexo golpeaba mi interior con más fuerza. Noté cómo se formaba el clímax hasta que no pude contenerlo más. El calor afloró en mi cuerpo justo antes de impactar a toda velocidad.

—Oh, Dios...

Me sujetó la cadera mientras clavaba su erección en mí, siendo agresivo al tiempo que liberaba su semilla más y más dentro de mí.

El efecto de todas las sensaciones juntas me provocó un orgasmo mejor que cualquiera que hubiera tenido antes. Estar llena de él de un nuevo modo intensificó mi experiencia, haciéndome sentir algo único y extrañamente maravilloso. El orgasmo pareció durar para siempre, casi una eternidad.

Cuando Calloway acabó, permaneció hundido en mi trasero. Lentamente, se

ablandó y su pene salió suavemente de mi interior. Apretó la frente contra la mía, con los ojos sobre mis labios.

—Gracias por haber confiado en mí.

Yo estaba agotada del éxtasis que acababa de arrasarse con mi cuerpo. Vi cómo se movían sus labios, pero no capté ningún significado. Mi cabeza descansaba sobre el cojín, y cerré los ojos, aún consciente de su miembro dentro de mí.

Calloway agarró la manta que colgaba sobre el respaldo del sofá y la extendió encima de ambos. Se colocó a mi lado, compartiendo el mismo cojín.

—Creo que ya no puedo seguir llamándome Vainilla.

—Me sigue gustando cariño.

Él se rio.

—Pues que sea cariño.

CYNTHIA, la asistente de Calloway, llamó al teléfono de mi oficina.

—Al señor Owens le gustaría verla en su oficina. Quiere que le lleve el programa de este mes.

Sabía que eso era mentira. El programa le importaba una mierda.

—Estaré allí en dos segundos.

—De acuerdo.

Agarré mi carpeta y caminé por el pasillo hasta su oficina, preguntándome a veces si la gente se daba cuenta de que iba a la oficina de Calloway más a menudo de lo que debería. Era la chica nueva así que, con suerte, daban por hecho que necesitaba ayuda adicional con mis proyectos.

Definitivamente no quería que me conocieran como la puta de la oficina.

Cynthia asintió para que pasara, así que entré, asegurándome de cerrar la

puerta a mis espaldas.

Estaba apoyado en el escritorio como de costumbre, con aspecto de presidente, con los rascacielos de la ciudad al fondo. Con los brazos cruzados sobre el pecho, los hombros de Calloway parecían anchos y fuertes. No se había afeitado en dos días, así que el vello de su rostro era más denso de lo habitual. Con o sin vello, estaba igualmente sexi, en mi opinión.

—Supongo que no me has llamado para que hablemos de verdad sobre el programa. —Sostuve la carpeta en alto.

La única respuesta que obtuve fue un ligero movimiento de cabeza.

Coloqué la carpeta en la silla y crucé los brazos delante del pecho, jugando a su juego.

—Entonces, ¿por qué estoy aquí?

Se suponía que teníamos que ser profesionales en el trabajo, pero ya habíamos tenido dos deslices. A veces me preguntaba si sería más sencillo simplemente ser sinceros con todo el mundo.

Caminó hacia mí y se metió las manos en los bolsillos.

—Quería saber qué tal estabas.

—¿Qué tal estoy? —pregunté sorprendida—. Igual que esta mañana.

—No te he visto esta mañana, me marché al gimnasio. —Era una de esas personas deportistas que se levantaba a las cinco de la mañana sólo para hacer ejercicio. Una auténtica locura, pero bueno.

—Bueno, eso me lo podrías haber preguntado después del trabajo. O incluso me podrías haber mandado un mensaje.

—Quería mirarte. —Deslizó las manos por mi cintura y me agarró del culo—. Y ver si estabas dolorida hoy.

No había notado ninguna molestia, sorprendentemente. Y, a decir verdad, había estado tan ocupada con el trabajo que no había pensado mucho en ello.

—No, estoy bien.

El extremo de su boca se curvó en una sonrisa.

—Eres más dura de lo que creía.

—A lo mejor lo disfruté tanto ayer por la noche que no me hizo daño.

Se le borró la sonrisa y su mirada se oscureció.

—¿Sí?

Asentí.

—Me alegra que tengas una actitud abierta.

—No tengo una actitud abierta. —Si cualquier otro hubiera intentado esa maniobra conmigo, no lo habría permitido. Pero Calloway era diferente. Él había sido mi única excepción. La primera vez que había puesto los ojos sobre él, no tenía ni idea de cómo iba a cambiarme la vida, sólo de formas positivas—. Es sólo que confío en ti.

La oscuridad abandonó su mirada, sustituida por una dulzura calmada.

—No tienes ni idea de lo mucho que eso significa para mí. —Movié la mano hacia la pronunciada curva de mi espalda y me dio un besito en la comisura de la boca. Era inocente, lo bastante insulso para que los dos pudiéramos apartarnos sin arrancarnos la ropa mutuamente—. Te dejo que vuelvas al trabajo.

—Luego te veo. —Me giré y me incliné para coger la carpeta.

Me dio una palmada en el culo de forma traviesa.

—Hasta luego, nena.

Calloway

NOS DESPERTAMOS EL SÁBADO POR LA MAÑANA CON LAS SÁBANAS enroscadas a nuestro alrededor, mientras yacíamos en una maraña de brazos y piernas. Su aroma se había quedado impregnado permanentemente en mis sábanas y el olor era embriagador. Su presencia dejaba una marca en todas las cosas de mi casa, pero ahora me gustaba el cambio. Hubo un tiempo en que para mí era imposible compartir mi espacio personal. Isabella no había estado en mi casa ni una sola vez.

Fui el primero en despertarme, así que me dediqué a contemplar a Rome durmiendo a mi lado, fijándome en el modo en que se le abría la boca ligeramente al respirar. Tenía los dientes bonitos, sus labios suaves siempre eran maravillosos al tacto. Aunque mis camisetas le quedaban anchas, ella las lucía como una supermodelo.

Inconscientemente, debió de saber que la estaba contemplando, porque de repente se movió y abrió los ojos. Pesados y somnolientos, lucharon por mantenerse abiertos. Pero una vez que divisó mi rostro, una preciosa sonrisa se extendió por sus labios.

—Hola, Sexi... —Inmediatamente me rozó la mejilla con la palma de la mano, notando la barba que empezaba a salir. Hacía unos días que no me afeitaba y no sabía qué era lo que ella prefería.

—Hola, cariño. —Llevé la mano a su vientre plano, sabiendo que aún tenía dentro mi semen de la noche anterior—. ¿Has dormido bien?

Estiró los brazos por encima de la cabeza.

—Yo siempre duermo bien aquí. La cama es increíble y el oso de peluche que lleva incluido es perfecto.

—Oso de peluche, ¿eh? Creo que soy más varonil que un animal de peluche.

—Pero igual de mono. —Soltó una risa y me dio un golpecito en la nariz con el dedo como si fuera un niño.

Me reí y tiré de ella hacia mi pecho, poniendo los labios sobre su sien y besándola de paso.

—Vamos a desayunar. Hay un sitio al que quiero llevarte esta tarde.

—Es verdad —dije—. La sorpresa.

—En realidad no es una sorpresa del tipo que te estás imaginando. Sólo es algo que quiero que veas. —La besé en el cuello antes de salir de la cama y ponerme los bóxers y los pantalones deportivos. Cuando me giré, ella tenía los ojos clavados en la parte posterior de mi cuerpo—. ¿Ves algo que te guste?

—Tienes un culo precioso —dijo—. No es algo a lo que antes solía prestar atención, aunque nunca había conocido a un chico con un culo así de prieto.

Sonreí.

—Si crees que mi culo es bonito, deberías ver el tuyo. —Le di una suave palmada en el trasero—. ¿Qué te parecen unas tortitas?

—Oh... y beicon. Me apetece beicon, grasiento y crujiente.

Ella casi nunca tenía apetito, así que sabía que estaba de buen humor.

—Y huevos. Necesito algo de proteína magra.

Entornó los ojos.

—No estoy de humor para ser sana.

—Bueno, si quieres que mi culo siga estando prieto, necesito cuidar lo que como.

Se arrastró fuera de la cama.

—A mí no me importa tener el culo prieto, así que añade el beicon.

DÁNDONOS LA MANO, caminamos hasta la residencia de cuidados asistidos.

—¿Qué estamos haciendo aquí? —preguntó Rome.

—Hay una mujer a la que vengo a leer.

—Ay... Eso es muy bonito.

Me acerqué a la zona de las enfermeras del recibidor y vi a Diane.

Su sonrisa iluminó toda la sala cuando me vio.

—Calloway, siempre es un placer verte.

—Gracias, Diane. ¿Cómo está hoy?

La mujer nos hizo un gesto para que la siguiéramos por el pasillo hasta llegar a la habitación de mi madre. Como siempre, estaba sentada fuera, en el balcón, contemplando el césped verde intenso del terreno, junto a un arreglo de flores de colores.

—Está bastante bien. —Diane esperó junto a la puerta—. Acaba de desayunar, así que está menos gruñona. —Guiñó el ojo y salió.

—¿Cómo se llama? —susurró Rome mientras nos acercábamos al balcón.

—Laura. —La puerta de la terraza estaba abierta, así que pasé, llevando un libro de Harry Potter bajo el brazo. Cada vez que un hijo normal veía a su madre, probablemente la saludaba con un abrazo. Pero yo no había abrazado a mi madre desde hacía casi una década.

Estaba sentada en la mecedora, tejiendo en su regazo. Tenía el cabello oscuro rizado de forma elegante, y llevaba una camisa de color rosa achampanado que le quedaba bien con su tono de piel. Aunque no recordaba quién era o

dónde vivía, seguía acicalándose cada mañana.

Cuando se fijó en mí, alzó la mirada.

—Hola. ¿Cómo estás?

Extendí la mano para estrechar la suya por enésima vez.

—Soy Calloway Owens. Soy de Humanitarians United. Hoy he venido a leerte un libro.

Me miró la mano casi con sospecha antes de estrecharla.

—Oh, qué bonito. Tengo tanto que tejer que nunca tengo tiempo para leer.

Sonreí antes de presentar a Rome.

—Y esta es... mi novia. Se llama Rome y también trabaja conmigo. —Si mi madre pudiera acordarse de algo, sería muy feliz de verme con una mujer. Siempre me había dado la lata para que sentara cabeza, incluso antes de que cumpliera dieciocho años. Lo que más deseaba en el mundo era tener nietos.

—Oh, eso es adorable. —Mi madre sonrió antes de estrecharle la mano a Rome—. Eres una chica muy guapa. Qué bien. Calloway es un hombre muy guapo, así que hacéis buena pareja.

Rome soltó una risita.

—Es muy bonito por tu parte decir algo así.

Saqué una silla para que Rome pudiera sentarse, y yo me senté junto a ella.

Mi madre me contemplaba con ojos astutos, azules y claros igual que los míos. A veces me preguntaba si me reconocía o si al menos percibía una sensación de familiaridad. Pero nunca unía los puntos, nunca recordaba a su hijo mayor.

—Calloway... es un nombre bonito. Me gusta.

Asentí.

—Gracias.

—Tu madre tiene buen gusto.

—Sin duda alguna. —Sostuve en alto el libro de Harry Potter—. ¿Te gustaría que empezara a leer?

—Claro. —Volvió a centrarse en el punto, y el cabello castaño y corto le cayó hacia adelante al mirar hacia abajo. Estaba tan delgada como siempre, pues nunca tenía apetito, ni siquiera cuando estaba bien. Pero aún se comportaba como una auténtica reina. Mi madre era hermosa a pesar de su edad, y veía mucho de mí en ella cuando la miraba a la cara. A veces también veía a Jackson.

—¿Te gustaría leer? —Le tendí el libro a Rome.

—Claro. —Abrió el libro por la primera página—. No soy ninguna artista, pero haré lo que pueda.

—Estoy segura de que será fantástico, querida —dijo mi madre, utilizando el hilo de su regazo para tejer una bufanda.

Había leído el principio de aquel libro de Harry Potter al menos un centenar de veces. Prácticamente lo había memorizado. Sin el libro delante, podía citar cada frase y cada acontecimiento.

Rome empezó a leer, y su hermosa voz sonaba relajante y agradable.

PASAMOS LA TARDE ALLÍ, y Rome leyó tanto que casi terminó el libro. Mi madre escuchaba, balanceando la silla mientras seguía concentrada en el trabajo que estaba haciendo. Al final, Rome se cansó y colocó un marcador entre las páginas.

—Voy a quedarme sin voz dentro de muy poco...

Apoyé la mano sobre su muslo.

—De todas formas, ya deberíamos marcharnos. —Me puse de pie y me acerqué a mi madre, sintiendo el mismo dolor que sentía cada vez que tenía que marcharme. Sería más fácil no molestarme en venir, abandonar la esperanza de que tal vez un día su memoria podría volver. Pero no podía vivir con ese tipo de culpa. Si la situación fuera al contrario, sabía que mi madre

siempre estaría a mi lado, pasara lo que pasara. No me sentiría hombre si yo no le diera el mismo tipo de lealtad. Jackson afirmaba que no tenía sentido visitarla, que era estúpido. Pero yo sospechaba que no podría soportar verla desaparecer. Siempre había sido más sensible que yo, aunque no lo admitiría.

—Te veremos otra vez la semana que viene, Laura. —Le agarré la mano y le di un apretón.

Mi madre me sonrió y apoyó la otra mano sobre la mía.

—Eres un hombre maravilloso, Calloway.

El corazón casi me estalló por aquella muestra de afecto inesperada.

—Sé que no es mucho y estoy segura de que no te pones este tipo de cosas, pero... —sostuvo en alto la bufanda acabada y la puso en mi mano— es lo único que tengo para darte. Me gustaría que te la quedaras.

Sentí la tela suave en la punta de los dedos y, al instante, me ardieron las lágrimas en los ojos. No había sentido una emoción así desde que era niño, una sensación innegable en las entrañas. No había sentido nada más allá de una insensibilidad permanente.

—Gracias... —Me puse la bufanda negra y azul alrededor del cuello, sin importarme lo que nadie pensara de mí.

Sonrió cuando estrechó la mano a Rome.

—Algún día le darás unos niños preciosos, ¿verdad?

Rome se rio.

—Lo intentaré. Ha sido un placer conocerte, Laura. —Rome la besó en la mejilla y se dirigió hacia la puerta.

Me quedé delante de mi madre, deseando decirle algo más que un simple adiós. Quería darle las gracias por todo lo que había hecho por mí mientras crecía. Nunca había tenido la oportunidad de demostrarle la gratitud que se merecía por ocuparse de mi ropa cada día y poner la mesa en la comida. Se trataba de cosas pequeñas, pero que sumaban con el tiempo. Jackson y yo éramos toda su vida hasta que perdió la cabeza. Ir allí todas las semanas a leerle no servía ni para empezar a pagarle todo lo que había hecho por mí.

—Nos veremos pronto.

Salí con Rome y le agarré la mano, deseando el afecto que me mantendría estable. Nunca me emocionaba con facilidad, pero siempre que iba a esa residencia, salía un poco más débil que cuando había entrado.

—Es encantadora —dijo Rome—. ¿Cuánto tiempo llevas haciendo esto?

—Unos siete años.

—¿Llevas leyéndole siete años a la misma mujer? —preguntó con incredulidad, mirándome con sorpresa mientras nos dirigíamos al aparcamiento en el que estaba el coche.

—Sí.

—¿Y no te recuerda?

—Su mente se reinicia todas las mañanas cuando se levanta. —No se acordaba de mi padre ni de sus dos hijos. No se acordaba de dónde había nacido. Su vida entera no había sucedido porque no podía recordarla.

—Pobre mujer —susurró—. Tiene suerte de tenerte, Calloway.

Llegué al coche y abrí la puerta del pasajero.

—Soy su hijo. Siempre estaré ahí para ella. —No establecí contacto visual con Rome mientras pronunciaba esas palabras, pues sabía el tipo de reacción que obtendría de ella.

Rome estaba a punto de entrar en el coche, pero se detuvo al oír mis palabras. Me miró a la cara y toda la alegría que había demostrado aquella tarde desapareció. La tristeza se dibujó en su expresión y los ojos se le llenaron de lágrimas de inmediato.

Al final la miré directamente, viendo mi dolor reflejado en ella. No tenía ni idea de por qué había llevado a Rome allí aquel día. No estaba seguro de por qué le había contado la verdad sobre mi madre. Por alguna razón, quería compartirlo con ella, no soportar el peso yo solo.

—Calloway... —Se apoyó en mi pecho y me abrazó por la cintura, hundiendo la cara en mi camiseta—. Lo siento mucho.

Le rodeé los hombros con los brazos, aún con la bufanda que mi madre había tejido para mí.

—Ya lo sé. —Le posé los labios en la frente y le di un beso suave en la piel cálida—. Ya lo sé, cariño.

ROME DEBIÓ de percibir que no me apetecía mucho hablar el resto de la noche, porque no dijo mucho. Se sentó conmigo en el sofá, acurrucada a mi lado con la cabeza apoyada sobre mi hombro. Llevaba puestos mis pantalones deportivos y mi camiseta, y estaba sexi con la ropa grande.

Yo veía la televisión, pero realmente no prestaba atención a lo que ponían. Mi mente divagaba en silencio, pensando en todo lo que había ocurrido aquel día. No sabía qué se había apoderado de mí para llevar a Rome a la residencia de cuidados asistidos. No había habido ninguna premeditación. Simplemente había decidido pedírselo, así que lo había hecho.

Yo era extremadamente reservado con respecto a mi vida personal. La única otra persona que sabía lo de mi madre era Jackson. Y, aun así, le habría escondido a él ese secreto, si hubiera podido. Perseguía a Rome porque quería que fuera mi sumisa, que obedeciera todas mis órdenes sin preguntas. Sin embargo, había hecho algo que nunca habría hecho con ninguna de mis sumisas.

¿Qué era lo que me pasaba?

Rome subió por mi pecho y se montó a horcajadas sobre mis caderas con sus largas piernas. Tenía la entrepierna justo encima de mi sexo y, en cuestión de segundos, estaría empalmado, como siempre. Colocó las palmas de ambas en mi pecho y las movió suavemente de arriba abajo, acariciándome mientras me miraba a los ojos. Su mirada no contenía ninguna compasión, pero tampoco había deseo sexual.

—Gracias por haberme llevado hoy contigo.

Le puse las manos en los muslos y le acaricié los fuertes músculos a través de los pantalones de deporte. Rome no iba al gimnasio, pero siempre iba

andando a todas partes. Como resultado, estaba fuerte. Eso era algo que me gustaba de ella.

—Si alguna vez quieres hablar de ello, sabes que estoy aquí.

La miré a los ojos; mi boca permanecía inmóvil. No había nada que decir sobre mi madre. Estaba en esa residencia porque no podía cuidar de sí misma. Evidentemente, yo no podía darle lo que necesitaba veinticuatro horas al día. Ponerla al cuidado de otra persona era lo único que podía hacer.

—Los médicos no consiguen averiguar qué es lo que le pasa. No tiene alzhéimer.

—Ah...

—Creo que se le fue la cabeza cuando se dio cuenta de todas las cosas horribles que estaba haciendo mi padre. No pudo procesarlo, así que lo apartó. Pero ahora que han pasado tantos años, tengo la sospecha de que en su mente pasó algo más, algo que los médicos no pueden averiguar.

Rome me frotó el pecho con suavidad, sintiendo más lástima.

—Eres un buen hijo, Calloway. ¿Jackson también la visita?

—Nunca. Dice que no tiene sentido.

Me masajé los hombros; su cuerpo casi no me pesaba encima.

—Ojalá hubiera algo que yo pudiera hacer...

—Lo estás haciendo, cariño. —Le rodeé la pequeña cintura con las manos, notando los músculos de su torso.

Ella colocó las manos alrededor de mis muñecas y me agarró con dulzura mientras el pelo le caía sobre un hombro. Los mechones castaños eran suaves al tacto, pero fuertes. Cuando enroscaba su cabello alrededor de mi puño, podía lograr que hiciera mi voluntad.

Se inclinó hacia adelante y me tomó la cara entre las manos; sus hermosos ojos clavados en los míos. Sus rasgos eran más perfectos que las estrellas en el cielo nocturno, brillantes y bonitos. Con o sin maquillaje, era preciosa. Y cuando me miraba de ese modo, como si yo fuera todo su mundo, me sentía

más hombre que en toda mi vida.

La primera vez que la había visto en aquel bar meses antes, no había sentido tanta energía corriéndome por el cuerpo. Lo único que quería hacer era tirármela, pero ahora, la respetaba como a una buena amiga. A veces quería abrazarla sólo por el placer de hacerlo. Con Isabella, no había afecto a menos que la tuviera metida en su entrepierna, su boca o su culo.

Rome me dio un beso tierno en la boca, un roce delicado y lleno de afecto. Cuando se apartó, tenía una expresión emotiva en los ojos; sentía un tipo de dolor que yo no podía ver.

—Te quiero, Calloway. No sé cuándo ha ocurrido y no estaba segura de que pudiera sentir esto por alguien alguna vez... pero ha ocurrido. —Arrastró las manos desde mi cara hasta mi pecho otra vez, mirándome con la misma expresión.

Yo la oí pronunciar las palabras. Estaban claras como el agua. Pero era lo último que esperaba que dijera. Sólo llevábamos seis meses saliendo, y yo le había dicho que no estaba interesado en el matrimonio ni en un futuro feliz juntos.

Esto era algo que no me había imaginado.

Lo dijo con tanta ternura, con tanto afecto, que me sentí un imbécil por no responderle lo mismo.

Pero no podía.

El amor no estaba en mi vocabulario. El amor no era algo que yo fuera capaz de sentir. Afecto y devoción eran lo único que podía ofrecerle.

Continuó mirándome fijamente, esperando a que dijera algo.

Me sorprendió que mi reacción no fuera apartarla de mí y correr. Me sorprendió no sentir deseos de acabar nuestra relación en aquel preciso instante, allí mismo. Sus palabras me aterrorizaban, pero no había nada que ella pudiera decir que me hiciera alejarme.

—Rome...

Se le cubrieron los ojos de tristeza al percibir mi tono.

—Hace mucho tiempo te dije que no quería un matrimonio ni una relación para siempre... Lo decía en serio. —Tragué para deshacer el nudo que sentía en la garganta, sintiéndome un cabrón por rechazar su confesión. Ella había puesto su corazón en juego y se había quedado en una posición vulnerable, pero no podía darle lo que quería, ni siquiera para aliviar su dolor.

Bajó los ojos a mi pecho, donde aún tenía las manos apoyadas.

Se había echado a perder un día precioso y sabía que no sería capaz de arreglarlo. Si se marchaba, no podría detenerla. Pero no quería renunciar a ella, así que tenía la esperanza de que se quedara. Tenía la esperanza de que diera a esto una oportunidad de verdad, porque tenía un gran potencial.

Cuando habló, su voz aún era fuerte.

—No pasa nada, Calloway. —Me miró otra vez con determinación en los ojos.

—¿A qué te refieres? —Por lo general, Rome decía exactamente lo que quería decir, pero en este caso, no pude deducirlo. ¿No pasaba nada si no le decía que la quería? ¿No pasaba nada por que no quisiera pasar el resto de mi vida con ella?

—No pasa nada por que no lo hayas dicho tú también. Porque sé lo que sientes en realidad, Calloway. A mí también me resultó difícil darme cuenta de ello, derribar mis muros el tiempo suficiente para realmente abrirme a alguien. Necesitas más tiempo, y no hay ningún problema en absoluto.

Me la quedé mirando con asombro, sorprendido de que alguien tuviera la confianza en sí mismo como para que lo rechazaran y seguir manteniendo la cabeza alta. Tenía una fe irracional en mí, aún después de haberla herido. A pesar de todo lo que yo había afirmado, ella aún creía lo contrario. Se valoraba a sí misma y notaba el modo en que yo la trataba, dando por hecho que había más bajo mi frío exterior.

—Aprecio lo bien que te estás tomando esto, pero...

—Ya sé lo que vas a decir, así que deberías parar.

—¿Y qué voy a decir?

—Que no me quieres y que nunca lo harás. Que no ves un futuro para nosotros. Que simplemente no está en tu naturaleza. Estoy segura de que te crees todas esas cosas, pero yo sé más. Durante los últimos seis meses que hemos estado juntos, te he visto cambiar. He visto cómo te abrías y me dejabas acercarme poco a poco. Entiendo que para ti es difícil. Créeme, lo entiendo. Pero un día, finalmente admitirás ante ti mismo lo que sientes con respecto a nosotros, con respecto a mí. Tú fuiste paciente conmigo cuando te pedí que lo fueras, y ahora yo seré paciente contigo. No necesito oírte decir que me quieres, porque sé que es así.

No podía apartar los ojos de ella, cautivado ante una mujer tan poderosa. Cuando se proponía algo, no lo cambiaba. Podía corregirla tantas veces como quisiera, pero no supondría ninguna diferencia. Lo más honorable que podía hacer era apartarme de esa relación, porque no podía darle lo que se merecía. Pero era demasiado débil para eso. Rome me hacía feliz y no estaba preparado para dejarla marchar. No estaba preparado para alejarme de la mujer más sexi en la que había posado la mirada. Era un hombre egoísta, y no podía evitar ser egoísta.

Ella se cogió la camisa y se la sacó por la cabeza, descubriendo sus pechos perfectos para que yo los disfrutara.

—Ahora, hazme el amor.

Me miró fijamente con un fuego verde en los ojos y un aspecto increíblemente sensual. Su seguridad me excitaba más que su sumisión. Era una paradoja que no lograba explicar. No me molesté en contradecirla y en explicarle que yo no le hacía el amor a nadie. En lugar de eso, la agarré por la minúscula cintura y la tiré sobre el sofá, con el pene más duro que nunca. Quería estar hundido en ella por completo, tomar todo lo que me estaba dando. Quería darle tanto semen que no pudiera retenerlo todo.

Y quería hacerlo durante el resto de la noche.

ME SENTÉ FRENTE al escritorio de la oficina del Ruin. Los graves de la música hacían eco en el pasillo y llegaba a mis oídos si me concentraba lo

suficiente. El ritmo acompasado era constante, haciendo temblar los cimientos, así como las paredes de aquel lugar.

El club había pertenecido a mi padre en el pasado, pero él lo usaba de modos más siniestros. Con el deseo de ganar dinero fácil secuestrando a jóvenes lo bastante inocentes como para entrar en un lugar así por curiosidad, vendió a algunas de ellas al tráfico sexual. Otras se convirtieron en sus propias prisioneras. Yo había crecido viéndolo fustigar a mujeres hasta que convulsionaban en el suelo.

Yo me prometí a mí mismo que nunca sería tan cruel, que llevaría una vida diferente a la de mi padre. Y mantenía aquella promesa, aunque no del todo. Había heredado su necesidad de dolor, de hacer daño a las mujeres para correrme. Disfrutaba de las mismas cosas que él, pero de un modo absolutamente consensuado. Mis delitos no eran nada en comparación con los suyos, pero aun así no me consideraba un buen hombre.

Cuando me había hecho cargo de aquel lugar, había realizado un montón de cambios. No se podía entrar si no se tenían veintiún años. Teníamos un sistema de seguridad estricto que impedía las violaciones de cualquier tipo. Si una mujer decía que no, era que no. Fin de la historia.

Más allá de eso, los miembros eran libres de hacer lo que desearan.

Lo que más me gustaba del Ruin era la libertad. Podía ser exactamente quien era, sin avergonzarme. Cuando me acercaba a una mujer y le decía que quería azotarle el culo hasta ponérselo rojo e irritado, ella simplemente sonreía. Cuando le decía que quería colgarla del techo, ella extendía las muñecas y esperaba las cadenas.

No había juicios.

Así que ese lugar era como un puerto seguro para mí.

El lugar donde me sentía más vivo.

Pero tener a Rome en mi vida complicaba las cosas. Yo estaba completamente convencido de que al final podría llevarla allí. Pero ahora que me había dicho que me quería, que lo había dicho con tanta convicción que realmente me había sentido culpable por no decírselo yo también, no estaba seguro de lo probable que era eso.

Tenía que elegir.

¿Realmente podía seguir dirigiendo el Ruin mientras tenía aquel tipo de relación tan especial con Rome? ¿No debería ella saberlo en ese mismo instante? ¿Acaso no debería saber adónde iba yo cuando no se quedaba a dormir? Ella confiaba en mí, y yo ahora me sentía deshonesto por no haberle dicho quién era realmente.

Tenía que contarle la verdad o alejarme del Ruin.

Y sabía que no podría alejarme del Ruin. Mi alma estaba en aquel lugar. Siempre había sido parte de mi vida.

Por tanto, aquello quería decir que tenía que contarle la verdad a Rome.

Apoyé las puntas de los dedos en los labios y me lo planteé, sin estar seguro de cómo empezaría siquiera a explicarle mi mundo a Rome, a Vainilla. ¿Me juzgaría, como todos los demás? ¿O me amaba lo suficiente para mantener la mente abierta? Me había permitido hacerle algunas cosas bastante pervertidas, así que sin duda era capaz ampliar sus horizontes.

Sabía que confiaba en mí, así que, con suerte, aquella confianza bastaría.

Iba a hacerlo.

A decirle la verdad.

Joder, esperaba que fuera bien. Perderla no era una opción. Habíamos avanzado mucho y no quería renunciar a ello. Quería seguir adelante con ella, tener una vida de la que pudiéramos disfrutar los dos.

La puerta de la oficina se abrió de golpe al entrar Jackson. A lo mejor había llamado, pero la música estaba tan alta que no hubiera podido oírlo. El volumen de la música del bar se duplicó al abrirse la puerta. Una vez que la cerró a sus espaldas, volvió a convertirse en un zumbido sordo.

—Hola. Tengo un miembro nuevo en el pasillo que quiere apuntarse.

—Estamos llenos. —Ahora que Rome había sido expulsada de mis pensamientos, centré en él toda mi atención.

—Sólo es uno más. El tipo me cae bien y está dispuesto a pagar el doble de la

tarifa de socio.

—Estamos llenos —repetí con voz aburrida. Jackson y yo ya habíamos mantenido aquella conversación. Si dejábamos que el negocio se fuera a la mierda, perderíamos a los socios tan rápido como recibíamos a los nuevos.

—Vamos, sólo es una persona más. —Apoyó las manos en el escritorio y se inclinó hacia adelante—. ¿Acaso una persona importa tanto?

—Si hacemos una excepción con él, tenemos que hacer una excepción para las demás personas.

—Venga, vamos. En la puerta principal pone que no aceptamos miembros nuevos. El único motivo por el que este tío ha preguntado es porque lo conozco.

Jackson me iba a incordiar hasta salirse con la suya o simplemente lo haría a mis espaldas. Yo tenía problemas más importantes de los que ocuparme, y esto no merecía más energía de la necesaria.

—Vale, dile que pase.

—¡Sí! —Lanzó un puño al aire y corrió hacia la puerta.

En cuanto se fue, volví a pensar en Rome, sin estar seguro de cómo confesarle mi mayor secreto. Quería acostarme con ella algunas veces más, por si acaso se marchaba. Pero, aunque consiguiera unos revolcones más, nunca estaría satisfecho, porque la desearía siempre.

—Aquí está. —Jackson volvió a entrar con su amigo detrás de él—. Este es Christopher. Christopher, este es mi hermano, copropietario del Ruin. —Se hizo a un lado para que pudiéramos estrecharnos la mano.

Me quedé mirando la cara de un hombre al que ya conocía... al que conocía desde hacía un tiempo. Él me contempló con la misma expresión amenazadora, fría y sorprendida. Dejó los brazos a ambos de su cuerpo mientras su expresión se ensombrecía, convirtiéndose en una mirada de rabia furibunda.

Mierda.

Me puse de pie cuan alto era e intenté pensar en una explicación rápida, una

forma de mitigar la sed de sangre que reflejaba su rostro.

Christopher no dijo una palabra y me miró como si fuera un insecto atrapado en la suela de su zapato. Yo le caía bien, incluso me respetaba, pero ahora que sabía que dirigía el club de BDSM más popular de Nueva York, me despreciaba. Sólo podía dar por sentado que yo era el mayor mentiroso del planeta.

Jackson pasó la mirada de uno a otro.

—¿Os conocéis?

Christopher dio un paso atrás, aún con las manos a los costados. Aspiró por la nariz y escupió encima de la mesa, acertando en la tapa del ordenador portátil. En ningún momento apartó los ojos de mi cara.

—No. Ya no. —Se marchó de mi oficina hecho una furia, dejando la puerta abierta mientras se alejaba.

Me volví a dejar caer en la silla y me pasé las manos por la cara, sabiendo que lo primero que haría sería volver a casa y contárselo todo a Rome. Se enteraría por él de la horrible noticia, sabría que le había estado mintiendo todo este tiempo.

Estaba de mierda hasta el cuello.

Jackson se giró hacia mí cuando Christopher se hubo marchado.

—¿De qué coño iba todo eso?

Dejé caer las manos a mi regazo, sintiendo cómo me atrapaba un pánico frío.

—Era el hermano de Rome.

—¿En serio? —preguntó boquiabierto.

Asentí.

—Hostia... No se parece en nada a ella.

—No, en nada. Y ahora va a ir a contarle mis trapos sucios.

Jackson no mostró ni una pizca de comprensión.

—Bueno, has tenido seis meses para contarle la verdad. No es que no hayas tenido ocasión.

Lo fulminé con la mirada.

—Gracias, Jackson. Eres un gran consuelo...

Se encogió de hombros a modo de disculpa.

—Quiero a mi hermano de vuelta. Y cuanto antes se vaya ella, antes volverás a la normalidad. No sabes de qué te estoy hablando, pero pronto lo sabrás.

Me costaba imaginarme estar con otra mujer después de Rome. Era la única mujer a la que quería azotar y follarme. Era la única mujer a la que permitía dormir en mi cama. Era la única mujer que había conocido a mi madre. El futuro se presentaba oscuro y frío, y yo ya despreciaba la próxima conversación que tendría con Rome.

Si me permitía siquiera mantener una conversación con ella.

Calloway

SABÍA QUE ESTABA ENTRANDO EN ZONA DE GUERRA CUANDO FUI A SU apartamento. Christopher probablemente me daría un puñetazo en la cara, y yo no rechazaría el golpe, porque me lo merecía. Sería más fácil llamar, pero eso también sería de cobardes.

Quería hablar cara a cara.

Llamé a la puerta y oí la voz de Christopher desde el salón.

—Vaya, me pregunto quién será. —Abrió la puerta de golpe y se me quedó mirando con la misma expresión que tenía en el Ruin. Si hubiera tenido una pistola, probablemente me habría disparado en ese mismo momento —. ¿Has venido aquí para contarnos más mentiras? ¿Para hacernos creer que eres algo que no eres? —Abrió la puerta del todo hasta que golpeó contra la pared—. Pues mueve el culo y cuéntanoslo todo.

Odiaba que me dijeran qué hacer. Me sacaba de quicio y hacía que me rechinaran los dientes. Mi respuesta automática hubiera sido agarrarlo del cuello y estamparle la cabeza contra la pared. Pero como eso no me ayudaría a arreglar las cosas con Rome, dejé las manos quietas.

Entré y la vi de pie en el salón, con los brazos cruzados sobre el pecho. Llevaba una camiseta vieja y pantalones deportivos, y tenía el pelo recogido en un moño porque ya se había ido a la cama cuando Christopher llegó a casa y le contó la noticia.

La mirada que me dirigió fue aterradora.

Tanta rabia. Tanto odio.

Todo dirigido hacia mí.

Christopher cerró de un portazo una vez que estuve dentro.

—Dile la verdad, Calloway Owens... si es que ese es tu nombre real. Necesita oírlo de ti. —Alzó una mano hasta mi hombro para empujarme.

Eso era algo que no pensaba permitir. Le agarré la muñeca antes de que pudiera tocarme, advirtiéndole con la mirada.

—Entiendo que estás mosqueado, pero no me pongas un puto dedo encima.
—Le aparté la mano de un empujón, haciendo que se tambaleara ligeramente. Christopher me caía bien y no quería darle un puñetazo, pero si me presionaba, estallaría.

—Calloway. —La voz autoritaria de Rome me llegó al oído, haciendo que me olvidara del enfrentamiento con Christopher. Había fuerza, pero también un perceptible atisbo de traición.

Volví la mirada hacia ella y vi el implacable fuego de sus ojos. Movié los ojos de un lado a otro mientras me miraba a los ojos, buscando la verdad sin formular una sola pregunta. Aún tenía los brazos cruzados tensamente sobre el pecho; sus muros eran más altos que cuando nos habíamos conocido. Sentí que me sacudía una auténtica sensación de temor, porque la idea de perderla me resultaba extrañamente aterradora.

—Voy a darte el beneficio de la duda después de todo lo que hemos pasado juntos. —Incluso en chándal y con el moño suelto, parecía lista para asistir a los Oscar. Su confianza natural era su rasgo más atractivo. A pesar de lo que había visto su hermano, aún estaba dándome la oportunidad de contarle mi versión de los hechos. Eso hizo que la deseara todavía más—. ¿Es cierto todo lo que me ha contado Christopher? ¿Eres el dueño de un club de sado? —La voz le tembló al final, como si la palabra fuera una maldición.

Le sostuve la mirada y sentí cómo se me caía el corazón a los pies. A juzgar por la expresión de su rostro, cuando yo respondiera, terminaría conmigo. Estaba tan claro como el cielo en un día sin nubes.

—Christopher, ¿puedo hablar con Rome a solas?

—Ni de coña —ladró—. No tengo ni idea de quién eres.

—Christopher, no pasa nada —susurró Rome—. A lo mejor deberíamos mantener esta conversación en privado.

Cuando Rome le pidió que se marchara, Christopher no puso objeciones. Caminó hasta la puerta.

—Estoy a sólo una llamada... —Sus pasos sonaron contra el suelo de madera y después la puerta se cerró tras él.

Yo no aparté los ojos de la cara de ella en ningún momento. Aquellos seis últimos meses habían sido los mejores de mi vida. No estaba preparado para marcharme.

—¿Calloway? —insistió—. Responde mi pregunta.

Me pasé la mano por el pelo y por la nuca, queriendo darle la respuesta que ella deseaba oír, pero que tampoco era una mentira.

—Sí. —Bajé la mano y la apoyé en mi costado—. Llevo siete años dirigiéndolo. Era de mi padre y me lo dejó a mí.

Ella tensó los brazos y respiró hondo, como si le doliera escuchar la respuesta.

—Sólo puedo dar por hecho que no me lo has contado porque tú estás metido en ese estilo de vida... —No era realmente una pregunta porque era evidente que no quería oír la respuesta—. Sabías que yo no lo aprobaría.

—No.

Cuando volvió a posar los ojos en mí, había un pequeño brillo de esperanza.

—Iba a contártelo. De hecho, había planeado hablarte de ello esta semana. Esta pesadilla está ocurriendo porque todo ha coincidido de un modo muy inoportuno...

—¿Por qué esperaste tanto para contarme la verdad?

Esa era la parte difícil. No tenía ni idea de cómo reaccionaría.

—Porque quiero que tú también vivas en mi mundo. Sabía que no estabas lista para ello en estos seis meses. Estaba esperando hasta pensar que te lo plantearías.

—¿Plantearme el qué? —preguntó.

Metí las manos en los bolsillos, sabiendo que ese era el momento de la verdad.

—Ser mi sumisa.

Su rostro mantuvo exactamente la misma expresión, un exterior frío que era impenetrable. No estaba tan enfadada como yo había esperado. Descubrir que su novio estaba sentado en un club de sexo mientras ella dormía cabrearía a cualquiera.

No estaba seguro de que supiera siquiera qué era una sumisa.

—Soy un dominante, Rome. He heredado ese rasgo de mi padre y no puedo deshacerme de él. Sé que no voy a cambiar nunca. Esperaba que pudiéramos tener ese tipo de relación. Si necesitas más tiempo, lo entiendo. Pero espero que no rechaces la idea por completo.

Como si estuviera hablando para sí, susurró por lo bajo.

—Ahora todo tiene sentido...

Aún no lograba valorar su reacción. No parecía enfadada, pero tampoco parecía contenta.

Se rio de un modo sarcástico, aunque la situación no tenía nada de divertido.

—Sabía que eras demasiado bueno para ser verdad. En mi mente no paraba de saltar una alarma que me decía que algo malo tenías que tener... y aquí está.

El insulto se me clavó directamente en el pecho. Igual que todos los demás, ella pensaba que yo era un bicho raro. Yo había albergado la esperanza de que tuviera la mente abierta, pero parecía que eso no iba a suceder.

—Ni siquiera estoy enfadada —continuó—. Primero Hank, y ahora tú. —Sacudió la cabeza—. Tengo un gusto horrible para los hombres. Me rindo,

oficialmente. Estar soltera con un puñado de gatos ya no suena ni la mitad de mal.

—No conozco a Hank, pero te aseguro que no soy como él en absoluto.
—Tensé la mandíbula levemente, resintiéndome por la comparación. No quería que pensara nunca en otro hombre cuando estábamos juntos. Hank probablemente era un imbécil, pero yo me preocupaba por Rome de verdad.

—En realidad, sois exactamente iguales —susurró—. Y yo me siento una idiota por no haberme dado cuenta.

—Yo no quería...

—Te he entregado mi virginidad. —Volvió a reírse, pero se le acumularon lágrimas en los ojos—. Te he dicho que te quería. Acepté tu oferta de trabajo para estar más cerca de ti. Me siento... —Cerró los ojos un momento antes de abrirlos—. Me siento tan estúpida.

Me sentía como una mierda.

Peor que una mierda.

Me odiaba a mí mismo.

No: me despreciaba a mí mismo.

—Rome, no ha sido así. A mí me importas, mucho. En el momento en el que te vi en aquel bar, supe que tenía que tenerte. Durante los últimos seis meses, te he sido completamente fiel. Ni siquiera he mirado a otra mujer. He estado completamente entregado a esta relación: en corazón, en cuerpo, en mente y en alma. Todas y cada una de las palabras que te he dicho, las he dicho de verdad.

—Lo siento, Calloway —dijo con voz resignada—. Tenías segundas intenciones durante toda la relación. Ahora mismo no puedo fiarme de nada de lo que digas.

Joder, eso dolía.

Y dolía aún más porque me lo merecía.

—No te he mentado nunca. Es sólo que no te conté este aspecto de mi vida,

porque quería esperar hasta creer que estabas preparada para saberlo.

—No, me has ocultado cosas a propósito durante seis meses. Me engañaste con respecto al hombre que eres realmente. No me hablaste de tus preferencias sexuales y me llamabas Vainilla como si fuera algo bonito. A lo mejor nunca me has mentado directamente porque nunca te he preguntado al respecto, pero esto es peor. No sé qué es real y qué no lo es.

Esto iba mucho peor de lo que yo había imaginado. Creía que no accedería a ser mi sumisa, pero no creía que consideraría toda nuestra relación como algo sin sentido. Yo no me sentía así en absoluto.

—Cariño, no es así... Me han encantado todos los momentos contigo. No quiero estar con nadie más.

—Aunque eso sea cierto, no cambia el hecho de que me has hecho daño... mucho. —Retrocedió, poniendo más distancia entre nosotros—. Porque yo estaba apostando fuerte por esta relación, y tenía la esperanza de que durara para siempre. Sin embargo, tú ya conocías el final antes del comienzo.

—En mi defensa diré que ya te había dicho que no estaba interesado en el matrimonio ni en una relación para siempre. —Tal vez ella no me había creído en ese momento, pero lo había dicho de verdad—. Te lo dije justo al principio, para que no te hicieras ilusiones.

Me sostuvo la mirada; el recuerdo se reflejaba en la superficie de sus ojos.

—Christopher me dijo que lo ignorara...

—¿Por qué te dijo algo así?

—Porque decía que todos los tíos dicen justo lo mismo... hasta que encuentran a la mujer sin la que no pueden vivir.

Noté un dolor seco en el pecho, cálido y frío al mismo tiempo. No entendía la sensación o lo que significaba. Lo único que sabía era que lo sentía.

—Es evidente que se equivocaba... Yo me equivocaba.

—Rome, lo estás mirando de un modo equivocado. Sí que quiero que esto dure para siempre. Sólo deseo que nuestra relación sea un poco diferente. Eso es todo.

—Quieres decir que quieres hacerme daño. —Rompió el contacto visual porque ya no podía seguir mirándome—. Quieres atarme y darme una paliza. Sí, suena que te cagas... Pero yo paso.

—No es así. —Ni de lejos—. Todas las cosas que ya hemos hecho son antecedentes a eso. Disfrutarías de ello. Disfrutarías de mí. Te lo prometo.

—No, no disfruto de que me den órdenes. —Vamos, Calloway—. Se giró hacia mí con un gesto de desdén en la cara—. ¿Acaso me conoces siquiera?

El insulto me abrasó la piel.

—Sí, te conozco. Sé lo mucho que te excitaste al abofetearme. Las dos veces. Sé lo mucho que te gustó tener mi polla en el culo. Sé lo mucho que te gusta que te dé órdenes cuando estamos en el dormitorio. Deja de pensar en esto como si fuera o blanco o negro. Dale una oportunidad, Rome.

—No. —Agitó la cabeza; sus ojos dejaban ver su resistencia—. Ya he pasado por esto antes y no voy a volver a hacerlo. Me habrías ahorrado mucho tiempo y también sufrir por esta ruptura si simplemente hubieras tenido los cojones de ser sincero conmigo.

Me centré sólo en lo primero que dijo.

—¿Ya has pasado por esto antes? —¿Cómo podía haber formado parte de ese estilo de vida si era virgen?—. ¿Qué significa eso, Rome?

Suspiró, como si no estuviera segura de querer contarme la historia.

—Cuéntamelo. —Mantuve un tono educado para no alejarla más. Yo siempre sería autoritario, pero, por suerte, era capaz de controlarlo cuando estaba con ella... en gran medida.

—Cuando acabé la universidad, me mudé a Nueva York por trabajo. Tenía un montón de préstamos de estudios que pagar y ningún modo de pagarlos. Durante un tiempo, viví en un estudio con otras tres chicas. No pude encontrar un trabajo con un sueldo suficiente y al final acabé viviendo en la calle. Christopher estuvo en la misma situación que yo durante un tiempo porque no tenía ni un duro en la cartera mientras estaba haciendo prácticas.

Ahora deseaba no haber preguntado nunca. Imaginármela durmiendo en un

saco de dormir en la acera me hizo odiarme por vivir en mi mansión. Quería cuidar de ella. Deseaba echar el tiempo atrás y llevármela a casa, agasajarla con ropa cálida, comida y cualquier otra cosa que quisiera.

—Un día, se me acercó un hombre muy amable y me dio cien pavos. Me sentí tan agradecida que me eché a llorar. Me metió en uno de los complejos de apartamentos que tenía en propiedad para que tuviera un lugar en el que quedarme con Christopher. Cuando las cosas estuvieron resueltas, me pidió salir. Yo creía que era guapo y compasivo así que, por supuesto, le dije que sí. Pero después me pidió hacer cosas para las que no estaba preparada. Le dije que no y lo aceptó... durante un tiempo. Pero luego se enfadó cuando no se salió con la suya, amenazándome con quitarme todo lo que me había dado. Cuando me negué a acostarme con él, me rompió el brazo y me dejó sin conocimiento...

Las lágrimas me anegaron los ojos, quemándolos porque mis lagrimales no habían producido líquido en mucho tiempo. La idea de que Rome hubiera sufrido me destrozaba por dentro. El hecho de que un hombre se hubiera aprovechado de ella cuando no le quedaba nada en el mundo me ponía enfermo.

—Quería que me sometiera a él. Quería controlarme. Disfrutaba haciéndome daño. El brillo de sus ojos cuando oyó cómo el hueso se me partía en dos... es algo que no olvidaré nunca. —Miró fijamente el suelo al terminar la historia—. Así que nunca seré tu sumisa, Calloway. Ya me han usado y maltratado una vez en el pasado, y no pienso tolerarlo nunca más.

Tenía que marcharme de allí, porque el dolor era insoportable. No podía seguir haciéndole frente, no mientras sentía cómo mi cuerpo empezaba lentamente a resquebrajarse. Me di la vuelta y me acerqué a la ventana del salón, mirando desde arriba el tráfico que había abajo. Mi rostro estaba oculto y tenía la respiración bajo control. Pero mi intimidad momentánea permitió que una lágrima escapara por el rabillo del ojo derecho, rodara por la mejilla y cayera al suelo.

Me tomé un momento para centrarme, sin ceder ante la aflicción sobrecogedora que me recorría el cuerpo. No me había sentido así desde que metí a mi madre por primera vez en la residencia. La idea de que a Rome la hubieran tratado así me asqueaba, me mataba.

No estaba seguro de cuánto tiempo me quedé allí, pero pareció ser una eternidad. Me concentré en inhalar y exhalar, disipando la agonía y la ira que tenía dentro. Necesitaba permanecer tranquilo, porque un arrebato de ira no arreglaría mi situación actual. Lo que le había ocurrido a Rome pertenecía al pasado y, no importaba lo poderoso que fuera yo, no podía cambiar el pasado.

Sólo podía cambiar el futuro.

Una vez que me recompuse lo suficiente como para enfrentarme a ella, me di la vuelta de nuevo y caminé hacia donde estaba, en la parte opuesta del salón. Estaba exactamente donde la había dejado, con los brazos aún cruzados sobre el pecho. Ahora mostraba un aspecto derrotado, y parecía vacía.

—Hay algunas cosas que me gustaría decir —susurré—. Espero que me escuches.

Lo único que obtuve por respuesta fue el contacto visual.

—Lo que te hizo... —No pude acabar la frase porque la furia empezó a aumentar de nuevo—. Es completamente diferente al tipo de relación que yo quiero. Yo nunca te haría daño, Rome. Nunca haría nada que no quisieras explícitamente que hiciera. Nuestra relación se basaría en la confianza. Yo daría las órdenes, pero tú tendrías todo el control. Con una sola palabra, podrías hacerme parar al instante. Sólo habría placer, te lo prometo.

Sacudió la cabeza, la respuesta que yo no quería recibir.

—Christopher me ha hablado de las cosas que ha visto dentro del Ruin. Mujeres con cadenas en el cuello mientras los hombres las sujetaban como a perros con correa. La forma en que los hombres ni siquiera permiten que sus mujeres hablen delante de otros hombres. El modo en que las fustigan en las salas de juegos hasta que tienen la piel amoratada. Como feminista, me horroriza que haya siquiera mujeres que participen en ese mundo. No me avergüenza decir que busco el amor verdadero. Quiero a un hombre que me quiera con todo su corazón, que sea amable conmigo, que se sienta satisfecho cuando haga el amor conmigo. Quiero a un hombre que no se corra al hacer daño a su mujer. —Los ojos le ardían mientras me miraba—. A lo mejor a ti te va ese rollo, pero a mí sin duda no.

Ella no lo entendía, y ahora me temía que no lo hiciera nunca.

—Lo estás viendo desde una perspectiva externa. En realidad no es así.

—Entonces, ¿me estás diciendo que las cosas que me ha contado Christopher son mentira?

—Para nada. —Sin duda eran ciertas. Yo había puesto una cadena alrededor del cuello de Isabella varias veces—. Sí, ocurre todos y cada uno de los días. Pero no tenemos que hacer nada que no quieras hacer, Rome. No me estás escuchando.

—No —se burló—. Eres tú el que no me estás escuchando a mí. No quiero tener nada que ver con tu inframundo y no voy a cambiar de opinión.

La estaba perdiendo.

—Puede que yo tenga el control, pero tú tienes todo el poder, cariño. Nunca haría nada que no quisieras que hiciera. ¿Lo entiendes? Nunca te pondría una cadena en el cuello a menos que tú me lo pidieras. Nunca te diría que estuvieras callada delante de otros dominantes si tuvieras algo que decir. Se te está olvidando el hecho de que todo esto es consensuado. Es decir, ambas partes lo desean. Tú y yo podemos tener el tipo de relación que quieras. Ya hacemos cosas que me gustan. Me encantó atarte al cabecero, y sabes que a ti también. Así que no lo descartes del todo sólo porque no lo entiendas.

Ella sólo negaba con la cabeza.

—Rome, por favor, sólo piénsalo.

—No —dijo con frialdad—. Tú y yo queremos cosas diferentes. Nunca voy a ser tu sumisa, Calloway. Acéptalo y sigue con tu vida.

Bajé la cabeza decepcionado, luchando por aceptar la verdad. No iba a conseguir lo que quería con la única mujer a la que deseaba de verdad.

—¿Y si damos pasitos pequeños? ¿Y si intentamos...?

—No. —Apartó la cabeza, ya sin mirarme.

Nuestra relación ya había ido más allá del sexo normal. La había tomado con brusquedad de muchas maneras. Le había pedido que hiciera cosas por mí y

ella ni siquiera se había dado cuenta. Sus prejuicios contra aquel mundo eran injustos. Lo que Hank le había hecho era una agresión física, un delito. Pero no parecía que pudiera argumentar más mi opinión.

—Presentaré mi dimisión mañana por la mañana.

Yo ni siquiera me había planteado nuestra relación laboral.

—Por favor, no hagas eso.

—No puedo trabajar contigo todos los días, Calloway. No importa lo mucho que me guste mi trabajo.

Me volvería loco si no tenía algún tipo de conexión con ella. Si no volvía a verla, perdería la cabeza.

—Rome, eres perfecta para el puesto. Piensa en todas las cosas que has hecho este último mes. Las personas de Nueva York te necesitan. Por favor, no te marches por mí. No sería justo para los demás.

—Pero no puedo...

—Puedo ser profesional, Rome. Tú y yo somos adultos maduros capaces de llevar esto bien. Estemos juntos o separados, hacemos un equipo muy bueno, de verdad. No nos carguemos eso.

Cerró la boca, sin nada que decir en respuesta. Le encantaba su trabajo. Era evidente cada vez que la veía en la oficina, cada vez que hablaba de un proyecto nuevo en el que estaba trabajando. Tenía el tipo de compasión que era necesaria para Humanitarians United. Francamente, era la persona más cualificada del edificio.

Al menos podría verla todos los días, aunque no la viera todas las noches.

Al ver que no decía nada más, di por hecho que eso significaba que se quedaría en el equipo.

—No te entiendo, Calloway. Creía que sí, pero la verdad es que no. ¿Cómo puedes dirigir un lugar como el Ruin y después ir a trabajar todos los días a un sitio como Humanitarians United? Es como si fueras dos personas diferentes.

—Porque soy dos personas diferentes. Creé Humanitarians United para contrarrestar las cosas horribles que mi padre hizo a personas inocentes que no tenían modo alguno de luchar contra él. Lo dirijo todos los días para compensar las cosas turbias en las que estoy metido... Para redimirme.

Ella contempló mi expresión; sus pensamientos eran un misterio.

Ahora no había nada más que pudiera hacer además de marcharme... pero eso me parecía imposible.

—No quiero que esto termine...

—Tiene que terminar. Tú y yo queremos cosas diferentes y ninguno de los dos va a cambiar de opinión.

No, yo nunca podría dejar de ser quien era realmente. Sólo podía combatirlo durante cortos periodos de tiempo. Y después de que Rome me hubiera explicado lo que le había ocurrido, no podía culparla por tener miedo. Le había mentido durante los últimos seis meses. No me sorprendía que tuviera las defensas levantadas otra vez.

—Ojalá me hubieras contado la verdad, Calloway. Enterarme por Christopher... —No terminó la frase.

Esa misma tarde había decidido sentarme y contárselo todo. Pero decirle eso ahora serían palabras vacías. Ahora tenía que salir de su apartamento y no mirar atrás. Tendría que verla en el trabajo todos los días y saber que ya no era mía. Tendría que dormir en mi gran cama solo, deseando que estuviera a mi lado. Tendría que encontrar una sumisa que pudiera complacerme, pero pensar en cualquier otra mujer que no fuera Rome casi me repugnaba.

—Ya lo sé.

Calloway

LA IRREVOCABILIDAD DE LA RUPTURA NO ME GOLPEÓ HASTA QUE LLEGUÉ A casa.

Una vez que estuve dentro de casa y acepté que ella no vendría conmigo, me di cuenta de que estaba realmente solo. La enorme cama de la planta de arriba me parecería el doble de grande sin nadie con quien compartirla. Sólo prepararía la cena para una persona cada noche. Cuando me sentara en el sofá y viera la tele, ella no se recostaría sobre mi pecho, rozándome el cuello con el pelo.

Rome se había ido de verdad.

Mi primer instinto fue dirigirme al armario de los licores.

Y ahogar mis penas en alcohol.

Me senté a la mesa de la cocina de cara al jardín de atrás mientras colocaba la botella de *whisky* escocés y el vaso sobre la mesa. Me quedé mirando la etiqueta antes de servirme una copa y hacer girar los cubitos de hielo. Después me la bebí de un solo trago, sintiendo cómo el fuego me bajaba por la garganta hasta el estómago.

—Joder. —Me incliné sobre la mesa y me froté la sien, dándome cuenta de que hacía seis meses que no caía así de bajo. Una de las primeras veces que se había quedado a dormir, había tenido una pesadilla y yo había intentado aletargarme bebiendo. Pero aquella mujer me había enseñado a meterme la

bebida por el trasero y a superarlo.

Ya la echaba de menos.

Pensé en el transcurso de nuestra relación y me pregunté que podría haber hecho para salvarla. Si le hubiera dicho la verdad antes, ¿estaría aún en mi vida? Si me hubiera apartado del Ruin antes de que Christopher apareciera, ¿podría haberle dado la vida que ella deseaba? Había muchas posibilidades diferentes, pero todas ellas llevaban al mismo resultado.

Perderla.

Había sido feliz con Isabella hasta que descubrí a Rome en aquel bar. En cuanto rompí con Isabella, había dejado de sentir nada por ella. No hubo dolor ni arrepentimiento. Como si nunca hubiera ocurrido, era apenas un recuerdo.

Pero con Rome, sentía como si me estuviera muriendo un millón de veces.

Era pura agonía.

Nunca me había sentido tan mal, ni una sola vez.

Saqué el teléfono y, sin pensar de verdad, llamé a Jackson.

—¿Qué ha pasado? —soltó en el instante en que respondió la llamada—. ¿Te ha delatado Christopher?

—Pues claro. —Me llené otro vaso, derramando gotas de *whisky* sobre la mesa—. Se lo ha contado todo a Rome.

—¿Y?

—Me ha dejado. —Costaba decir las palabras en voz alta. Era mucho peor que decirlas en mi cabeza. Cerré los ojos y sentí un golpeteo en la sien por la migraña.

Jackson se percató de mi tono de resignación. No se regodeó, ni siquiera pareció feliz. Fue una de las excepcionales ocasiones en que verdaderamente mostró compasión.

—Lo siento, tío...

Yo no tenía ningún amigo, porque prefería la soledad. Los conocidos eran más fáciles, mucho más sencillos. Las amistades implicaban expectativas, y las expectativas siempre llevaban a decepciones. Y las decepciones conducían a la reevaluación de dichas amistades. Así que Jackson era lo único que realmente tenía.

—No quiere tener nada que ver con nuestro estilo de vida. No tengo más remedio que aceptarlo.

—Ahora mismo es una mierda, pero lo superarás, Cal.

¿Lo haría? La sensación que notaba en el estómago era algo nuevo. Me sentía mareado.

—¿Estás bebiendo?

—¿Qué otra cosa iba a estar haciendo? —Acabé el vaso y lo golpeé contra la superficie de madera.

—¿Quieres venir a mi casa?

—No. —Permanecí sentado en la oscuridad y miré por la ventana, escuchando el recuerdo de la risa de Rome en los oídos.

—¿Sabes? Si esta mujer es diferente, a lo mejor deberías probar el estilo vainilla. No serías el primero. —Jackson había pasado un montón de tiempo dándome la vara por haber dado la espalda al Ruin y ahora me estaba animando a que lo hiciera.

—Los dos sabemos que no podría hacerlo. Al menos no para siempre. —Al final habría algo. Tendría que estallar y hacerle daño porque se negaría a permitirme que la atara. Tendría que encontrar a alguien que sí me permitiera hacerlo.

—Lo siento —dijo por tercera vez—. ¿Puedo hacer algo?

Me quedé mirando la botella de *whisky*, observando que estaba medio vacía.

—No. Nadie puede hacer nada por mí.

ESA NOCHE NO DORMÍ.

Me quedé en la mesa del comedor y me puse como una cuba. Cuando el sol salió a la mañana siguiente y eché un vistazo a través de las persianas, no estaba sobrio del todo. Pero tampoco estaba borracho. Me di una ducha caliente y me puse el primer traje que pude encontrar.

Tenía ganas de ver a Rome en la oficina. Una estúpida parte de mí tenía la esperanza de que se lo hubiera vuelto a pensar durante la noche y hubiera decidido darnos otra oportunidad. Pero el hombre pragmático que había en mi interior sabía que no había ninguna posibilidad de que aquello sucediera, jamás.

Así que ahora me daba miedo.

No tendría que interactuar con ella a menudo, pero siempre cabía la posibilidad de verla de forma regular. Tal vez nos cruzáramos en el pasillo mientras íbamos a comer. Quizás estaría en la sala de conferencias con su equipo cuando yo pasara por delante. Había infinitas situaciones en las que mis ojos podrían posarse en ella.

Llegué a la oficina más tarde de lo normal y cogí los mensajes de mi secretaria. No vi a Rome en el pasillo y no pasé por delante de su oficina a propósito. Una vez que estuve tras las puertas negras y tuve intimidad total, me pellizqué el puente de la nariz con los dedos, soltando un suspiro que arrastraba mi dolor.

Tenía que recuperarme de esto.

Rome sólo era una mujer.

Iban y venían.

Aparté mi mente del tema y me puse a trabajar, pero mi concentración duró una hora, como mucho. Mis pensamientos se desviaban hacia esa morena de pecho generoso, y esas piernas largas no se apartaban de mi la cabeza. No sólo echaba de menos tenerla en mi cama porque el sexo fuera fantástico. Echaba de menos abrazarla, rozarle el pelo suave con los labios. Echaba de menos contarle cómo me había ido el día, contarle cosas que nunca le había contado a nadie.

Sentía como si hubiera perdido a una amiga.

El día no acabaría lo bastante pronto. Estaba ansioso por marcharme del espacio de trabajo que compartía con ella. Fingir que todo iba bien ante todas las personas con las que hablaba era mucho más difícil de lo que había pensado que sería.

Cuando por fin llegué al final del día, sentí que parte del estrés se desvanecía. Caminé hasta los ascensores y cogí uno justo cuando se abrieron las puertas. Entré y pulsé el botón del vestíbulo.

Como era el hombre con menos suerte del mundo, Rome giró la esquina; era evidente que ella también había acabado su jornada. Se paró en seco al verme y sus ojos se clavaron en los míos de inmediato. Pareció que no iba a coger el ascensor, pero habría sido estúpido que no lo hiciera. No sería raro que tuviera que esperar diez minutos a que llegara el siguiente.

Sostuve la puerta abierta y le hice un gesto con la cabeza para que entrara.

Agarró con fuerza el bolso que llevaba al hombro, como si yo pudiera arrebatárselo, y entró en el ascensor.

Solté la puerta y volví a mi lado, con las manos en los bolsillos.

El ascensor empezó a moverse y pasaron los dos minutos más tensos de mi vida.

Rome miraba hacia cualquier cosa menos a mí, y mantuvo los ojos clavados en la puerta de metal que tenía delante. Se puso el pelo sobre un hombro, intentando impedir que le viera la cara. Su perfume llenaba el reducido espacio; era un aroma a flores de verano.

Ahora la echaba de menos todavía más.

Quería decir algo, pero no sabía si era demasiado pronto. ¿Era mejor que simplemente me quedara callado? ¿Debería saludarla? ¿Era más o menos incómodo decir algo?

—He recibido tus informes presupuestarios. He aprobado todo lo que has pedido. —No sería inteligente hablar de nuestra relación, no cuando habíamos roto veinticuatro horas antes. Pero hablar del trabajo era seguro.

Era mejor que no decir nada en absoluto.

—Genial. —Su hermosa voz sonó suave—. Gracias.

—Tengo algunos posibles donantes a los que recurrir. Si los pillamos, este año podremos hacer más. Ya veremos.

Asintió, pero no dijo nada.

Cuando el ascensor se detuvo y las puertas se abrieron, ella salió primero.

—Le veo mañana, señor Owens.

Señor Owens.

Joder, odiaba que me llamara así. Tan impersonal. Tan vacío de significado. Yo era mucho más para ella que el puto señor Owens.

—Que tengas una buena noche, Rome. —No me avergonzaba admitir que me quedé mirándole el culo mientras se alejaba, contemplando cómo se movía de un lado a otro dentro de su vestido ceñido.

Probablemente esa noche me masturbaría con aquella imagen.

EN CUANTO LLEGUÉ A CASA, me lancé otra vez a por la bebida.

Tampoco es como si tuviera otra cosa que hacer.

Mi armario bar era impresionante porque coleccionaba vinos de calidad y *whiskies* añejos. A veces también tenía *bourbon* y *whisky* irlandés. Irónicamente, no me interesaba la cerveza. Demasiado floja para lo que yo estaba acostumbrado.

Alguien llamó a la puerta principal y mis esperanzas dieron un brinco de inmediato, esperando encontrar a una persona allí de pie.

Rome.

Sólo ella y Jackson sabían dónde vivía. Y era poco probable que Jackson hubiera decidido plantarse ante mi puerta.

Rome.

Abrí la puerta principal sin molestarme siquiera en comprobar quién estaba al otro lado. Quería encontrarme cara a cara con la preciosa mujer que estaba continuamente en mi cabeza. Quería oírle decir que me aceptaría por lo que era y que haríamos que funcionara de algún modo.

Pero era Christopher.

Con aspecto de estar igual de enfadado.

Y Rome no estaba con él.

—No vengo con intención de partirte la cara. —Cruzó los brazos sobre el pecho—. Pero si dices algo, a lo mejor cambio de idea.

La decepción se expandió por mis pulmones y continuó hacia mi estómago. Era la última persona a la que me apetecía ver.

—¿Qué quieres, Christopher?

—¿Qué vas a hacer con el apartamento? Yo puedo marcharme en el plazo de un mes, pero Rome va a tener que irse a otro sitio. No habrá espacio para ella.

—Os vais a quedar ahí. —Aunque no fuera mía para que yo la cuidara, me gustaba saber que estaba a salvo—. No quiero el apartamento. Quédatelo.

Su enfado no se aplacó en ningún momento.

—¿Se supone que eso tiene que hacer que me caigas bien?

—No. Ya veo que tu odio no es algo pasajero.

—Y tanto que no. —Dejó caer los brazos a los lados y se crujió los nudillos—. Eres un maldito imbécil. Menuda cara tienes...

—Mira quién habla —espeté—. Eres tú el que quería apuntarse al Ruin. —Si iba a juzgarme, más valía que su historial estuviera reluciente.

Mantuvo el dedo alzado como si estuviera demostrando algo.

—Yo soy un tío soltero que puede hacer lo que quiera. Siempre he sido sincero sobre mis verdaderas intenciones con las mujeres. Si a ti te mola ese

rollo fetichista, me importa una mierda. Pero hiciste que Rome perdiera la cabeza por ti fingiendo ser un filántropo caritativo, y era todo un hatajo de mentiras. Eso es imperdonable, Cal. Y los dos lo sabemos.

—Soy un filántropo caritativo. Pero también me encanta el Ruin.

—No puedo ni imaginarme las mierdas que hacías a espaldas de Rome todas las noches, mientras ella dormía al otro extremo del pasillo de mi habitación. Eres un cabrón. Te mataría si pudiera librarme de ello.

Sabía que lo decía de verdad.

—Christopher, dirijo el negocio, pero nunca he traicionado a Rome. He mantenido las manos quietecitas. Ni siquiera he mirado a otra mujer.

Se me quedó mirando con expresión fría.

—Sé que me crees. —Era algo instintivo, una sensación que podía percibir—. Era feliz con Rome y nunca he necesitado a nadie más. Mi hermano Jackson es demasiado estúpido para estar al mando, así que tengo que hacerlo yo. Sí, soy un dominante y normalmente tengo una sumisa, pero no he participado en este estilo de vida desde el día en que conocí a tu hermana.

Al ver que Christopher se quedaba callado, supe que había percibido la sinceridad de mi voz.

—La echo de menos. —Normalmente nunca le diría eso a otro tío, pero estaba en mi peor momento—. La echo de menos una barbaridad y me gustaría que pudiéramos arreglarlo. Pero no quiere tener nada que ver conmigo, y yo lo respeto.

—¿Por qué no se lo dijiste y punto?

—Iba a hacerlo. Estaba esperando el momento adecuado.

—¿Y no has encontrado ni una oportunidad en los últimos seis meses?
—preguntó con incredulidad.

—Es que no creía que estuviera preparada. —No iba a entrar en detalles sobre mi relación con Rome. No era su hermana de verdad, pero aun así era incómodo hablar de ello—. Me contó lo de Hank y, sinceramente, no puedo

culparla por sentirse así.

Levantó una ceja.

—¿Te habló de Hank?

Asentí, sintiendo que me hervía la sangre al recordar la historia.

—Me dijo que le rompió el brazo por dos lugares distintos porque no quería acostarse con él.

Siguió mirándome fijamente como si yo fuera a decir algo más.

—¿Te contó algo más?

—No.

¿Había algo más?

Christopher se pasó las manos por el pelo oscuro, con ojos crípticos.

—Si te parece bien, entonces nos vamos a quedar allí. Acabamos de mudarnos y sería una putada volver a meterlo todo en cajas.

—Quédatelo. —Sólo deseaba poder darle el apartamento a Rome, en vez de a él. Deseaba poder montar una lotería falsa y darle tanto dinero que no supiera qué hacer con él. Ella ya era una mujer poderosa, pero yo quería darle más poder. Quería que estuviera por encima de todos los demás, donde nadie se planteara siquiera ponerle una mano encima. Si pudiera darle una corona, lo haría.

—Gracias... —Se metió las manos en los bolsillos y retrocedió ligeramente—. Bueno, pues supongo que aquí se acaba todo.

Mi desdicha se debía a perder a Rome, pero también me daba pena perder a Christopher. Lo consideraba un amigo, no sólo su hermano.

—Sí... supongo que sí.

Extendió la mano para estrechar la mía.

La miré, conmovido por el gesto. A pesar de lo enfadado que estaba conmigo, aún sentía algo de afecto por mí. Le estreché la mano.

—No entiendo realmente qué es lo que ha ocurrido con Rome, pero noto que te importa de verdad.

—Más de lo que imaginas. —Bajé la mano y me aclaré la garganta.

—Buena suerte. —Asintió brevemente antes de salir de mi porche y dirigirse a la acera. No se giró mientras se alejaba, metiendo las manos en los bolsillos para resguardarse del frío.

Le vi marcharse, sintiendo que Rome salía de mi vida una vez más.

Cuando su sombra desapareció, volví a entrar y fui directo a por los licores.

Rome

CHRISTOPHER ME MIRABA COMO UN HALCÓN, TODOS Y CADA UNO DE LOS DÍAS. No tenía citas, ni salía con los compañeros de trabajo. Tampoco jugaba a los videojuegos y se decantaba por ver lo que fuera que yo estuviera viendo en la televisión. No me hacía muchas preguntas, pero se mantenía pegado a mi lado como si pudiera desmoronarme.

Sí, haber perdido a Calloway era duro.

Saber que me había mentido era más duro aún.

Verlo cada día en el trabajo era desgarrador.

Pero no pensaba derramar ni una lágrima. No iba a ceder ante el dolor. No iba a dejar que la vida se me escapara. Calloway me había hecho daño de tantos modos que no sabía ni por dónde empezar. Me había engañado intencionadamente, y yo me sentía como estúpida por haber confiado en aquel hombre. Así que, si dejaba que me destrozara como había hecho Hank, dejaría que Calloway ganara.

Y no podía dejar que ganara.

Me preparé un bocadillo y me senté en el otro sofá, ignorando la mirada penetrante de Christopher. No estaba segura de si estaba intentando o no ser discreto, pero su preocupación constante era tan obvia como el sol.

Al final saltó y apagó la televisión.

—Mira, tenemos que hablar.

—¿De? —Me metí una patata frita en la boca y la mastiqué con lentitud.

—Sé lo que estás haciendo y no va a funcionar.

—Sólo estoy comiéndome un bocadillo. ¿Qué crees que estoy haciendo?

—Ahora no te hagas la listilla. —Se inclinó hacia adelante, apoyando los antebrazos en las rodillas—. Desde que rompisteis, has actuado como si todo fuera bien, como si nada hubiera cambiado. Pero ha cambiado todo, Rome. No puedes ignorar el dolor y olvidar que la relación ha existido.

—Aprecio tu preocupación. —Mantuve la voz calmada, intentando hacer que se relajara—. Pero estoy bien, de verdad. Calloway me mintió y eso me ha dolido, no te voy a decir que no. Pero tampoco voy a quedarme sentada llorando todo el día. Yo no soy así, y los dos lo sabemos.

—Creo que ignorarlo por completo tampoco es bueno.

—Estoy bien. —Sabía que me estaba mintiendo a mí misma, pero si mentía suficientes veces, tal vez se haría realidad.

Suspiró y se recostó en el sofá.

—Está hecho un desastre.

Estaba a punto de darle un mordisco al bocadillo cuando cambié de opinión.

—¿Lo has visto?

Asintió.

—Hace unas noches.

—¿Por qué? ¿Dónde?

—Fui a su casa y le dije lo que pensaba.

Ah, genial.

—Christopher... no merece la pena.

—Demasiado tarde. Ya le he echado la bronca.

—¿Cómo sabías siquiera dónde vivía?

—Porque no soy idiota y soy capaz de enterarme de las cosas. —Cruzó los brazos, con las cejas fruncidas y tensas—. Y cuando acabé de dejarle las cosas claras, la verdad es que me sentí mal por él.

—Pues no lo hagas. —Calloway no se merecía nada de compasión.

—Sé que mi opinión da igual, pero a pesar de lo que hizo, creo que le importas de verdad.

No me importaba cómo se sintiera Calloway. No me lo había demostrado al mentirme durante tanto tiempo y sobre algo tan importante. Le gustaban las cadenas y los látigos, y que las mujeres se sometieran a él como esclavas. Yo no podía ser más diferente, con un carácter tan fuerte y rígido que nunca me sometería, ni siquiera por él.

—Ha tenido un modo extraño de demostrarlo.

Christopher me dirigió una mirada triste y se quedó callado.

Me sentía estúpida por haberle dado tanto de mí a Calloway. No sólo mi virginidad, sino también mi corazón. Le había dicho que le quería y, hasta la semana anterior, creía que él sentía lo mismo, aunque no me lo dijera. Sentía una conexión especial con él, un compañerismo que podría durar toda una vida. Era mi mejor amigo, y sentía que hubiera perdido más que a un novio.

Si pensaba en ello demasiado tiempo, la depresión empezaría a aumentar y me hundiría. Así que me concentré en el bocadillo y cambié de tema.

—¿Vas a seguir yendo al Ruin?

Negó con la cabeza.

—Conflicto de intereses grave.

—A mí no me importa que vayas, Christopher.

—Ya lo sé, pero, aun así, no me interesa. Hay un montón de clubs de perversión más en la ciudad. Si me aburro, puedo explorar uno de esos.
—Finalmente apartó la mirada de mi rostro y dejó de contemplarme con tanta atención—. Entonces... ¿vas a seguir trabajando con él?

Me decía a mí misma que podía hacerlo, que podía verlo todos los días y seguir manteniendo la cabeza alta, pero cuando lo veía en el pasillo o en el ascensor, sentía que el corazón se me hundía hasta el estómago.

—Me encanta mi trabajo y nunca voy a encontrar otro así.

—Entonces supongo que eso es un sí.

—Me ha pedido que me quede porque cree que soy la mejor persona para el puesto. No ha mencionado nuestra relación ni una sola vez mientras estamos en el trabajo. Parece que está funcionando bastante bien. Supongo que creía que tal vez intentaría perseguirme... pero no lo ha hecho.

Christopher volvió a dirigir la mirada hacia mi cara.

—Pareces decepcionada.

—No lo estoy.

Me dirigió esa mirada de complicidad, como si pudiera ver algo escrito en mi cara.

—¿De verdad puedes no estar con él? ¿O es sólo que estás enfadada con él?

—¿Qué me estás preguntando? —No tenía ni idea de a qué tipo de conclusión estaba intentando llegar.

—Estoy preguntándote exactamente lo que te he preguntado. ¿De verdad no quieres estar con Calloway, o es sólo que necesitas un descanso? Son dos cosas completamente distintas.

—No. No puedo estar con él. —Era así de simple.

—¿Aunque le quieras?

—Él no me quiere a mí, ¿te acuerdas?

—A lo mejor no, o a lo mejor sí.

Lo miré con suspicacia.

—¿Qué estás diciendo, Christopher?

—No lo sé... Sé que lo que hizo estuvo mal, pero me sigue cayendo bien,

¿sabes? Tiene algo que... se hace querer.

Era evidente. Si no, ¿por qué iba a haberme enamorado de él tan rápido?

—Sí, tiene mucho carisma.

—Supongo que lo comprendo porque en realidad no somos tan diferentes.

—Sí que lo sois. —Como el día y la noche.

—Mira, yo soy un cerdo, igual que él. Me gustan las cosas pervertidas y las chicas fáciles. Pero sé que, si conociera a la mujer adecuada, me dejaría de bobadas y sería el hombre que ella se merece. Tal vez él tenía ese estilo de vida, pero eso no lo convierte en mal tipo.

Christopher no conocía toda la historia.

—Es más complicado que todo eso.

—¿En qué sentido?

—Mira, no quieres saber estas cosas, Christopher. Aprecio tu preocupación, pero es innecesaria.

—¿Por qué iba a preguntar si no quisiera saberlo? —pregunté.

—Porque son cosas personales. Yo no quiero saber nada de tus amiguitas.

—Ya, porque no es más que sexo. Lo que tú tenías con Calloway era distinto, así que cuenta. —Se crujió los dedos—. Soy todo oídos, sin juzgar. No voy a vomitar ni a vacilarte por nada.

Sabía que sus intenciones eran buenas, así que se lo conté.

—El único problema no es que Calloway me mintiera, sino que no quiere dejar de hacer lo que hace.

Frunció el ceño, sin comprender del todo lo que decía.

—¿Y eso es?

—Quiere ser mi dominante. Es lo que quería desde el principio. Me dijo que quería doblegarme antes de llevarme a ese extremo. Por eso no me contó la verdad en tanto tiempo, porque tenía miedo de espantarme.

—Ah... —Christopher asintió, comprendiéndolo.

—Y yo no quiero tener nada que ver con ese estilo de vida. No soy así y no es eso lo que defiendo. No quiero a un tío que necesite pegarme para correrse.

Volvió a asentir.

—¿Y no está dispuesto a dejarlo?

—Dice que él es así y que no va a cambiar.

Christopher movió los ojos hacia el suelo, sintiéndose más melancólico.

—Me lo creería, pero es que algunas partes no me cuadran... ¿Por qué iba a estar contigo seis meses, renunciando a ese estilo de vida, si no pudiera dejarlo para siempre?

Llevaba mucho tiempo dándole vueltas a aquella idea en el fondo de mi mente. No quería pensar en ello porque me dolía demasiado. La verdad era suficiente para destrozarme, para hacerme convulsionar de agonía.

—Porque nunca renunció a ello. Todas esas noches en las que estuvo allí y yo estaba aquí... A saber qué estaba haciendo en realidad.

—Se lo pregunté. Me dijo que siempre te ha sido fiel.

—Pero ¿cómo podemos saber que eso es verdad? —susurré—. No creo que podamos.

Christopher se quedó en silencio, acariciándose los nudillos.

—Tú lo conoces mejor que yo, pero a mí me parece un tío bastante leal.

—No, yo no lo conozco mejor que tú. —De hecho, no le conocía en absoluto.

A MEDIDA que transcurría la semana, trabajar con él todos los días se volvió algo más fácil. En realidad, no lo veía con tanta frecuencia. Había días en los que ni siquiera oía su nombre. Me quedaba en mi oficina y me ocupaba de mi

trabajo y, gran parte del tiempo estaba fuera, en la ciudad, investigando. Estaban encuestando a distintas comunidades de indigentes, determinando qué grupo necesitaba cada tipo de atención. Esas tardes que estaba fuera eran las mejores.

Eran los únicos momentos en que no pensaba en él.

Calloway ya había aprobado mi presupuesto para los siguientes seis meses, pero tenía que decidir cómo lo distribuiría. A medida que pasaba el tiempo, surgían distintas necesidades. No podía predecirlo todo con tanta antelación. Por desgracia, se había propagado una gripe horrible y un montón de indigentes habían muerto porque no recibieron la atención que necesitaban.

Por tanto, había que traspasar fondos para vacunas.

No estaba incluido en mi informe presupuestario, así que tenía que pedir la aprobación de un presupuesto más alto o tendría que eliminar distintos gastos, algo que quería evitar. No era fácil quitar comida y ropa de abrigo cuando eran cosas igual de esenciales que los medicamentos.

En lugar de hablar con él cara a cara, le envié un correo a Calloway. El mero hecho de ver su nombre en el campo de la dirección hizo que se me encogiera el corazón. Estaba muy decepcionada con él por todo el daño que me había hecho y por no estar dispuesto a luchar por recuperarme. Tal vez si renunciara al Ruin y a la mierda pervertida en la que estaba metido, podríamos arreglarlo. Pero había dejado claro que no cambiaría de opinión. El buen sexo tenía prioridad sobre hacer el amor con sensualidad.

Probablemente eso era lo que más dolía.

Su ayudante llamó al teléfono de mi oficina.

—Al señor Owens le gustaría verla en su oficina.

Se me heló la sangre. Sabía que se trataba del correo que acababa de enviarle. No era lo bastante detallado y quería hacerme preguntas. Hasta el momento no había mencionado nuestra relación mientras estábamos en el trabajo, así que di por hecho que probablemente me encontraba a salvo. Pero, aun así, estar solos en su oficina sería tenso.

—Ahora mismo voy.

Recorrí el pasillo y pasé por el escritorio de su ayudante mientras me dirigía a las enormes puertas negras. Cuando toqué el pomo, el metal me pareció gélido, al igual que sus ojos azul claro. Respiré hondo antes de entrar y lo encontré sentado tras su mesa con los ojos en la pantalla. Normalmente estaba en la parte delantera de la sala, lo bastante cerca como para tocarme.

Pasé y me senté en uno de los sillones, intentando olvidar el modo en que me había abrazado allí mismo hacía sólo unas semanas. Me había pedido que me reuniera con él el sábado por la tarde para darme una sorpresa, para conocer a su madre en una residencia de cuidados asistidos. Nuestra relación parecía tan dulce, basada en la confianza y tantas cosas más... Y ahora éramos desconocidos.

—¿Querías hablar de mi petición?

—Sí. —Cerró la ventana que estaba mirando en la pantalla del ordenador. Finalmente me miró a mí, sin mostrar otra emoción que indiferencia. No se había afeitado en días y la barba incipiente se había convertido en una barba corta. Sus ojos azules no parecían tan luminosos, como si una nube ocultara su brillo natural. Cuando me miraba, no había nada, sólo una aceptación dolorosa.

—He estado investigando un poco y no he encontrado ningún informe sobre la epidemia que mencionas.

—Las cadenas de noticias no lo están contando. No es algo que le importe a la audiencia en general. —Los indigentes eran los últimos de la fila, a pesar de que muchos de ellos eran veteranos de guerra.

—Entonces, ¿cómo te has enterado? —Ladeó ligeramente la cabeza, con una mano apoyada en el escritorio. Tenía los nudillos perfilados y las venas marcadas: eran las manos más masculinas que había visto jamás. Echaba de menos el modo en que me tocaban antes.

—Conozco mi ciudad, señor Owens. Conozco a mi gente.

Suspiró frustrado, como si hubiera dicho algo que le disgustara.

—No me llames así a menos que estemos en público.

No entendía por qué su nombre le ofendía tanto, pero no pregunté.

—Si tu información es cierta, entonces esto es nuestra prioridad, pero necesitare ver algunas pruebas.

—¿Cómo?

—Enséñamelo.

Quería que lo llevara a los distintos grupos de indigentes, los de los puentes, los de la parte este del parque, y todas las comunidades más pequeñas que había dispersadas por toda la ciudad. Solos él y yo.

—Claro. Avísame cuando estés preparado.

—Ya estoy preparado. —Se levantó de la silla, cuan alto era. Con un reloj caro en la muñeca y el anillo negro en la mano derecha, parecía mi fantasía más íntima. Con sus largas piernas y brazos fuertes, estaba buenísimo con el traje. Siempre me hacía sentir segura, incluso cuando no necesitaba protección.

Me perdí en mis pensamientos y los aparté rápidamente, pues no quería que fuera evidente que estaba recordando todas las noches que nos habíamos desnudado juntos sobre su cama. Si cerraba los ojos y me lo imaginaba lo suficiente, podía sentir el modo en que me mordisqueaba el cuello con los dientes cuando me besaba.

—¿Quieres que lleve a alguien más para que no estemos solos?

—Decídelo tú. —Se estiró el traje y se dirigió a la puerta, permaneciendo al menos a metro y medio de distancia de mí—. Pero que sea rápido, tengo mucho trabajo que hacer.

NO HABÍA PASADO tanto tiempo con Calloway desde que nos habíamos separado. Cogimos taxis a distintas zonas de la ciudad y una vez que nos acercamos a las comunidades de indigentes, Calloway supo que la información era cierta.

Sin tomar muestras y sin pruebas de laboratorio, era obvio que la gripe se había extendido, afectando a casi todo el mundo. Ya se pasaban todo el día

fuera, al frío, así que sus posibilidades de combatir la enfermedad eran mínimas.

Cuando nos acercamos a un grupo, Calloway tomó la iniciativa y habló con aquellos hombres y mujeres como un igual, mirándoles a los ojos e incluso estrechándoles la mano. Sacó todo el dinero en efectivo que llevaba y se lo dio a un veterano de guerra que había perdido una pierna. Como las posesiones no significaban nada para él, lo regalaba todo.

Ese era el hombre del que me había enamorado.

Mantuvo un ojo puesto sobre mí en todo momento, y volvía a mi lado cuando los hombres se me quedaban mirando un instante más de lo que deberían. Yo no estaba asustada ni lo más mínimo, pero la actitud protectora de Calloway no desaparecería nunca.

—Creo que ya hemos terminado aquí. —Calloway vino a mi lado y me rodeó la cintura con un brazo de inmediato.

Me quedé paralizada ante su contacto.

—Vamos a coger un taxi —me dijo al oído—. Venga.

Me moví con él, pero me sentía incómoda al tener su mano apoyada en mí. Era cálida y reconfortante, y me traía recuerdos de noches bonitas. Pero también era dolorosa, llena de un afecto que yo nunca podría recibir libremente.

Movió la mano para parar un taxi y me hizo entrar antes de acomodarse apresuradamente en el asiento a mi lado. Dio la dirección de la oficina y el taxi se puso en marcha. El sol ya casi se había puesto, y la noche caía sobre la ciudad de Nueva York. Calloway miró fijamente por la ventana durante todo el trayecto, sin explicar nuestra repentina partida.

—¿Qué pasa?

—Uno de los hombres no paraba de mirarte. Me incomodaba.

—No me harían daño.

Giró la mirada hacia mí, con una expresión fría e implacable.

—Eso no lo sabes, Rome. Nunca des eso por sentado. El hecho de que sean pobres y tengan hambre no significa que sean santos. No vuelvas a cometer ese error. —Miró por la ventana, poniendo fin a la conversación.

—Puedo cuidar de mí misma, Calloway. —Llevaba haciéndolo mucho tiempo antes de que él apareciera. Me iría bien sin él. Había vivido en la calle, había pedido comida y había tenido una vida igual de dura que la suya. Yo veía la bondad en la gente porque sabía que estaba ahí, junto con todo lo malo.

No volvió a mirarme.

—En ningún momento he dicho que no puedas.

—Lo has insinuado.

—Sólo te estoy enseñando una cosa. —Finalmente volvió a girarse hacia mí, con la mandíbula tensa—. A estas alturas pensaba que ya te habrías enterado de que no todos los hombres son lo que parecen. —Lo que quería decir con aquello estaba claro como el agua.

—Supongo que me cuesta aprender.

CUANDO VOLVIMOS A LA OFICINA, todo el mundo se había marchado ya a casa. Las luces estaban apagadas y los monitores estaban en negro. Me dirigí a mi oficina y cogí mis cosas, enfadada por el hecho de que Calloway hubiera tenido el descaro de decirme aquello, como si fuera él el perjudicado.

Le odiaba.

Pero todavía le amaba.

Y eso hacía que le odiara aún más.

Fui al ascensor tan rápido como pude, decidida a salir de allí para no tener que ver su cara odiosamente atractiva.

Pero él ya estaba allí, esperándome. Pulsó el botón y las puertas se abrieron.

Esperaba que eso no se convirtiera en una costumbre.

Entramos y el ascensor comenzó a recorrer todo el camino hasta la planta baja.

Yo agarraba la correa del bolso con tanta fuerza que la piel de la palma de la mano se me puso roja. Fingía que la ruptura no me hacía tanto daño, pero mi enfado sólo demostraba lo devastada que estaba por dentro. Quería más que una disculpa por su parte. Quería más de lo que tal vez podría darme.

—Siento haber dejado que mi enfado me afectara antes. —Sus palabras rompieron la tensión, cortándola como si fueran un cuchillo—. Últimamente no he sido yo mismo. No he dormido desde que... me dejaste.

Su disculpa me enfadó aún más.

—Pobrecito, ¿he hecho que pierdas el sueño? Como yo no he perdido nada... —La amargura se reflejaba en mi voz al pensar en todas las cosas que él me había arrebatado a mí. No sólo mi virginidad, sino el haberme hecho creer en el amor y la confianza. Para después destruirlos como si se tratara de alguna broma cruel.

Giró la cabeza en mi dirección, mientras el ascensor seguía descendiendo.

—Todo lo que sentía por ti era real. Todavía lo es, Rome. No tienes ni idea de lo mucho que te echo de menos. No tienes ni idea de lo mucho que odio esa cama ahora que tú no estás en ella. Antes de ti, no podía soportar la idea de dormir con nadie... y ahora no puedo dormir sin ti.

Su confesión me llegó al corazón, pero todavía no me rendí.

—Estoy segura de que dormiste bien con todas esas sumisas del Ruin...

Golpeó el botón de parada, haciendo que el ascensor se detuviera de inmediato.

—¿Qué cojones estás...?

Me acorraló contra la pared del fondo con los brazos apretados contra el metal a ambos lados de mi cuerpo para que no pudiera tocar los botones del ascensor.

—Tú eres la única mujer de mi vida, Rome. Cuando estaba en el Ruin, estaba en la oficina, preparando las nóminas, el inventario, los horarios y otras bobadas igual de aburridas. Ni una sola vez puse una mano sobre otra. Puedo aceptar que te marches, pero no puedo aceptar que te creas esas mentiras. ¿Me entiendes?

Mantuve las manos a los costados, contemplando esos labios suaves a los que antes besaba una y otra vez.

—Vainilla, ¿me entiendes? —Me puso la mano en el cuello y me apretó suavemente; las puntas de los dedos le latían contra mi piel.

—No me llames así.

—Te llamaré lo que me dé la puta gana. Ahora respóndeme.

—No sé qué pensar, Calloway.

Acercó la cara más a la mía.

—Si me hubiera tirado a otra, te lo diría. No tengo nada que ocultar. Sabes que dirijo el Ruin, y no siento ni pizca de vergüenza por hacerlo. Tú lo eras todo para mí cuando estábamos juntos. ¿Por qué iba a mirar a la luna cuando tenía todas las putas estrellas justo delante de mí? —Al final me soltó el cuello, pero no retrocedió. Me mantuvo enjaulada, lejos de los botones del ascensor.

Le creí. No me había dado ninguna prueba de sus afirmaciones, pero no necesitaba nada más convincente. Cuando se ponía tan pasional, tan enfadado, sabía que estaba siendo sincero.

—Vale.

—Vale, ¿qué?

—Te creo.

Finalmente retrocedió, pero parecía igual de enfadado que cuando habíamos empezado la conversación. Dio un golpe con la mano en el botón verde para que el ascensor volviera a ponerse en funcionamiento. Se apoyó contra la pared, sin mirarme. Cruzó los fuertes brazos sobre el pecho mientras el murmullo del ascensor volvía a activarse.

Yo permanecí donde estaba, sin respirar apenas por la cantidad de electricidad que me corría por las venas. La química era exactamente igual, increíblemente abrasadora. Sentía que las yemas de los dedos de las manos y de los pies me quemaban del calor.

Suspiró y alzó la vista hacia las luces fluorescentes del techo.

—Cariño, sería diferente conmigo... Yo nunca te haría daño.

No esperaba que luchara por mí. Era la primera vez que mencionaba algo desde que lo habíamos dejado. Una parte de mí se alegraba de ver su barba descuidada y el agotamiento de sus ojos. Me hacía sentir importante, me hacía sentir que nuestra relación había significado algo de verdad para él. Podría haber jurado que me quería, con todos esos besos y esas miradas apasionadas, pero después había descubierto la horrible verdad. Tenía miedo de no importarle, de que mientras yo estaba locamente enamorada de él, para él fuera sólo una mujer de la que se olvidaría.

—Sabes que no puedo hacerlo, Calloway.

—Confías en mí.

—Confiaba. Ya no.

Mantuvo los ojos posados en mí.

—Soy el mismo hombre del que te enamoraste. No ha cambiado nada. Sólo dame una oportunidad.

—No quiero ser tu sumisa, Calloway. Quiero ser tu novia, nada más.

Se le oscureció la mirada; sus pensamientos eran impenetrables.

—Eso no es negociable —dije.

—¿Estás diciendo que aceptarías volver conmigo con esa condición?

Evité su mirada, sorprendida por la pregunta.

—No lo sé...

—Rome, ¿es eso lo que estás diciendo? —repitió—. ¿Volverías conmigo si yo hiciera ese sacrificio?

—Yo no he dicho eso. Sólo estoy diciendo...

—Entonces, ¿qué coño estás diciendo, Rome? Porque necesito conocer esa puta información. —Volvió hacia mí, quedándose delante de mí con los brazos a los lados. El ascensor finalmente se detuvo y las puertas se abrieron, descubriendo un vestíbulo vacío.

Mi cuerpo respondió al suyo como hacía habitualmente, haciendo que me doliera el estómago y que el corazón llorara de añoranza.

—No importa lo que haya dicho. No vas a cambiar, eso lo dejaste totalmente claro. Y yo tampoco voy a cambiar. Quiero casarme, tener hijos y una puta valla blanca, y estar tan locamente enamorada que la gente quiera vomitar cuando nos mire. —No me importaba si me juzgaba por ser una romántica sin remedio. No me importaba si pensaba que era igual que todas las demás mujeres del mundo que querían un príncipe azul.

Me puso una mano en la mejilla y me rozó el labio inferior con el pulgar. Tenía los ojos pegados a los míos, su amabilidad había surgido de la nada.

—¿Querías todo eso conmigo?

Los pulmones se me quedaron sin aire al oír la pregunta.

—Te dije que te quería, ¿no?

Detuvo el pulgar en la comisura de mi boca.

—Entonces, la respuesta es un sí. ¿Me darías otra oportunidad?

—¿Renunciarías de verdad a tus... preferencias? —Sabía cuál sería su respuesta antes de que me la diera.

Bajó la mano y se echó hacia atrás, sin responder nada. Las puertas del ascensor empezaron a cerrarse, así que las mantuvo abiertas con el brazo. Me hizo un gesto con la cabeza, indicándome que saliera yo primero.

Oculté mi decepción al ver que no se lo replanteaba. Quería romper a llorar porque me sentía rechazada una vez más. Quería estar conmigo, pero no lo suficiente. Prefería tener a una mujer nueva en su vida, una que aceptara un látigo y le gustara. Era mejor que intentar hacer que funcionara conmigo, que tener sexo vainilla todas las noches con una mujer que realmente se

preocupaba por él. Me dirigí directamente hacia las puertas con la cabeza erguida. Había vuelto a hacerme daño otra vez, pero, al igual que en la ocasión anterior, yo no dejaría que se viera.

Me negaba a dejar que se viera.

—Rome. —Calloway me alcanzó en la acera y me puso la mano en el brazo.

Me retorcí para zafarme de su contacto.

—No me toques.

Apartó la mano con el dolor reflejándose en sus ojos.

—Buenas noches, Calloway. —Giré bruscamente hacia la izquierda, aunque era la dirección contraria a mi apartamento. Aunque tuviera que rodear un bloque distinto, era mejor que moverme cerca de él. Sin girarme, pude notar su mirada penetrante clavada en mi espalda. Observó cómo me marchaba de su vida una vez más.

Calloway

—¿CUÁNDO VAS A SUPERAR ESTO? —JACKSON ENTRÓ EN MI OFICINA, pillándome con la guardia baja, aunque nunca se molestaba en ser silencioso cuando entraba sin llamar—. Cuando estabas con ella eras aburrido, pero ahora eres superaburrido.

Ignoré su comentario, como todos los demás.

—He contratado a algunas bailarinas nuevas. Empiezan este viernes por la noche. Creo que harán maravillas por el entretenimiento.

—¿Bailarinas?

—En jaulas, con máscaras de gas.

—Ah... a lo mejor no eres tan aburrido.

Esboqué una sonrisa, una falsa.

—Tengo un nuevo proveedor que me ha pedido que ponga su vodka en el bar. Sabe bastante bien, así que he pensado en hacer la prueba.

—Alcohol nuevo. Eso siempre está bien. —Se dejó caer en el sillón y entrelazó los dedos detrás del cuello—. Pues... hoy he hablado con Isabella.

—Espero de verdad que no le hayas dicho que estoy disponible. Una cosa es rechazar a una mujer cuando tengo pareja, pero rechazarla estando libre es directamente cruel.

—¿Rechazarla? —Puso los brazos en los apoyabrazos—. Yo había dado por hecho que retomaríais las cosas donde las dejasteis.

—No. —Yo no empalmaba unas relaciones con otras. Aquel no era mi estilo. Había tenido una relación larga con Isabella. Había tenido sus idas y venidas, pero ya había acabado. No podía decirlo de una forma más simple—. Ahora mismo no estoy buscando nada.

—¿Por qué? Se dice que hay que volver al ruedo, ¿no?

—Sólo hay un ruedo al que quiero volver.

Entornó los ojos.

—Todavía piensas en ella, ¿eh?

Uní las puntas de los dedos, algo que solía hacer cuando me sentaba ante el escritorio y me dedicaba a pensar en cosas deprimentes.

—Sí, Jackson. Sigo igual de destrozado que la semana pasada.

Él sabía que en aquel momento no estaba de humor para sus tomaduras de pelo.

—¿Por qué no haces simplemente que las cosas funcionen con ella?

—No quiere ser mi sumisa.

—Pues no hagas que lo sea. Sé sólo su novio. Si de todas formas ahora eres tan desgraciado, ¿qué tiene de malo comprometerte?

—No puedo hacer eso. —Negué con la cabeza, apretando la mandíbula. No estaba en mi naturaleza. Me sorprendía que el sexo vainilla juntos hubiera durado tanto tiempo. Si fuera cualquier otra mujer, habría perdido el interés mucho tiempo antes.

—¿Y si encontráis un punto medio?

—No hay un punto medio, Jackson. A lo mejor necesitas mirarte el cociente intelectual.

—¿Y si no fuera tu sumisa y tú no fueras su novio?

Alcé una ceja.

—Entonces, ¿qué seríamos?

—Lo que fuera que fueseis antes, pero haciendo tus rollos de dominante sin que ella esté cerca.

—Entonces, ¿quieres que la engañe?

—Nunca he dicho engañar. —Sostuvo un dedo levantado, como si estuviera corrigiéndome—. Un dominante necesita control. Necesita que lo obedezcan de principio a fin. Podrías obtener lo que necesitas de un acuerdo distinto para que no te sientas frustrado con Rome. Estoy seguro de que a Isabella no le importaría que volvieras a darle órdenes, incluso aunque no obtenga sexo.

La idea no se me había pasado ni siquiera por la cabeza, pero no sonaba tan mal. Me encantaría tener a alguien que se sometiera a mí de nuevo, que ni siquiera me mirara a los ojos a menos que yo le diera permiso explícito para ello. Rome era demasiado fuerte para doblegarse ante mí, aunque eso era algo que me encantaba de ella. Era una contradicción, una que no tenía ningún sentido.

—¿Qué opinas? —preguntó Jackson—. Ganáis los dos.

—Dudo que a Rome le satisficiera la idea.

—¿Quién ha dicho que tenga que saberlo? No le hablaste del Ruin en seis meses.

Seguía sin gustarme la idea.

—Gracias por intentar ayudar, pero no puedo hacer eso.

Se encogió de hombros y se recostó en la silla.

—Entonces, ¿qué? ¿Cuánto tiempo vas a estar deprimido?

Probablemente siempre.

—No lo sé...

—¿Qué tiene esa tía? Has sido exactamente el mismo tío siempre. Pero en el instante en que ella entró en tu vida, cambiaste. Y aunque ahora se haya ido,

no parece que vayas a volver a ser el de antes. Te ha cambiado para siempre.

Lo había hecho. Ahora tenía una cicatriz permanente en la piel. Mis labios siempre contendrían sus besos. Mis manos siempre llevarían su olor. El fondo de mis ojos estaba tallado con la imagen de su rostro. Me había robado tanto... y ella ni siquiera lo sabía.

—Sí, creo que lo ha hecho.

—¿Y de verdad no puedes hacer que las cosas funcionen con ella?
—preguntó con incredulidad—. Si es ella la elegida... pues es ella.

Rome me importaba mucho, pero no llegaría tan lejos. Existía una conexión entre nosotros y contaba con mi compromiso eterno. Sentía por ella algo distinto que por otras mujeres. Era especial, de eso no cabía duda. Pero no podía darle un matrimonio e hijos. No podía darle una casa con su valla... no cuando yo quería látigos y cadenas.

—No es la elegida. No hay ninguna *elegida*.

Jackson acabó desistiendo.

—Si ha terminado de verdad, tienes que pasar página.

—Ya lo sé.

—Cuanto antes, mejor. Sabes que te odio a muerte, pero también odio verte así. —Se levantó de la silla y dio unos golpecitos con los nudillos en la mesa, como si eso fuera alguna señal de afecto. Después salió y me dejó solo con mis pensamientos.

Mis pensamientos sobre Rome.

AQUEL SÁBADO FUI A VER a mi madre.

Todo era exactamente igual. Llevaba el libro de Harry Potter debajo del brazo, era un día soleado, así que estaría sentada en el balcón, y yo me había puesto la bufanda que había tejido para mí, esa que no recordaría haberme dado.

Pero en esta ocasión, Rome no estaba conmigo.

No había sentido, ni de lejos, el mismo dolor por mi madre cuando Rome había estado allí para compartir la carga. Había hecho que las cosas fueran mucho más fáciles, incluso agradables. Aún no sabía qué se había apoderado de mí para llevar a Rome en un principio. Había sido una decisión impulsiva, un acto sin una motivación.

Como siempre, la enfermera me presentó a mi madre.

—Calloway ha venido a verte. Es de Humanitarians United y va a leerte un libro. —Le dio una palmadita a mi madre en la espalda y nos dio algo de intimidación.

Me senté en la silla, sintiéndome extraño por llevar una bufanda. La presión que notaba alrededor del cuello me resultaba insólita, pero la llevaba de todos modos porque era muy especial para mí. Ella no recordaría las horas que había invertido en hacerla. No recordaría que me la había dado. Pero eso no importaba.

Se me quedó mirando en silencio, analizando con los ojos todos mis rasgos como si no me hubiera visto nunca.

Como siempre, fue una puñalada en el corazón.

—He traído el primer libro de Harry Potter. No lo he leído nunca, así que he pensado que podríamos disfrutarlo juntos.

Posó los ojos en mi bufanda.

—Qué bonita... —Alzó la mano y apuntó varios dedos en dirección a mí—. Te quedan bien los colores. El azul te resalta los ojos.

Le sostuve la mirada y asentí.

—Gracias. Me la hizo alguien especial. —Abrí el libro por la primera página. Justo cuando empecé a leer, me interrumpió.

—Tengo la sensación de que te conozco de algo.

Mis ojos permanecieron clavados en el libro, pero sentí que me temblaban las manos. Nunca antes había dicho algo así, ni una sola vez en todos esos años.

La mente se le había ido hacía mucho tiempo y nunca nos había dado ninguna esperanza de recuperación.

Volví a mirarle a los ojos, contemplando esa mirada azul que era idéntica a la mía.

Ella siguió estudiándome, mirándome como a un cuadro en la pared de una galería de arte. Observó mis rasgos, encomendándose a un recuerdo que no conservaría. Si recordara que yo era su hijo mayor, sería un milagro.

No debería hacerme esperanzas.

—Ya has estado aquí antes... con una mujer.

Solté el libro, que resbaló por mis rodillas y se cayó de un golpe al suelo. No me molesté en recogerlo porque estaba conmocionado. Cada noche, cuando mi madre se iba a dormir, todos los acontecimientos, las conversaciones y las actividades de aquel día se borraban por completo. Se despertaba a la mañana siguiente sin un solo recuerdo. Las enfermeras tenían que explicarle que ahora vivía en una residencia porque era el mejor lugar para ella.

—Sí...

—¿Dónde está?

Rome no estaba a mi lado porque ya no estaba en mi vida. Pero no creía tener la fuerza para decir eso en voz alta.

—Hoy no ha podido venir...

—Ah... —Mi madre no ocultó su decepción—. Era una chica encantadora. Me gustó el sonido de su voz.

Recordaba más a Rome de lo que me recordaba a mí. Eso me alegraba y me deprimía tremendamente al mismo tiempo.

—Tiene algo —susurró—. Me gustó su compañía.

—¿La mía te gusta? —No sé qué me poseyó para decir eso. Simplemente se me escapó; mi frustración era evidente. Había tenido una vida de una crueldad fría, sin ninguna emoción. Me decía a mí mismo que no necesitaba a nadie porque así era, pero iba allí todos los sábados porque echaba de menos

algo. Era un hombre adulto que llevaba décadas cuidando de sí mismo, pero siempre tendría un lugar en el corazón para mi madre, la mujer que me había criado hasta alcanzar la edad adulta. Los únicos buenos recuerdos que tenía de mi infancia eran suyos.

Me miró con los labios fruncidos y una mirada confusa.

—Desde luego. ¿Esa mujer es tu esposa?

—No. —Incluso aunque mi madre no me reconociera, me presionaba para que me casara.

—¿Esperas que se convierta en tu esposa?

—No.

Arrugó los labios.

—Qué lástima. Esa mujer es perfecta.

—No la conoces. —Mi madre ni siquiera sabía qué había cenado la noche anterior.

—Pero lo noto. Y habría jurado que significaba algo para ti. Recuerdo el modo en que la mirabas...

Recogí el libro del suelo y lo coloqué en la silla que había a mi lado. ¿Por qué Rome, una completa desconocida, despertaba tantas emociones en mi madre que realmente podía recordarla, pero sin embargo no se acordaba de su propio hijo? Tenía que admitir que estaba un poco celoso.

—Significa mucho para mí, pero queremos cosas diferentes.

—¿Qué tipo de cosas diferentes?

—Quiere casarse y tener hijos. Y yo quiero estar solo para siempre. —Era un razonamiento sencillo. No hacía falta que le explicara a mi madre que era una criatura del inframundo igual que lo había sido mi padre, el hombre al que despreciaba.

—¿Quién quiere estar solo para siempre? —Ladeó la cabeza mientras me miraba con intensidad y su tono autoritario emergía como si nunca hubiera desaparecido. Recordé la forma en que me enderezaba cuando me pillaba

manoseando a una chica cuando yo tenía trece años. Aunque era un adolescente, me azotaba el trasero con un cinturón—. Yo vivo en una residencia, sin familia ni amigos. Estar solo está sobrevalorado.

—Tú no estás sola —susurré—. Yo estoy aquí.

—Sí, pero no es lo mismo. ¿Quieres acabar así?

La idea de perder la memoria, de olvidarme de todas las personas que me importaban o a las que yo importaba era devastadora. Pasar el resto de mi vida sin alguien que me recordara la vida bonita que había tenido alguna vez me parecía duro. Ese era un tipo de soledad completamente nuevo: estar atrapado en tu propia mente sin vía de salida.

—Calloway —dijo mi nombre del mismo modo en que lo había hecho un millón de veces durante mi infancia—. Todos los hombres guapos quieren sembrar su semilla para siempre. Yo fui joven, hace mucho tiempo. Lo entiendo. Pero sólo habrá una mujer increíble que entre en tu vida. Nunca hay dos, sólo una. Así que puedes dejar tus costumbres y escoger una vida de felicidad eterna o puedes seguir esparciendo tu semilla, ver cómo acaba con otra persona y, al final de tu vida solitaria, te verás como yo, sentado en un balcón completamente solo.

Me estaba dando una lección, como hacía antes. No pude evitar sonreír ante la ironía. No había tenido una experiencia así con mi madre en décadas. Era revitalizador experimentar una relación familiar normal de nuevo.

—Ese es mi mejor consejo, Calloway. Espero que lo tomes en serio.

Asentí.

—Lo haré, Laura.

Contempló el libro que había junto a mí.

—Si te apetece leer, a mí me apetece escuchar.

—Claro. —Volví a abrir el libro, viendo cómo echaba la cabeza hacia atrás y miraba el césped y los jardines en los límites de la propiedad. El sol caía sobre su rostro, resaltando sus rasgos elegantes. Aún llevaba el pintalabios rojo que a veces le manchaba los dientes de delante. Los pendientes de oro

que llevaba en los lóbulos de las orejas eran un par que su madre le había regalado por su decimosexto cumpleaños. El anillo de casada no estaba en su mano izquierda: bien lo había perdido, bien lo había tirado. Dirigí la mirada hacia la primera frase y comencé a leer.

Rome

COGÍ EL CORREO DEL RECIBIDOR Y ME DIRIGÍ HACIA MI PLANTA. LA MAYORÍA eran facturas y había una enorme de mis préstamos de estudios. Pero no sentí ni una punzada de tristeza cuando vi la cantidad que seguía debiendo, junto con el ridículo interés que parecía que sólo aumentaba. Mi depresión por Calloway estaba constantemente en primer plano.

Estaba enfadada con él, pero joder, le echaba muchísimo de menos.

Se había alejado de mí por segunda vez, renuente a darme lo que yo quería. Yo no iba a ceder, de eso estaba segura, así que íbamos a quedarnos en ese punto muerto para siempre. En poco tiempo, encontraría el tipo de mujer que quería y se olvidaría de mí.

Estaba convencida de que ya había mujeres haciendo cola para tenerle. Aunque no estuvieran completamente involucradas en ese estilo de vida, lo soportarían a cambio de una oportunidad de estar con Calloway. Era todo un hombre, poderoso y masculino, con un cuerpo fuerte que le hacía parecer un SEAL de la Marina. Tenía los ojos más bonitos y daba los besos más sensuales. A veces, cuando pensaba en lo increíble que era, no me importaban todas las cosas horribles que quería hacerme. Hasta ese punto lo deseaba.

Pero después me caía encima la realidad.

Metí la llave en la puerta, pero me di cuenta de que ya estaba abierta. El pomo se movió con soltura, como si algo dentro del mecanismo estuviera

roto. Empujé la puerta para abrirla y di por sentado que Christopher ya estaría en casa, aunque normalmente iba al gimnasio después de trabajar.

Entré y puse el correo sobre la mesa, junto con mi bolso.

—Igual de guapa que la última vez que te vi.

Las palabras me recorrieron la columna, haciendo que me tensara ante el desastre inminente. Se me disparó la adrenalina y el corazón se me desbocó al reconocer la amenaza. Reconocería esa voz en cualquier parte, porque la había oído en mis pesadillas casi todas las noches.

Examiné el salón y vi a Hank sentado en el sofá, con las manos detrás de la cabeza. Llevaba un traje de tres piezas, y estaba guapo y formidable. Rezumaba un poder irrefrenable.

Tenía miedo.

No iba a mentirme a mí misma diciendo que no lo tenía. Estaba sola en un apartamento con aquel hombre y sus intenciones estaban bastante claras. Me temblaron las manos ligeramente, pero meforcé a dejarlas quietas. En un momento así, era esencial parecer tranquila y segura, hacer que pensara que yo era una oponente más fuerte de lo que era en realidad.

La isla me separaba del resto de la cocina. Miré discretamente los cuchillos del soporte de la encimera, pero me di cuenta de que no había ninguno.

Había dejado el apartamento limpio.

Joder.

—Y tú estás igual de asqueroso que la última vez que te vi. —Me puse la mano en la cadera y me volví para darle la cara, distendiendo la evidente hostilidad lo máximo posible. Él lo había planeado todo con meticulosidad, asegurándose de que yo no tuviera a mano ningún arma para combatirlo. Dudaba que quisiera matarme, pero sabía que quería hacer algo mucho peor.

Sonrió como si disfrutara de la charla.

—Tan feroz, pero tan inocente... Me encanta.

Yo ya no era inocente. Calloway me había arrebatado mi pureza.

Pensar en Calloway hizo que me encogiera de dolor. Si estuviera allí, aquello no estaría ocurriendo. Calloway me protegería de Hank con una sola mirada. No necesitaba a un hombre que peleara mis batallas, pero me sentía asustada y vulnerable, así que tenerlo cerca habría sido de gran ayuda.

No podía dejar que Hank ganara porque yo no me merecía aquello, y porque no quería romperle el corazón a Calloway. Si supiera lo que Hank estaba a punto de hacerme, se tiraría del Empire State Building.

Tenía que asegurarme de no perder, por los dos.

—¿Puedo ayudarte con algo, Hank? ¿Quizás a crearte una cuenta en Tinder para que puedas encontrar una cita?

Se rio entre dientes y se puso de pie, alzándose ante mí con su más de metro ochenta de fuerza.

—¿Por qué iba a buscar a otra mujer, cuando te tengo a ti?

En cuanto estuvo de pie, mi cuerpo volvió a tensarse. El instinto de luchar o huir se estaba abriendo paso en mí. Cuando se acercó más a mí, supe que necesitaba una ruta de escape. Era demasiado fuerte para que yo peleara contra él sola. Lo mejor sería correr a toda velocidad hacia el pasillo y gritar pidiendo ayuda. Era inevitable que alguien me oyera.

Se acercó a mí lentamente; se le iban oscureciendo los ojos mientras me miraba de arriba abajo, observando mi vestido ajustado.

—Estás jodidamente buena hoy.

Quería escupir de asco. No podía creer que alguna vez hubiera besado a ese hombre, que alguna vez me hubiera arrodillado por él. Había fingido ser un ángel que quería ayudarme, pero en lugar de eso se había convertido en el diablo. Los hombres que se aprovechaban de las personas vulnerables eran escoria para mí. Peores que escoria.

Tenía que hacer algo. Y tenía que hacerlo ahora.

—¿Sabes? Me parece... —Salí corriendo hacia la puerta sin mirar atrás, con la esperanza de que estuviera lo bastante absorto en mis palabras para darme una ventaja de un segundo.

—¿Crees que te vas a escapar? —Su voz fuerte me siguió por la puerta.

Me quité los zapatos y corrí tan rápido como pude, pero él me atrapó a la velocidad del rayo.

Me agarró por la nuca y me lanzó contra la pared, estampándome la cabeza contra el material sólido.

—Nunca te librarás de mí, Rome. ¿Cuándo vas a entender eso? —Me cubrió la boca con la mano para que no pudiera gritar.

Vi las estrellas y el mundo me dio vueltas. Él enganchó un brazo alrededor de mi cintura y usó su fuerza para apretarme contra la pared.

—Me he ganado el derecho a follarte —me susurró al oído—. Me has estado provocando durante mucho tiempo, después de todo lo que hice por ti. Va a pasar, zorra. Así que más te vale aceptarlo. —Me arrastró por el pasillo, dejando mis tacones atrás.

No podía dejar que aquello sucediera.

En cuanto volviera a meterme en el apartamento, todo habría acabado.

Ignoré el dolor cegador que sentí la cabeza y reuní la energía de cada centímetro de mi cuerpo. Eché la cabeza hacia atrás con fuerza, golpeándole directamente en la nariz. Probablemente me dolió más a mí que a él, pero el dolor era mejor a estar inmovilizada en mi cama mientras él me follaba como si fuera mi dueño.

Le agarré el brazo y se lo retorcí detrás del cuello. Le di una patada en la rodilla, obligándolo a caer al suelo. Le cogí la cabeza y le estrellé la rodilla contra la cara, esta vez rompiéndole la nariz y haciendo que cayera sangre por todas partes.

—Y yo me he ganado el derecho a darte una paliza, hijo de puta. —Lo estampé contra la pared, como él había hecho conmigo, asegurándome de que la cabeza le golpeará contra la moldura del lateral.

Se cayó al suelo, pero no se quedó inconsciente. Rodó hacia un lado, manchándolo todo de sangre, empapando las alfombras y salpicando las paredes blancas. Consiguió agarrarme el pie y me lo retorció dolorosamente,

obligándome a caer sobre la rodilla con un golpe sordo y lacerante.

Instintivamente, le clavé el codo en la muñeca, haciendo que gritara de dolor. Él me soltó el pie de inmediato y se llevó la mano al pecho, meciéndola como si pudiera estar rota.

El ascensor, al final del todo del pasillo, pitó al acercarse a esa planta. Las puertas estaban a punto de abrirse y mis vecinos iban a salvarme. Echarían un vistazo a Hank, a mí y a la sangre y después llamarían a la policía.

Hank me dirigió una mirada aterradora.

—Esto no se ha terminado, nena. —Se puso de pie y corrió hacia la escalera que había al otro lado del pasillo, justo mientras se abrían las puertas.

Lo habría perseguido, pero no podía moverme. Estaba exhausta por la pelea y sentía un dolor inmenso. Me dolía el pie, pero estaba segura de que no estaba roto. La cabeza me palpitaba con la peor migraña de mi vida.

—¡Rome! —Christopher corrió a toda velocidad por el pasillo hasta que llegó a mi lado en el suelo. Vio la sangre y los moretones de mi cara y, sin hacer ninguna pregunta, dedujo exactamente qué había ocurrido.

—Vamos a llevarte al hospital. Llamaré a la policía de camino. ¿Puedes andar?

—Sí... —Me puse de pie y me mareé, pero me negaba a mostrar debilidad, aunque no estaba segura del porqué. Necesitaba alejarme de la pelea como vencedora, no como la derrotada.

Christopher me cogió en brazos y me llevó de vuelta al ascensor, dejando mis zapatos en el pasillo. De algún modo, logró sacar el teléfono y ponérselo entre el cuello y el hombro. El ascensor nos llevó al vestíbulo mientras llamaba. La voz del operador sonó a través de la línea.

—9-1-1. ¿Cuál es su emergencia?

—Llamo para denunciar una agresión.

DESPUÉS DE PASAR un día en el hospital, me enteré de que tenía una contusión, las costillas magulladas y el pie ligeramente dislocado.

Pero, aparte de eso, estaba bien.

Podría haber sido peor, así que lo consideré una bendición.

Christopher involucró a la policía aunque yo sabía que eso no llegaría a nada. Investigaron el apartamento y la escena del pasillo, pero cuando Christopher acusó a Hank de ser el culpable, ellos inventaron otros sospechosos, criminales y malhechores que vivían en un radio de tres kilómetros. Al parecer, Hank tenía una coartada sólida: estaba asesorando a un cliente. Su cliente, los policías e incluso un juez insistieron en que estaba con ellos en el momento de la agresión.

Así que fue descartado de inmediato.

Christopher estaba mosqueado, pero a mí no me sorprendía. ¿Cómo acabas con el rostro de la ciudad de Nueva York? ¿Cómo haces que pague por sus crímenes, cuando todo el mundo lo cubre todo el tiempo? Tenía demasiadas influencias y demasiado poder sobre demasiadas personas.

Christopher llamó al trabajo por mí para avisar de que estaba enferma, y dijo que tenía una gripe grave. Le agradecí que no contara la verdad, porque si Calloway lo supiera, habría malas noticias.

Pasé tres días en el hospital antes de que me dieran el alta. Estaba como nueva, a excepción del pie. A veces me dolía al caminar, pero sólo un poco. Sabía que mejoraría con el tiempo, era sólo cuestión de tener paciencia.

Christopher y yo no habíamos hablado mucho en los últimos días. Estaba demasiado enfadado para dirigirme la palabra. Sentía que estaba a punto de estallar en cualquier momento y sus palabras caerían sobre mí como fuego.

Habían arreglado la puerta del apartamento y el pasillo estaba como nuevo. Uno de los vecinos se había mudado al enterarse del ataque, evidentemente demasiado asustado para vivir cerca de mí.

No lo culpaba.

Me gustaba volver a estar en casa, pero, por otra parte, ya no la sentía un

hogar. Hank se había sentado en uno de los sofás y había escondido todos nuestros cuchillos debajo del fregadero. Ese simple hecho había hecho que pareciera menos acogedora.

Christopher cogió una cerveza del frigorífico y se sentó en el sofá, con aspecto de seguir igual de enfadado que los tres días anteriores.

—Gracias por haberme cuidado... —No había palabras para expresar mi gratitud. Había pedido tiempo libre en el trabajo para quedarse conmigo en el hospital. Cuando me preguntó si podía llamar a Calloway, le dije que no, y él respetó mis deseos.

Bebió de su cerveza y no dijo nada.

Yo me senté en el otro sofá, sabiendo que se aproximaba la conversación. Teníamos que hablar de ello. Era evidente que Christopher se estaba preparando para ello, tensando y destensando la mandíbula.

—La policía no va a hacer nada con esto porque son absolutamente inútiles. Así que tenemos que hacer algo nosotros.

—A mí no se me ocurre ninguna idea —susurré—. Me he enfrentado a él innumerables veces en el pasado. Sé que puedo defenderme yo sola en una pelea...

—Te estás desviando de lo importante, Rome. No deberías tener que vivir así. —Dejó la cerveza de golpe, haciendo que la mesa se tambalara por el impacto.

—Ya lo sé...

—Ninguna mujer debería tener que sentirse como una presa todos y cada uno de los días de su vida. ¿Cómo puede fallarte así el sistema de justicia?

—No es culpa del sistema de justicia. Es culpa de Hank.

—Es lo mismo —espetó—. Ese tío tiene en el bolsillo a todos los policías de la ciudad. Es una puta ridiculez.

—Ya te lo dije, Christopher...

Sacudí la cabeza y miró al suelo.

—Es increíble...

—Ya lo sé. —Me sentía fatal por hacer que pasara por eso, por estresarlo de preocupación por mí—. Lo siento.

—No se te ocurra disculparte, Rome —susurró—. No es culpa tuya.

Yo lo lamentaba de todos modos. Sentía haber aceptado la ayuda de Hank en la calle aquella tarde. Sentía haber involucrado a Christopher en esto, haciendo que se disgustara tanto que quisiera romper todo lo que había en el apartamento. Sin duda, si pudiera haber hecho que Hank se marchara, lo habría hecho. Pero para él era sólo un juego. Y seguiría jugando hasta ganar.

—Creo que deberíamos contárselo a Calloway. —Entrelazó los dedos, con la cabeza inclinada hacia el suelo.

—¿Qué? —Calloway era la última persona a la que deberíamos involucrar—. Ya no estoy saliendo con él, Christopher.

—Ya lo sé, pero creo que podría ayudarnos.

—¿Ayudarnos cómo? ¿Matando a Hank? Eso lo puedo hacer perfectamente yo solita.

—Calloway es poderoso. Ha hecho más por esta ciudad que todas las demás personas juntas. Su programa de rehabilitación ha puesto a más ex convictos a trabajar y los ha mantenido fuera de la cárcel que ningún otro programa federal. Todos los jueces, abogados y funcionarios de la ciudad saben exactamente quién es. Si es la palabra de Calloway contra la de Hank, creo que Calloway tiene bastantes posibilidades. Y aunque no las tenga, Hank le tendría miedo.

—¿Por qué?

—Porque es enorme. Tiene unos brazos del tamaño de mi cabeza.

No admitiría ante nadie que Calloway me hacía sentir segura. Siempre que me quedaba en su casa, me sentía intocable.

—No voy a meterle en esto. Ya no es mi novio. Siento que tú te hayas visto involucrado en esto. Puedo mudarme...

—Cállate, Rome —soltó—. No estoy intentando entregarte a otra persona porque yo no pueda ocuparme de ello. Es sólo que pienso que ayudaría que él se involucrara. Puede que tenga un planteamiento que nosotros no estamos considerando. Ese tío conoce a un montón de gente, incluyendo a tipos de los bajos fondos.

Si le contara a Calloway lo que estaba ocurriendo, explotaría. Destrozaría todo lo que había construido haciendo algo estúpido. No me sorprendería que agarrara mis cosas y me obligara a mudarme con él, cual oso arrastrando a su cachorro de vuelta a su guarida.

—No.

—¿Por qué? —bufó—. Dame una buena razón.

—No. Es. Mi. Novio. —Calloway sólo era un hombre de mi pasado. Trabajábamos juntos, pero no consideraría que fuéramos amigos. Mis problemas no eran asunto suyo, ya no—. Christopher, resolveremos esto nosotros solos.

—Y una mierda —gruñó—. No tenemos forma de defendernos contra ese tío. Incluso aunque tuviera una pistola, no podría usarla contra él. Me meterían en la cárcel por asesinato en vez de encumbrarme como a un héroe por salvar a mi hermana.

—Ya lo sé... pero acabará perdiendo interés.

—Después de violarte —bramó—. Y no, no vamos a dejar que se salga con la suya. Es un puto mimado que no ha aprendido una lección en su vida. Es escoria.

—No puede hacer esto para siempre. Un día se casará y tendrá hijos.

—Eso a saber cuánto tarda en pasar. Mientras tanto, ¿caminaremos con pies de plomo el resto de nuestra vida? —Agitó la cabeza; la ira se iba gestando en sus ojos—. No voy a vivir así, Rome. Y tú tampoco.

Christopher tenía todo el derecho a sentirse frustrado, así que dejé que desahogara todo su enfado.

—Lo resolveremos de un modo u otro, pero no creo que meter a Calloway

sea la solución. Somos tú y yo. Podemos hacerlo.

Se pasó las manos por la cara con enfado.

—¿Christopher?

—¿Qué?

—Estamos juntos en esto, ¿vale?

Al final asintió, dejando escapar un suspiro.

—Sí. Solos tú y yo.

LOS HEMATOMAS HABÍAN DESAPARECIDO CASI del todo, y el color azulado se podía ocultar fácilmente con maquillaje. Tenía el pie mejor, pero todavía no era capaz de llevar zapatos de tacón. Podría llevar zapatos planos en la oficina durante un día más o menos sin que nadie hiciera preguntas.

Estaba tumbada en la cama, pero no podía dormir pese a lo agotada que estaba. En el hospital había dormido como un bebé porque sabía que Hank no podría atraparme. Pero ahora que estaba en el apartamento, un lugar en el que ya se había colado, no me sentía segura. Christopher dormía al otro lado del pasillo, con la puerta del dormitorio abierta para poder oír los sonidos del apartamento, pero aun así eso no disipaba el miedo.

El teléfono vibró en la mesilla de noche y la pantalla se iluminó con un mensaje.

De Calloway.

«Ya sé que debería dejarte en paz, pero estoy preocupado. Mi ayudante me ha dicho que llevas tres días con gripe. Quería saber cómo estás».

Los ojos me ardieron de lágrimas por sus palabras, y deseé poder decirle todo lo que me había ocurrido últimamente. Echaba de menos compartir mi vida con él, contarle los momentos buenos y malos. No sólo lo echaba de menos como amante, sino también como amigo.

«Ya ha pasado lo peor. Mañana volveré a la oficina».

«Me alegro. Debes de haberla cogido cuando estuvimos bajo el puente esta semana».

Recordaba ese día mejor que cualquier otro. De algún modo, me había roto el corazón por segunda vez.

«Sí, a lo mejor».

«Te dejo dormir».

No quería dormir, no en aquel apartamento mancillado. Quería apoyarme en su pecho duro, sintiéndome calmada porque nadie podría alcanzarme. Quería que esos brazos fuertes me rodearan el cuerpo. Quería que me mirara a los ojos mientras me hacía el amor. Las lágrimas borbotearon hasta formar regueros que me corrieron por las mejillas. Dejar salir el dolor no me hacía sentir mejor, sino peor.

«Buenas noches».

«Buenas noches, cariño».

Calloway

AL DÍA SIGUIENTE, EN EL TRABAJO, VI DE REOJO A ROME.

Yo entraba en la sala de descanso justo cuando ella se estaba marchando. Mi brazo se rozó contra su hombro, enviándome escalofríos por la columna a pesar de ser un contacto inocente. Me llegó una bocanada de su aroma, atractivo y seductor. De repente, me la imaginé debajo de mi cuerpo mientras su boca formaba esa O sensual cuando se corría sobre mi erección.

Joder, la echaba de menos.

Echaba de menos acostarme con ella.

Pasé el resto del día en la oficina, agradecido por que estuviera recuperada y en movimiento. Ya no parecía enferma, pero en realidad sólo había estado ante ella dos segundos.

Normalmente, mi chófer me llevaba a trabajar, pero últimamente había ido andando. El aire frío y el sonido del tráfico parecían apaciguar el dolor de mi pecho. No tenía que estar en ningún sitio, así que no tenía prisa precisamente.

Cuando caminé hasta la puerta de entrada de mi casa, Christopher estaba allí de pie. Tenía las manos en los bolsillos y estaba apoyado en la pared junto a la puerta con los tobillos cruzados. Tenía el pelo desaliñado, como si no se hubiera molestado en peinarse aquella mañana. Tampoco tenía los zapatos tan brillantes como de costumbre.

—No esperaba volver a verte. —Subí al porche para que estuviéramos a la

misma altura—. Espero que todo vaya bien.

—No. —Me dirigió una mirada envenenada—. Ni una puta cosa va bien.

—No me he acostado con nadie. —¿Había venido para volver a soltarme una bronca? Ya había reconocido mis delitos y me había disculpado por ellos. Era hora de pasar página.

—No, no se trata de eso. Vamos dentro.

Ignoré la forma en que se invitó a pasar a mi casa. Abrí la puerta y pasamos. Dejé caer la chaqueta sobre el perchero y vi cómo él hacía lo mismo.

—¿Quieres una cerveza...?

—No. —Eché el cerrojo de la puerta al entrar, aunque no era necesario. Vivía en un barrio genial. Nadie iba a entrar por la fuerza para robar en mi casa... a menos que fueran estúpidos—. Rome no sabe que estoy aquí y tenemos que darnos prisa.

Al mencionar su nombre, obtuvo toda mi atención.

—¿Qué pasa?

Esperaba que intentara volver a unirnos, que me dijera que Rome me echaba de menos y que tenía que luchar más por ella. Cuanto más tiempo pasaba sin besarla ni tocarla, más loco me volvía. Estaba perdiendo la cabeza poco a poco, echando de menos a aquella mujer en mi cama.

—Es una puta pesadilla, tío. Necesito tu ayuda.

Mis esperanzas se esfumaron.

—¿De qué se trata?

—¿Te acuerdas de ese ex novio suyo?

No me gustaba la dirección que estaba tomando aquello. Ya estaba enfadado, al instante.

—Sí.

—Te contó lo que pasó con él, ¿verdad?

Las dos manos se me cerraron en puños.

—Sí.

—Bueno, pues lo que no te contó es que lleva ya un tiempo acosándola.

¿Acosándola? ¿Qué cojones estaba pasando?

—¿Qué coño acabas de decir?

—Ahora estás enfadado... —Soltó una risita como si aquello tuviera alguna gracia—. El motivo por el que te pedí que le dieras un trabajo en tu oficina fue que Hank fue a la suya hace unos meses y la acosó. Por suerte yo estaba allí, así que eso lo ahuyentó, pero al parecer ya lo había hecho más veces.

¿Qué cojones...?

Iba a matarlo.

No necesitaba una pistola ni un cuchillo. Me bastarían las manos.

No podía hablar de lo enfadado que estaba. Y eso era una novedad.

Christopher continuó al ver que permanecía callado.

—Se mudó conmigo y a mí me pareció una decisión fantástica por Hank. Pero hace unos días se coló en nuestro apartamento y le tendió una emboscada al llegar a casa. Se pelearon en el pasillo. Ella le rompió la nariz y la muñeca, pero también sufrió algunos daños. En realidad no estaba enferma. Estaba en el hospital.

Ahora no podía respirar.

La había tocado.

Le había puesto las manos encima.

Le había hecho daño.

Retrocedí lentamente hasta que la parte posterior de mis piernas chocó contra el sofá. Caí con un golpe seco sobre el cojín; el corazón me latía tan rápido que, de hecho, me dolía. No podía recuperar la respiración. Sentía demasiada adrenalina. Joder, sentía demasiado dolor.

Christopher me habló de su intento de acudir a la policía y de cómo no había llegado a ninguna parte. Aquel hombre era demasiado poderoso al ser el fiscal del distrito de la ciudad de Nueva York. Ese tío era prácticamente intocable.

Hasta ahora.

Christopher me contempló atentamente.

—No has dicho nada en unos cinco minutos. ¿Estás bien?

Había procesado un montón de cosas en cuestión de minutos y mi cerebro tardó un segundo en ponerse al día. Cuando recobré la fuerza, volví a levantarme.

—No me puedo creer que no me lo contara...

—Como ya no estáis saliendo...

—Estaba saliendo con ella las dos primeras veces que la asaltó. —Le estaba gritando a Christopher a pesar de que él no había hecho nada malo—. Me voy a ocupar de esto.

—¿Qué vas a hacer?

—Todavía no lo sé, pero este problema está oficialmente resuelto. —Salí furioso de casa y dejé a Christopher atrás, sin importarme un carajo si se quedaba o se marchaba. Ni siquiera cogí el teléfono, ni las llaves.

Y corrí directo hacia Rome.

—¡ABRE la puta puerta! —Estampé los puños en la madera como si estuviera tocando la batería. Seguí llamando, magullándome los nudillos sin sentir siquiera una pizca de dolor—. Rome, haz lo que te digo o la tiro abajo.

Cuando finalmente abrió la puerta, tenía una expresión de resignación en la cara.

—No me puedo creer que te lo contara...

Di un portazo tan fuerte al entrar que las paredes temblaron.

—Y yo no me puedo creer que no me lo contaras tú. —Arremetí contra ella, obligándola a retroceder hasta que chocó contra la encimera de la cocina. Agarré el mueble con ambas manos a cada lado de ella y me enfrenté a ella, sintiendo mucha ira, la mayoría dirigida a ella—. Tienes una cara que flipas, ¿sabes?

—¿Qué? —Evidentemente, eso era lo último que había esperado que dijera.

—Me dejaste por mis trapos sucios, pero tú tienes más que yo. Ese cabrón lleva meses acosándote, ¿y tú no me lo contaste? ¿Acaso no creías que fuera un dato importante que yo merecía saber? —Le apreté la nariz contra la suya mientras continuaba gritando—. Podría haber violado o haberse llevado a mi novia, y yo no habría tenido ni idea. Que te jodan, Rome. —Al final retrocedí, apretando las manos en puños.

Impactada, me miró fijamente con el rostro pálido.

—Haz las maletas. Ahora.

—Eh, eh. ¿Qué dices? —No seguía el ritmo de mis pensamientos.

Volví caminando hacia ella, poniendo las manos de nuevo donde estaban antes.

—Que. Hagas. Las. Maletas. Vas a vivir conmigo hasta que nos ocupemos de esto.

—No voy a...

—¿Te quieres pelear conmigo? —La amenacé—. Vale, pero vas a salir perdiendo, Rome. Vas a salir perdiendo sin ninguna puta duda. —Tenía los ojos abiertos de par en par y me temblaban las manos—. Haz lo que te digo o te obligaré a hacerlo. ¿Qué prefieres?

Normalmente Rome habría luchado conmigo con uñas y dientes, pero debía de saber que yo había llegado al punto de ebullición. Estaba tan loco por la rabia que ya no lograba pensar con claridad. O tal vez tenía miedo de verdad, le atemorizaba quedarse en su propio apartamento porque ese psicópata podría volver en cualquier momento.

—Dame un minuto para hacer las maletas...

Finamente retrocedí al ver que estaba cooperando. Crucé los brazos sobre el pecho y la miré fijamente.

—Date prisa. No quiero que estés en este apartamento ni un momento más de lo necesario.

EL TRAYECTO de vuelta a mi casa estuvo impregnado de intensidad.

Aún tenía la mano cerrada en un puño sobre el muslo, con los nudillos blancos y a punto de estallar. Mantuve los ojos fijos en la ventana, sin mirar a Rome y sin acercarme demasiado a ella. Estaba tan enfadado con ella que no sabía qué hacer. Quería estrangularla, asfixiarla. La traición era tan abrasadora que no podía pensar claramente.

No cometió el error de pronunciar una sola palabra. No me importaba una mierda que mi chófer escuchara toda nuestra conversación, pero para ahorrarse parte de la vergüenza, ella fue lo bastante inteligente como para permanecer callada.

Llegamos a la casa y, para mi sorpresa, Christopher aún estaba allí.

—No sabía si ibas a volver... No tenía ni idea de cómo... —Dejó de hablar cuando vio a Rome arrastrando la maleta a sus espaldas hasta la casa. La contempló antes de girarse hacia mí, pidiéndome en silencio una explicación.

—Ahora va a vivir conmigo. —Señalé la puerta.

Christopher miró a Rome.

—¿Qué está pasando...?

—Habla de ello más tarde. Pero ahora mismo necesito estar a solas con Rome. —Estaba manteniendo mi temperamento bajo control sólo porque él había sido tan amable como para contarme la verdad, pero lo cierto es que estaba a punto de gritar.

En aquella ocasión, Christopher hizo lo que le ordené. Salió y cerró la puerta,

dejando a Rome sola conmigo. Sinceramente, yo no estaba seguro de que esa fuera una decisión sabia.

Una vez que la puerta estuvo cerrada y nos quedamos juntos y a solas, el silencio fue ensordecedor. Había tanto silencio que podía oír cómo me latía la sangre tras las orejas. Cuando apreté los puños, pude oír el leve crujido de los nudillos.

Rome estaba de pie junto a su maleta con los brazos apretados con fuerza alrededor de la cintura. Era la primera vez que la veía perder su seguridad en sí misma. Parecía arrepentida, pues sabía que era culpable de lo que había hecho. No mantuvo la cabeza alta con elegancia, con el respeto de una reina.

Hice la mayor pregunta que me rondaba la cabeza.

—¿Por qué no me lo contaste?

—Tú sabes por qué.

—La verdad es que no. —Mantuve la voz baja, pero la amenaza que impregnaba mi tono no desapareció en ningún momento—. Y me lo vas a decir.

—Porque sabía que harías algo estúpido. Como matarlo.

—Eso no suena para nada estúpido. Más bien lo contrario. —Quería que el cuerpo de aquel hombre estuviera en un contenedor en la calle 12, pudriéndose y apestando el callejón. Quería que su cadáver estuviera cortado en pedacitos pequeños, perfectos para alimentar a los peces del puerto.

—Es un hombre muy poderoso...

—¿Y crees que yo no lo soy? —Yo era un oponente que nunca perdía una batalla.

—Tú te has esforzado mucho por construir esta vida. No quería destrozarte con esto.

—¿Destrozarme?

—Puede hacer que tu vida se convierta en una pesadilla, Calloway. Christopher ha intentado intervenir, pero sé que Hank le retiraría la licencia,

haría que lo despidieran y eliminaría todos sus logros. No podía dejar que eso le ocurriera. Y no voy a dejar que te ocurra a ti.

—Que lo intente. —Reduje el espacio que había entre nosotros, acorralando a Rome contra la pared—. Las cosas van a ser de la siguiente manera. Tú ahora vives conmigo. Te llevaré al trabajo todos los días, y también a cualquier otro sitio al que quieras ir. Pero permanecerás donde yo pueda verte en todo momento. ¿Entendido?

Ella quería discutir. Era obvio por la oscuridad de sus ojos. Tenía los labios apretados con fuerza, como si estuviera intentando tragarse la discusión.

—No te he oído. —Acerqué más la cara a la suya.

—Creo que es un poco extremo...

La agarré por el cuello, incapaz de controlar mi temperamento.

—Respuesta incorrecta. Ese tío se coló en tu apartamento y te dio una paliza. En todo caso, no es lo bastante extremo. Ahora vas a hacer lo que te digo. ¿Está claro?

Ella no me apartó la mano, pero sus ojos rompieron el contacto visual con los míos. Se sentía menos poderosa y astuta. Y sabía que tenía la culpa por haber dejado que las cosas se pusieran tan mal sin mi ayuda.

—Vale.

Al final la solté y cogí su maleta, preparado para llevar sus cosas a una de las habitaciones libres.

—Vas a quedarte conmigo hasta que arregle esto. No vas a ir a ningún sitio sin decírmelo. No vas a hacer nada sin que yo lo sepa. Así que olvídate de tener citas o de pasar tiempo con tus amigas.

YO ESTABA SENTADO en el salón mientras ella permanecía en la planta de arriba, dentro de su habitación. Necesitaba pasar algo de tiempo a solas para meditar y soltar la furia que hervía dentro de mí. Estaba muy enfadado con

Rome por no habérmelo contado, porque había necesitado mi protección, pero nunca me la había pedido. Pero estaba aún más furioso con el hombre responsable de esa situación, el hombre que era lo bastante estúpido como para pensar que podía perseguir a mi chica y librarse.

Tenía que idear un plan para deshacerme de él de una vez por todas.

A pesar de lo mucho que me habría gustado matar a Hank, aquello no funcionaría. Era demasiado conocido por todo el mundo en la ciudad como para desaparecer sin dejar rastro. Tenía que descubrir más cosas de ese tío y averiguar la mejor manera de acabar con él, de eliminar su obsesión con Rome.

Los pasos de Rome interrumpieron el curso de mis pensamientos. Bajó las escaleras y entró al salón, aún con la misma ropa que llevaba antes. Había pasado horas en su habitación, probablemente esperando hasta que mi ira se disolviera.

Eso no iba a ocurrir.

Se dejó caer en la silla que había a mi lado y el vestido se le subió por encima de la rodilla. Se echó el pelo sobre un hombro, dejando al descubierto su cuello esbelto y atractivo. El olor a vainilla me sacudió de inmediato, trayendo consigo recuerdos de nuestras noches juntos.

Yo seguía enfadado con ella, y sospechaba que siempre lo estaría.

—Y ahora, ¿qué? —susurró.

—Estoy pensando.

—No puedes matarlo, Calloway. Ninguno de los dos podríamos salir impunes.

El hecho de que ella ya se hubiera planteado el asesinato me hacía sentir un poco mejor.

—Ya lo sé.

—Ese tío es una pesadilla. No estoy segura de cómo deshacerme de él.

—Confía en mí, encontraré la manera.

No iba a dejar que Rome siguiera siendo un blanco. Adonde fuera ella, iría yo. Y si él iba tras ella, tendría que vérselas conmigo. Ahora que ella estaba a mi lado y que nuestra conversación era relativamente tranquila, giré la barbilla y la miré, viendo sus ojos verdes oscuros y adormilados. Pude ver el ligero hematoma alrededor de su ojo izquierdo, el lugar donde Hank la había golpeado. La idea de que ella hubiera luchado contra él para no ser violada me mataba por dentro. Rome llevaba una vida altruista ayudando a los demás. De todas las personas del mundo, ella era la que menos se merecía esto.

Levanté la mano hasta su mejilla y después hasta su cabello, mientras le besaba el golpe descolorido. Su piel me pareció fría al contacto con mis labios, en lugar de cálida por el fuego, tal y como estaba acostumbrado. Le rodeé la cintura con el brazo y le di un beso en la frente, tocándola por primera vez en un mes. Con el primer contacto, me temblaron las manos. Echaba de menos aquel afecto más de lo que creía, y ya sabía que lo echaba mucho de menos.

—Todo saldrá bien. Ya no tienes que tener miedo.

Por lo normal, ella discutiría y diría que no tenía miedo a nada. Me diría que no me necesitaba ni a mí ni a nadie. Su personalidad dura saldría con los puños alzados. Pero en esta ocasión no lo hizo. Esa era la única confirmación que necesitaba. Por fin había llegado al final del camino. Estaba agotada de la batalla constante, sabiendo que Hank la pillaría con la guardia baja una y otra vez.

Bajé la mano por su espalda, masajeándola con suavidad.

—No dejaré que te ocurra nada.

No iba a dejar que se apartara de mi vista hasta saber que Hank había desaparecido de verdad. Me emocionaba poder pasar más tiempo con ella, pero también despreciaba la idea porque no había cambiado nada entre nosotros. Ella quería un romance y yo quería látigos y cadenas. Ella quería casarse y yo quería permanecer soltero hasta mi último aliento.

Me vino a la mente la conversación que había tenido con mi madre y me imaginé sentado en aquel balcón en su lugar. Nadie vendría a visitarme, ni siquiera Jackson. No tendría hijos que me recordaran, que vinieran a leerme.

No habría una mujer que me sostuviera la mano y me reconfortara aun sabiendo que no la reconocería.

Pero aquellas imágenes deprimentes no me afectaron. Era el hecho de que mi vida no tenía nada que mostrar. Si llevaba una vida sin importancia, tendría una muerte sin importancia. Mi necesidad de control era irrelevante porque no tenía control sobre mi propio destino.

—¿Calloway?

La hermosa voz de Rome me devolvió a la conversación.

—Te habías distraído... —Aún recordaba todas mis expresiones como si no hubiéramos estado separados.

—Es que... —No sabía cómo formular la respuesta porque no estaba seguro del todo de en qué había estado pensando. Nunca me había sentido tan confuso. Antes de que Rome entrara en mi vida, nunca pensaba en esas cosas. Pero ahora estaba lleno de dudas—. Nada.

Rome no intentó saciar su curiosidad.

—Me alegro de que estés bien. —Volví a prestarle toda mi atención, mientras mis dedos veneraban su cabello suave. Quería borrar lo que le había ocurrido, acabar con Hank antes de que tuviera la oportunidad de volver a mirarla jamás. Esa mujer lo era todo para mí. Cuando ella sufría, yo sufría—. Si te hubiera pasado algo peor... —No pude terminar la frase porque era demasiado difícil. Sólo la sugerencia de que Hank la sometiera hacía que me dieran náuseas.

—Pero no me pasó nada. —Enroscó los dedos esbeltos sobre mi muñeca, aún fríos—. Eso es lo único que importa.

Le miré fijamente los labios y me morí de ganas de besarla, de sentir esos labios suaves contra mi boca. Quería rodar sobre mis sábanas mientras estaba completamente hundido en ella. Quería sentir esa conexión con ella, esa potente tensión que siempre me curaba todos los dolores y heridas. Pero ella y yo seguíamos estando a mundos de distancia.

Rome también debió de sentir la conexión porque se disculpó.

—Debería ir a la cama. Estaría bien conseguir dormir algo. Llevo unos días sin poder pegar ojo.

Probablemente porque estaba aterrorizada de que ese cabrón volviera a su apartamento.

—Buenas noches. —La dejé ir con reticencia y la miré mientras subía por las escaleras hasta que desapareció de mi vista.

Cuando estuve solo, me eché hacia atrás y me quedé mirando la televisión apagada. La mujer de mis sueños compartía la casa conmigo y su dormitorio estaba en el extremo del pasillo opuesto al mío. ¿Sería capaz de quedarme en mi propia habitación y de no meterme bajo las sábanas con ella? No tenía mucho autocontrol, no cuando se trataba de Rome.

INTENTÉ CONCILIAR EL SUEÑO, pero fue inútil. Me quedé mirando el techo en la oscuridad, con la mano apoyada sobre el pecho. No había tenido sexo en un mes y sabía que eso ponía patas arriba mi ritmo. Y sabía que tenía algo que ver con la morena que estaba al otro lado del pasillo.

No tenía una pistola, pero no la necesitaba. Si Hank descubría de algún modo que Rome estaba allí, podría cargármelo con mis propios puños. No estaba seguro de cómo averiguaría siquiera que ella estaba en mi casa. Tendría que estar acosándola como si estuviera mirándola a través de un microscopio.

Un golpe suave sonó sobre la puerta de mi habitación antes de que se abriera.

Me incorporé en la cama automáticamente; mis reflejos tomaron el control.

Rome metió la cabeza dentro. Llevaba puesta una de mis camisetas viejas, que debía de haberse llevado cuando se marchó. Hacía semanas que no la veía en casa.

—Siento despertarte...

—No estaba dormido. —Me la quedé mirando y esperé una explicación.

—¿Puedo quedarme contigo? —Formuló la pregunta como si le doliera decir

las palabras en voz alta—. No puedo dormir...

—Sí. —No había nada que deseara más que volver a tener a esa mujer en mi cama. Ella no sería la única que por fin lograra conciliar el sueño. Yo también lo haría. Aparté las mantas y di unos golpecitos sobre la sábana, a mi lado—. Ven aquí.

Caminó hacia la cama y se subió a ella. Estaba preciosa con mi ropa. Su cuerpo frío se extendió junto al mío y tiró de las sábanas para taparse, rodeada por el calor que emanaba mi cuerpo.

En cuanto se tumbó a mi lado, le agarré una pierna y se la puse sobre mi cintura, sintiendo la piel suave bajo las yemas de los dedos. Apoyé la cara contra la suya y el dolor desapareció de inmediato. El simple hecho de tenerla junto a mí me hacía sentir mejor, me hacía sentir algún tipo de alegría. Tenía el pene duro y sabía que ella lo notaba, pero era algo fuera de mi control. Estaba tan necesitado de ella que me empalmaba cada vez que estábamos juntos en la misma sala.

Se acurrucó contra mi pecho y suspiró hondo, como si por fin estuviera relajándose y dejándose llevar. Me puso la mano en la cintura y los mechones de pelo me hicieron cosquillas en la piel con el más leve movimiento. Parecía que hubiéramos retrocedido cuatro meses, cuando los dos estábamos mejor juntos que separados.

Le di un beso en la frente, notando que mis pensamientos se disipaban.

—Buenas noches, cariño.

—Buenas noches, Sexi.

Rome

NO HABÍA DORMIDO ASÍ DE BIEN EN CUATRO DÍAS.

Era una sensación maravillosa.

En el instante en que posé la cabeza sobre la almohada tumbada junto a Calloway, se me apagaron las alarmas. Con el rey justo a mi lado, sabía que estaba segura en ese castillo, sabía que era intocable. Finalmente podía bajar la guardia y dormir de verdad.

A la mañana siguiente, no quería salir de la cama. No era porque estuviera demasiado cansada, sino porque estaba muy cómoda. Las sábanas olían a su gel con un toque de menta, a puro Calloway, y eran muy suaves al tacto. Echaba de menos quedarme en la cama todos los sábados, tocando los músculos fuertes de todo el cuerpo de Calloway.

Cuando sonó el despertador, Calloway lo apagó y se incorporó en la cama. Estaba de espaldas a mí mientras estiraba los brazos y los músculos se le retorcían y cambiaban bajo su piel al moverse.

Quise estirar la mano para tocarlo, pero las mantuve quietas.

—¿Qué tal has dormido?

—Como un tronco. —Se quedó mirando fijamente al frente antes de levantarse y quedarse de pie en bóxers. Con aquellos muslos tonificados y aquellas piernas tan largas, parecía la descripción perfecta de cómo debería ser un hombre—. ¿Y tú?

—Bien.

Sin decir otra palabra, entró en el baño y se metió en la ducha.

Esperaba que hubiera intentado algo, que me hubiera desnudado mientras estaba en su cama, pero no hizo nada. Se había empalmado, había notado la erección contra mi cadera. Pero no parecía estar pensando en sexo. Probablemente estaba demasiado enfadado con todo.

Me preparé en el otro baño y, media hora después, los dos estábamos listos para marcharnos. Nuestra rutina era exactamente la misma que antes, y nos reunimos junto a la puerta de entrada. Su chófer nos llevó al trabajo y entramos al edificio al mismo tiempo.

—A lo mejor debería coger otro ascensor —dije, pues no quería que nadie de la oficina nos viera entrar juntos.

La puerta se abrió y señaló hacia dentro.

—No.

—Pero, ¿y si...?

—Me importa una mierda. —Entró y sostuvo la puerta abierta—. ¿Y qué si la gente piensa que nos estamos acostando? Nos estábamos acostando, así que no se equivocarían. Así que adentro. —Calloway me clavó la mirada; parecía el diablo con traje.

No me gustaba la autoridad de Calloway, pero me sentía tan culpable por no haberle contado la verdad sobre Hank que obedecí. Se merecía estar enfadado y protector. Yo no tenía ningún derecho a quitarle eso, así que cooperé. Entré en el ascensor y me quedé a su lado.

Apartó el brazo y dejó que se cerraran las puertas. Inmediatamente, el ascensor subió a la planta alta del edificio. Como todas las otras ocasiones en que estábamos en un espacio cerrado, sentí cómo la electricidad me hormigueaba en la piel. El ardor me atravesó el cuerpo, haciéndome estallar en llamas como si yo fuera un infierno cegador. Quería rodearle el cuello con los brazos y besarlo como solía hacer.

Deseé que me diera lo que yo quería. Deseé que cambiara por mí.

La puerta se abrió y entramos en el recibidor, y todo el mundo nos vio llegar juntos. Yo giré por el pasillo hacia mi oficina y él fue en el sentido opuesto, dirigiéndose a su enorme despacho junto a la fachada posterior.

Entré en la oficina y me senté, y de repente lo eché de menos más que nunca antes.

CUANDO ACABÓ LA JORNADA LABORAL, Calloway apareció en el umbral de mi puerta, igual de sexi que esa mañana. Aún tenía el traje impecable y la barba incipiente le había crecido a lo largo del día. Su ayudante me había traído la comida a mediodía para que no tuviera que ir a ningún sitio y ahora que él estaba allí, se aseguraría de que yo no volviera a su casa sin compañía.

—¿Has terminado? —me preguntó, apoyándose contra el marco de la puerta. Cruzó los brazos sobre el pecho y el reloj de muñeca reflejó la luz.

—Sí... —Guardé el correo que estaba escribiendo y suspendí el ordenador antes de coger el bolso. Llegué hasta su lado, sabiendo que al marcharnos juntos confirmaríamos las sospechas de todo el mundo de que estábamos juntos de verdad.

Pero yo no podía hacer nada por evitarlo.

Salimos juntos, manteniendo medio metro de distancia entre nosotros todo el tiempo. Llegamos al coche y el chófer nos llevó de vuelta a casa de Calloway, a unas manzanas de distancia. Su barrio era silencioso en comparación con el tumulto del resto de la ciudad.

Entramos y nos vimos rodeados de intimidad de nuevo. Me quité los tacones de inmediato y los dejé junto a la puerta, sabiendo que me los pondría a la mañana siguiente. Me hacían daño en los pies todos los días, pero eran tan bonitos que no podía desprenderme de ellos. Además, los había conseguido por un precio muy bueno.

Calloway se deshizo la corbata y se la dejó colgando en el cuello, como solía hacer cuando volvíamos juntos a casa. Se lanzó hacia la cocina, abrió el

armario de licores y cogió una botella de su *whisky* escocés favorito.

Había imaginado que volvería a retomar el hábito.

Sacó un vaso del armario mientras yo quitaba la botella de la encimera.

—Nada de esto.

Me contempló con los párpados caídos.

—Ya no estamos saliendo. Puedo hacer lo que me dé la puta gana. —Estiró la mano hacia la botella.

Retrocedí y la mantuve fuera de su alcance.

—Tú vales más que esto. Sé que sí.

—Me tomo un chupito para aplacar el dolor. Eso no me convierte en un alcohólico.

—Pero te convierte en alguien dependiente. —Desenrosqué el tapón y la sostuve sobre el fregadero, amenazando con vaciarla por el desagüe. Sabía que era añejo y caro, así que si la tiraba se enfadaría mucho. Pero no necesitaba recurrir al alcohol cada vez que hubiera un bache en el camino.

Me miró con agresividad; su enfado era palpable.

—No te atrevas.

—Puedes guardarlo para ocasiones especiales.

—Los dos sabemos que no tengo amigos.

—Pues igual deberías hacer alguno. —Volví a poner el tapón y la guardé en el armario—. Voy a fiarme de que no te la beberás cuando yo no esté presente. ¿Puedo confiar en que no lo hagas? —Me puse las manos en las caderas y lo observé, sabiendo que fuera cual fuera la respuesta que me diera, sería cierta. Me había mentido antes pero, por alguna razón, aún confiaba en él.

Observó el armario antes de volver a mirarme a mí. Apretó la mandíbula con irritación y no ocultó el fastidio que se reflejaba en su expresión.

—Sí. —Agarró el vaso que había sobre la encimera y lo volvió a guardar en el armario. Cerró la puerta y se apoyó en la encimera con los brazos cruzados sobre el pecho.

Ahora no tendría que mantenerlo vigilado.

—Gracias.

Asintió.

—Voy a darme una ducha. —Me alejé de la cocina, queriendo apartarme del calor abrasador que sentía entre nosotros.

—No he terminado de hablar contigo.

Me di la vuelta, molesta.

—¿Crees que ahora puedes darme órdenes? —Lo había soportado unos días, pero me estaba cansando de ello.

—Sí. Te daré todas las órdenes que yo quiera. —Sus ojos azules ya no eran carismáticos, sino un poco aterradores—. Tenemos que ponernos manos a la obra con lo de Hank. A lo mejor quieres hacerlo antes de ducharte. Tú decides.

—¿Ponernos manos a la obra con lo de Hank, en qué sentido?

—Necesito que me lo cuentes todo de él. Quiero saber dónde vive, qué aspecto tiene, si sus padres están divorciados... todo. Cuanta más información tenga, más fácil será.

No quería hablar de Hank, ni ahora ni nunca. Pero no había forma de evitarlo. Sabía que Calloway necesitaba esa información, no para matarlo, sino para destruirlo.

—Vale.

NOS SENTAMOS a la mesa a cenar juntos, tensos y en completo silencio.

Calloway estaba sentado frente a mí, con una camiseta que le dejaba los antebrazos descubiertos. Fuerte y poderoso, parecía un soldado romano que podía acabar con un ejército por sí solo.

—¿Puedo hacerte una pregunta? —susurré.

Dejó de comer y me miró directamente a los ojos.

—Ya sabes cuál es la respuesta.

Esperaba que eso fuera un sí.

—¿Cómo está tu madre?

Encogió los ojos como si no se esperara esa pregunta.

—Está bien. La vi el sábado.

—Es una mujer adorable.

—Sí... —Enroscó la pasta en el tenedor, pero no dio ningún bocado—. Se acordó de ti.

Oí las palabras, pero me costó procesarlas.

—¿Qué?

—Se acordó de ti —repitió—. Me preguntó dónde estabas. —Se rio por lo bajo, pero la risa estaba llena de dolor—. Nunca se acuerda de mí pero, por algún motivo, se acordó de ti.

—¿En serio? ¿Qué dijo?

Bajó el tenedor y apartó el plato intacto.

—Que eras encantadora.

Para mi sorpresa, se me humedecieron los ojos. Sabía que Calloway lo pasaba mal por la enfermedad de su madre. Cada una de sus visitas le provocaba un gran dolor. Era su madre, pero él nunca podría ser su hijo porque ella no lo recordaba.

—Me dijo que dejara mi estilo de vida promiscuo y que sentara cabeza. Es irónico, porque no recuerdo la última vez que mi madre me dio una lección.

Fue bonito, de un modo extraño. —Se recostó contra la silla con una mano apoyada sobre la mesa.

—No sé qué decir...

—No hay nada que decir, Rome. Simplemente parece que tienes el mismo efecto en mi madre que en mí... y que en todo el mundo.

Era un comentario bonito e hizo que sintiera mariposas en el estómago.

—A veces me pregunto si tiene razón.

—¿Razón sobre qué?

—Sobre ti. Sobre que debería dejar mi estilo de vida por ti. —Me miró a los ojos mientras hablaba—. He sido infeliz sin ti. La idea de estar con cualquier otra persona me pone enfermo, literalmente. Tengo la libertad de encadenar a alguien, pero no quiero... porque sólo quiero estar contigo. No he dormido en cuatro semanas porque no es lo mismo sin ti a mi lado. Todos los días me pregunto qué estarás haciendo mientras yo estoy solo en casa. Pienso en ti constantemente, preguntándome si tú estarás pensando en mí.

—Sí —susurré—. Estoy pensando en ti. A cada minuto.

Se le ablandaron los ojos.

—A veces pienso que puedo dejarlo. Pero otras pienso que no puedo...

Yo quería que dejara el Ruin y que empezara de cero conmigo. Quería que renunciara a la otra mitad de su alma, a la sombra oscura que pertenecía a la noche. Quería que saliera a la luz conmigo para que pudiéramos pasar la vida juntos como dos personas que se amaban. Pero no quería obligarle a hacerlo. Tenía que tomar la decisión por sí solo.

—No puedo renunciar a ti. Pero tampoco puedo renunciar a esto.

Cada vez que él llegaba a una encrucijada, siempre escogía el tipo de vida que ya conocía. Quería escogerme a mí, pero no podía decidirse a hacerlo.

—A veces pienso que puedo... pero me temo que, si doy la espalda a lo que soy realmente, al final sea peor. —Apretó la mandíbula como si estuviera pensando en un recuerdo del pasado, algo que lo enfurecía.

Yo estaba en esa misma encrucijada. Quería pasar página y encontrar un hombre con el que pudiera pasar el resto de mi vida. Alguien bueno y compasivo que fuera un padre y un marido fantástico. Pero ¿acaso eso importaba de verdad cuando quería a Calloway? ¿Cuando siempre le había querido?

Me encantaba cada uno de sus rasgos, incluso sus caras más oscuras. Me encantaban su intensidad y su temperamento. Me encantaba el modo en que me hacía sentir como mujer cuando estábamos juntos en la cama. Me encantaba su necesidad feroz de protegerme aunque juraba que no lo necesitaba. Me encantaba la forma en que me hacía sentir pequeña cuando me rodeaba la cintura con su brazo grueso. La claridad y la oscuridad, me encantaban ambas partes.

Calloway me contempló, sabiendo que mi mente estaba funcionando a toda máquina.

—¿Todavía me quieres?

Moví los ojos al oír la pregunta, sorprendida de que necesitara siquiera preguntarlo.

—Claro.

Su mirada volvió a ablandarse, esta vez de dolor y añoranza.

—Quiero dejarlo todo por ti... pero es que no creo que pueda.

—Ya lo sé...

Se inclinó hacia adelante, apoyando los codos sobre la mesa.

—Vamos a encontrar un punto medio, Rome. Dame una oportunidad. Deja que sea tu dominante. Si yo consigo lo que quiero, tú consigues lo que quieres.

—Supongo que se te ha olvidado por qué estoy viviendo contigo...

Cerró los ojos como si se sintiera insultado, y respiró hondo antes de volver a abrirlos.

—Hank es un psicópata y un criminal. Yo no agredo, acoso ni violo a las

mujeres. A lo mejor te cuesta entenderlo porque nunca lo has probado, pero es completamente distinto. Es bonito, intenso... te gustará.

—No sé, Calloway.

—Puedo darte lo que necesitas. Puedo hacerte el amor todas las noches. Puedo llevarte a cenar, abrazarte, lo que tú quieras. Y podemos hacer lo que yo quiera en otros momentos. Creo que es bastante justo.

No había nada que deseara más que tener a Calloway de nuevo. Mi sangre lo reclamaba a gritos.

—Calloway, no hay nada que desee más... pero no puedo afrontarlo. Hank me atacó hace menos de una semana. No podría dejar que tú me ataras y me castigaras. No puedo soportar eso...

—No te ataría a menos que me lo pidieras. No tenemos que hacer nunca nada que no quieras hacer. Creo que no lo entiendes, Rome.

—No, sí que lo entiendo —susurré—. Dijiste que una relación entre un dominante y una sumisa se basa en la confianza, ¿no?

Asintió.

—No confío en ti, ni en nadie, lo bastante como para mantener ese tipo de relación. No es nada personal, Calloway.

—Sí que es personal —susurré—. Nunca te haría daño.

—Pero a ti te pone hacer daño a las mujeres. No tiene ningún sentido.

—Pero a las mujeres les gusta el dolor, porque es agradable.

—No. —Cuanto más hablábamos de ello, más convencida estaba de que no podría soportarlo. Después de ser una presa para tantos hombres distintos en tantas circunstancias diferentes, no podría seguir siéndolo. Quería una relación normal en la que me sintiera con el mismo poder. No podía darle a Calloway todo el control porque necesitaba parte de ese control para sentirme segura. No había nada que hacer—. Lo siento...

Inclinó la cabeza decepcionado.

—Está bien... Lo entiendo.

No podía seguir sentada a la mesa con él. Mirarlo me hacía demasiado daño. Quería arrastrarme hasta su regazo y rodearle el cuello con los brazos, sintiéndome segura contra su cuerpo robusto. Pero no podía hacerlo. En lugar de eso, dejé la cena intacta, decidida a tomármela más tarde, y me marché de la cocina, volviendo a la soledad de mi habitación.



ME SENTÍA ABSOLUTAMENTE segura en su casa, sabiendo que Hank no podría atraparme, aunque supiera que estaba allí, pero aun así no podía dormir. Después de haber compartido la cama con Calloway la noche anterior, sabía que nunca conseguiría pasar una buena noche estando él al otro lado del pasillo. Había algo en su calor corporal, en su respiración rítmica y en su olor que me apaciguaba y hacía que me durmiera como si fuera una nana. Tras la difícil conversación que habíamos tenido antes, no debería acercarme a él.

Pero era demasiado débil.

Llamé a la puerta con los nudillos suavemente mientras la abría.

Estaba tumbado con la cara apuntando al techo. Tenía las sábanas recogidas alrededor de la cintura y una mano apoyada en el pecho.

—Ven aquí. —Apartó las sábanas para que pudiera meterme debajo junto a él, que estaba tan despierto como yo.

Me metí entre las mantas y me acurruqué a su lado, sintiéndome mejor de inmediato una vez que estuvo a mi lado. Su cuerpo fuerte era un calefactor natural, emitiendo un calor que se absorbía en las sábanas de algodón.

Me rodeó con sus brazos fuertes y me estrechó contra él, y yo me sentí como si aquello fuera un sueño. Me rozó el nacimiento del pelo con los labios y suspiró de alegría cuando estuve junto a él.

—Me gustaría decir algo.

—Vale...

—Cuando nos conocimos, me abofeteaste en aquel bar... tres veces.

—Sí... Me acuerdo. —Aún me daba vergüenza recordarlo.

—No te dije que parases porque me gustó. Me gustó el dolor, el chasquido de la palma de tu mano contra mi mejilla. Me gustó el modo en que la piel me ardió del calor. Me gustó ver la furia en tus ojos, la satisfacción que obtuviste al castigarme. Nunca la había tenido tan dura y lo único que deseé hacer fue inclinarte sobre la barra y follarte.

Se me aceleró el corazón por su honestidad... y de excitación.

—Eso es lo que quería que tuviésemos, ese tipo de dolor sensual y abrasador que resulta tan placentero. No se trata de hacerte daño para correrme. Se trata de que los dos experimentemos la misma adrenalina, la misma descarga. Quiero que comprendas eso.

Sabía que él quería de verdad salirse con la suya, pero daba igual lo que dijera: era demasiado testaruda para cambiar de opinión. Quería a aquel hombre... todavía. Y tenía la sensación de que le querría siempre. Pero el amor no era suficiente para hacerme superar mi pasado, para permitir que alguien me utilizara como me habían usado antes. Ya había pasado por eso demasiadas veces. Y no volvería a hacerlo.

Calloway supo que sus palabras no tuvieron ningún efecto sobre mí. Suspiró y hundió la cara en mi cuello. Volvió a rodearme con sus brazos reconfortantes y me puso la pierna sobre la cadera, exactamente donde a él le gustaba. Apretó la erección contra mí, larga y gruesa. Pero no intentó mantener sexo conmigo, aunque probablemente podría haberme seducido si lo hubiera intentado.

Odiaba decepcionarle.

Pero tampoco me quería decepcionar a mí misma.

Calloway

LA ESCOLTÉ AL TRABAJO, A COMER Y DE VUELTA A CASA OTRA VEZ, CON LA puntualidad de un reloj. Quería saber dónde estaba en todo momento, para que ese hijo de puta no pudiera propasarse con ella otra vez. A medida que los días pasaban y los hematomas desaparecían, la calma fue abriéndose paso lentamente.

Pero yo siempre estaría cabreado por dentro.

Había intentado lograr que Rome se replanteara mi oferta. Incluso le había ofrecido un compromiso.

Pero ella no lo había aceptado.

Al principio me atraían su fuego y su testarudez. Me encantaban su fuerza y su habilidad para dominar una sala a pesar de su corta estatura. Pero ahora me estaba sacando de quicio de verdad.

No estaba dispuesta a aceptar nada menos que lo que se merecía.

A pesar de mi enfado, en realidad la respetaba por eso.

Y eso sólo hacía que la deseara aún más.

Era un círculo vicioso. Deseaba a esa mujer con desesperación, pero no podía tenerla. En muchas ocasiones me había planteado ceder y simplemente darle lo que ella quería. Tal vez ya no debería ser un dominante, pero al menos todavía la tendría. Disfrutaba pasando tiempo con ella, durmiendo con ella y

todo lo demás que estaba incluido en el paquete.

Pero ¿podría ocultar mi lado oscuro para siempre?

Probablemente no.

Me senté en la oficina de Humanitarians United y miré por la ventana hacia la ciudad. Hank estaba ahí fuera en alguna parte, viviendo su vida como una cucaracha bajo el fregadero. Lo encontraría, y muy pronto lo aplastaría con el zapato. Él no tenía ni idea de que iba a por él, de que había cabreado a un hombre poderoso al que no se debería provocar.

Rome obtendría su venganza. Yo me ocuparía de ello.

Al final del día, me acerqué hasta su oficina y anuncié mi presencia en silencio, sólo con una mirada.

Aunque estaba de espaldas a mí, se percató de mi llegada. Me miró con esas preciosas esmeraldas que tenía por ojos y preparó las cosas para marcharse. Llevaba una falda ceñida y una blusa entallada. Las piernas se le veían increíbles con la falda.

Me moría de ganas por follármela.

Habían transcurrido seis semanas sin sexo. Me estaba volviendo loco, y me pregunté si ella también estaría volviéndose loca.

Seguro que sí.

Salimos del edificio, ignorando las miradas entrometidas que nos lanzaba todo el mundo mientras pasábamos. Todos sabían que nos estábamos acostando y a mí me parecía bien. Dean se mostraba inquieto en mi presencia, porque se había dado cuenta de que había tonteado con la chica del jefe. Probablemente pensaba que lo iba a despedir en cualquier momento.

Perfecto.

Volvimos a casa y, como si siguiéramos siendo una pareja, ella empezó a preparar la cena en la cocina mientras yo me duchaba en mi dormitorio. Me sentí tentado de masturbarme con el champú, pero me contuve. Tocarme nunca era igual de divertido que el sexo real. Preferiría haber estado deslizado el pene en su sexo húmedo que en mi mano.

Me sequé y me vestí antes de bajar las escaleras, frustrado sexualmente como nunca antes. El enfado y la ira manaban dentro de mí, no porque esperara sexo por parte de Rome a cambio de dejar que viviera conmigo, sino por lo mucho que la deseaba.

Tomamos la cena en silencio. Yo no me molesté en entablar una conversación, porque temía darle la orden de que se inclinara sobre la mesa y se levantara la falda. Ya había tenido esa fantasía antes, especialmente cuando estaba sentado ante el escritorio en mi oficina.

Después de la cena, nos sentamos en el sofá y vimos la tele. Rome estaba ocupándose de unos papeles en su lado del sofá y yo leía un libro, aunque no estaba interesado en él. Yo estuve empalmándome y relajándome durante toda la noche, y el movimiento constante de la sangre no hizo más que empeorar mi humor.

Al final, simplemente me marché a la cama.

Necesitaba que hubiera espacio entre ella y yo. No podía mirarle las piernas sin imaginármelas alrededor de mi cintura. No podía mirarle los labios sin imaginármelos rodeando mi erección. No podía dejar de imaginarme con el pene hundido dentro de su trasero.

Así que me quedé tumbado en la cama, aún empalmado y absolutamente frustrado.

Una hora más tarde, llamó suavemente a la puerta y la abrió.

Por supuesto, quería dormir con ella. Había algo en su presencia que me permitía relajarme, dormir sin pesadillas. Pero en ese momento no estaba de humor para dormir. Todo me estaba pasando factura: la falta de control, la falta de sexo y mi furia en general.

En esta ocasión, no pidió permiso para entrar. Simplemente pasó.

—Si te metes en esta cama, voy a besarte. Y después voy a follarte. —Le di una clara advertencia, queriendo que comprendiera de qué clase de humor estaba. No estaba interesado en acurrucarme a menos que mi pene estuviera hundido en ella al mismo tiempo—. Así que te sugiero que esta noche te quedes en tu habitación.

Se quedó parada en medio de la alfombra, a medio camino entre la puerta y la cama. Con la misma camiseta que llevaba siempre, con esa tela sin forma, tenía un aspecto sensual. El pelo le caía por el pecho y se le veían las preciosas piernas por debajo. Me miró con una expresión indescifrable.

Esperé a que saliera, pero tenía la esperanza de que no se marchara a ninguna parte.

Agarró la camiseta y se la sacó lentamente por encima de la cabeza, dejando expuestas sus tetas perfectas y el tanga negro.

«Dios mío».

Bajó los dedos por su cuerpo, los pasó por los pechos redondos y por el estómago, hasta el lazo del tanga. Lo toqueteó antes de bajárselo por sus piernas largas, y lo apartó a un lado.

«Joder».

Paseó lentamente hasta llegar a la cama, bamboleando las caderas mientras se movía.

«Por favor, que no sea un sueño. Por favor, que no sea un sueño».

Trepó por la cama hasta mi pecho, rozándome el cuerpo con su pelo largo al moverse. Separó las piernas y colocó una a cada lado de mis caderas. Bajó el vientre y su sexo húmedo tocó la piel cálida de mi erección.

Definitivamente, no era un sueño.

Se inclinó sobre mí y apretó los labios contra los míos, con su boca suave y seductora.

Inmediatamente le hundí la mano en el pelo y profundicé el beso, volviéndolo agresivo y casi violento. Me dolía el miembro de la falta de atención que había sufrido, y deseaba hundirse en ella hasta el fondo.

Le agarré una teta y la apreté, notando la piel suave y el pezón duro bajo las puntas de los dedos. Me encantaban los preliminares porque la llevaban al límite antes incluso de empezar, pero estaba demasiado ansioso para prolongarlos.

Agarré la base de mi erección y presioné el glande contra su abertura, sintiendo la humedad que había comenzado mucho antes de que entrara por aquella puerta. Me abrí pasó en ella y me deslicé por completo, sintiendo su estrechez como si estuviera saludando a un viejo amigo.

—Ah, joder...

—Le agarré las caderas y la obligué a descender sobre mí, introduciendo cada centímetro en su interior. Cerré los ojos y disfruté de la sensación, echando de menos ese sentimiento más que cualquier otra cosa en el mundo.

Rome me sujetó ambas muñecas mientras subía y bajaba lentamente, deslizando mi sexo fuera y dentro de ella. Me apretaba con fuerza, su vagina apenas se acostumbraba a mi gran tamaño. Rebotaba de arriba abajo y los pechos le temblaban ligeramente al moverse.

Le hundí los pulgares en el vientre y mecí las caderas hacia ella, entregándole mi sexo una y otra vez. Nos movíamos perfectamente juntos, deslizándonos uno contra el otro con fluidez. Aquella vagina estaba hecha para mi sexo.

—Rome...

Ella se movió más rápido, dejándose caer sobre mi erección repetidamente. Se le aceleró la respiración, y el volumen de sus gemidos aumentó a medida que nos movíamos al unísono. Las tetas le temblaban con fuerza y, en un tiempo récord, se contrajo sobre mí mientras llegaba al clímax.

«Di mi nombre».

Eché la cabeza hacia atrás mientras gritaba.

—Calloway...

«Joder, sí».

Cuando terminó, la puse de espaldas y me coloqué sobre ella. Quería dominarla, follármela como si fuera mía. Le puse las piernas alrededor de mi cintura justo como a mí me gustaba y la embestí con fuerza, haciendo que el cabecero dejara muescas en la pared. Entré y salí rápidamente, gimiendo y gruñendo mientras me perdía en el sexo.

Ella movió las manos a mis bíceps, agarrándose mientras frotaba las caderas

contra mí.

—Echo de menos tu semen dentro de mí.

«Madre mía».

Clavé mis ojos en los suyos mientras la penetraba con fuerza; todo mi cuerpo se movía con ímpetu. Tenía el pene más duro de lo que había estado nunca antes, y estaba al borde del orgasmo más intenso que hubiera experimentado nunca. Estaba emocionado por llenarla, por darle más de mí mismo que nunca.

Entrelazó los tobillos alrededor de mi cintura y los pezones se le endurecieron bajo mi cuerpo, sintiendo cómo me latía el pene antes de correrme. Ella me clavó las uñas, arañándome la piel mientras las arrastraba por mi brazo.

Yo entré en ella hasta el fondo, casi golpeándole el cérvix con la punta, y me corrí con un gemido más intenso que nunca.

—Joder...

No había una sensación mejor que aquella, reclamando a la mujer con la que estaba brutalmente obsesionado. Era una experiencia sobrenatural, una conexión con esa mujer que lo era todo para mí. Era lujurioso por naturaleza, pero al mismo tiempo era mucho más.

Permanecí hundido en ella mientras recuperaba la respiración, con el cuerpo cubierto en sudor. Ella se quedó debajo de mí mientras se le ablandaban los pezones. Le pasé la lengua por la piel sudorosa, quitándole la sal del cuerpo, saboreándola. Le recorrí el cuello con los labios hasta llegar a los suyos y la besé con afecto.

—Cariño...

Ella me pasó los dedos por el pelo húmedo, con el pecho apretado contra el mío.

—Sexi.

Hundí la cara en su cuello; nuestra respiración estaba acompasada.

—Te echaba de menos. —No me había dado cuenta de lo mucho que la había

echado de menos hasta entonces, cuando estuve unido a ella. ¿Cómo iba a renunciar a aquello? ¿Cómo podría alejarme de la mujer más encantadora del mundo?

No creía que fuera capaz.

—¿ESTÁS bien, tío? —Jackson me siguió hasta la oficina, mostrando preocupación en lugar de su carácter idiota habitual.

—He estado mejor. —Le conté todo lo que había ocurrido con Rome. Él no hizo ni un solo comentario de listillo porque sabía que lo estaba pasando mal. El hecho de que alguien le hubiera puesto una mano encima a Rome hacía que sintiera náuseas.

—¿Puedo hacer algo para ayudar?

—La verdad es que sí. —Saqué todo el papeleo del cajón—. Voy a cedértelo todo. El Ruin es tuyo. —Dejé caer los papeles sobre el escritorio y cogí un bolígrafo—. Sólo firma aquí.

—Espera... ¿qué? —Se acercó a la mesa y bajó la mirada, viendo las escrituras y los papeles de propiedad—. ¿Se te ha ido la cabeza?

—No. —Me dejé caer en la silla, sabiendo que era la última vez que me sentaría allí—. O al menos eso espero.

—Y esto ¿a qué viene?

Después de nos hubiéramos acostado unas horas antes, supe lo que tenía que hacer. No me alegraba hacerlo, pero no podía vivir sin aquella mujer. Si tenía que hacer ese sacrificio, lo haría. Era mejor que ser infeliz todo el tiempo.

—Voy a darle a Rome lo que quiere. Tengo que alejarme del Ruin. De lo contrario, la tentación sería demasiado para mí. Creo que tú puedes ocuparte de ello.

—¿Estás seguro?

—Sí. —Empujé los papeles hacia él—. Buena suerte.

—Eh... —Se pasó la mano por el pelo—. ¿Y si tú te ocupas del papeleo y yo dirijo el negocio? Eso no sería mucho problema, ¿no?

—Ya no puedo estar asociado con este lugar —dije con calma—. Lo único que haría sería estimularme de formas que no puedo soportar. —Ver a sumisas con cadenas, apartando la mirada hasta que sus amos les concedieran permiso sólo me haría desear dominar a Rome. Lo notaba en el alma—. No te estaría dando esto si no creyera que puedes afrontarlo. Siempre puedes llamarme si necesitas ayuda.

Continuó mirando los papeles fijamente, con las manos en las caderas.

—A lo mejor deberías tomarte un tiempo para pensar en ello.

—He tenido mucho tiempo para pensar en ello. Firma y ya está. —Abrí el cajón y saqué la pequeña caja negra. Cuando abrí la tapa, vi el anillo de diamante negro que quería darle a Rome. No sería mi sumisa, pero quería que lo llevara de todos modos. Era el compromiso que ella podía darme: que la poseyera en mi mundo, aunque ya no formara parte de él. Me lo metí en el bolsillo y acerqué más el bolígrafo a mi hermano—. Vamos, tío. Tengo que estar en otro sitio.

—Entonces, ¿vas a ser vainilla? —preguntó—. Definitivamente.

Esperaba que fuera para siempre.

—Sí.

—¿Y quieres darme a mí el Ruin? —repetía las preguntas como si yo no estuviera seguro de a qué estaba accediendo.

—Jackson, no soy idiota. Sencillamente, firma los papeles y terminemos con esto.

Finalmente cogió el bolígrafo y puso su nombre en la línea de puntos. Firmó todos los papeles y los volvió a poner en el escritorio, con los brazos ligeramente caídos por esa nueva responsabilidad.

—Te deseo toda la suerte del mundo, tío. Espero que ella merezca la pena.

Todavía no podía creer que ella me hubiera sometido. Nunca me había doblegado tanto por ninguna mujer en toda mi vida. Siempre había puesto mi

oferta sobre la mesa, y si no la aceptaban, podían marcharse. Pero Rome había cambiado quién era, de formas buenas y malas. Nunca había conocido a una mujer tan fuerte, tan capaz. Había robado toda mi atención, había hecho que me separara de mi antiguo estilo de vida para poder quedarme con ella. Si sentía tanto por ella, tal vez tenía que escuchar el consejo que me había dado mi madre.

—Merece la pena.

Otras Obras de Victoria Quinn

La historia continúa en
Promesa negra.

Pide una copia ahora.

Descubre más en www.VictoriaQuinnBooks.com